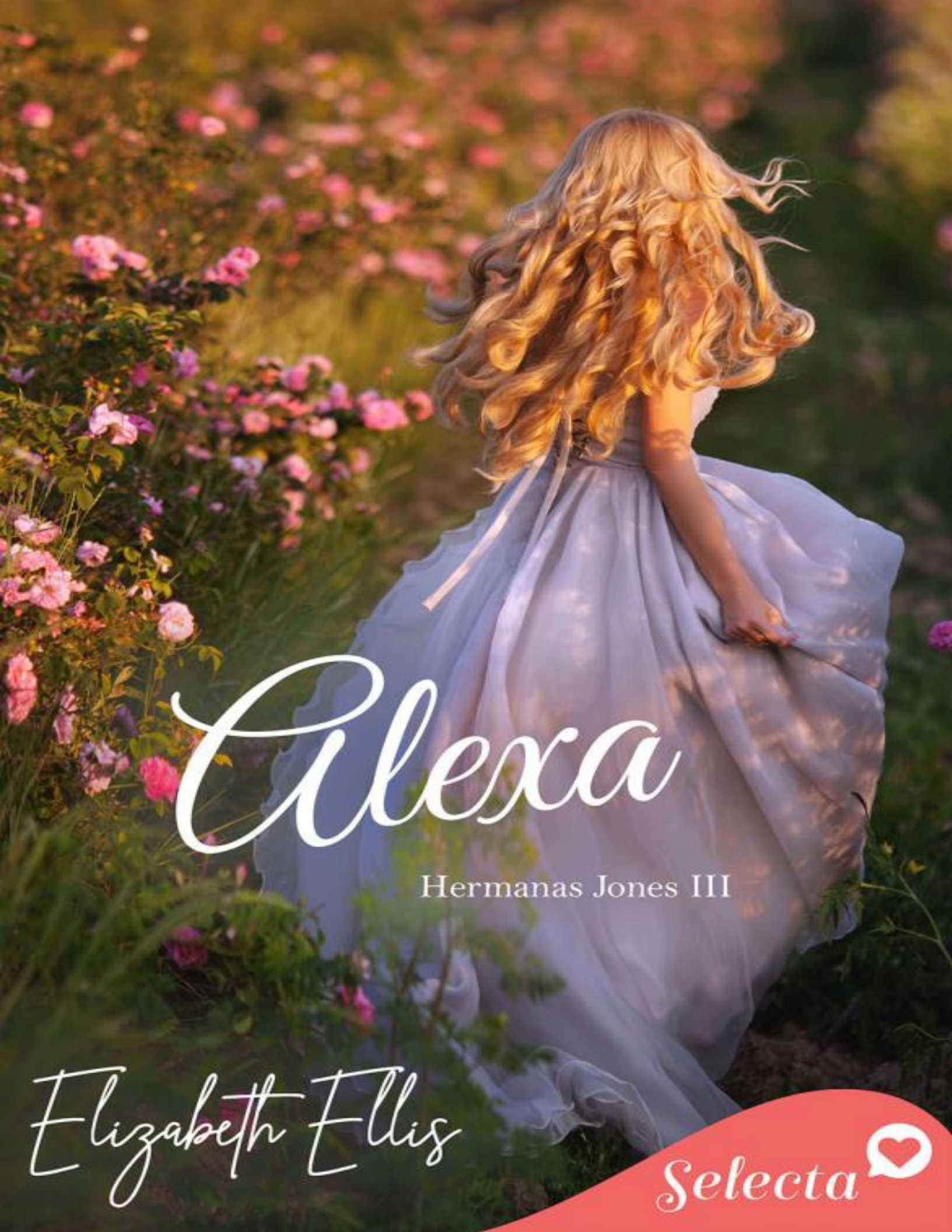

Alexa
Hermanas Jones III
Elizabeth Ellis
Selecta

Alexa

SERIE

Hermanas Jones 3

Elizabeth Ellis

Selecta

Cualquier similitud con la realidad es solo coincidencia.

Todo lo aquí acontecido es ficticio, aunque está enmarcado dentro de un contexto histórico del cual me valgo para darle sensación de veracidad a la historia narrada. Tanto los personajes como algunos lugares son inventados.

A mi mamá

A veces el amor está donde menos esperamos

E. E.

Prólogo

París, Francia
Principios de septiembre
1828

Volvió a leer la misiva.

Y la leyó una vez más.

No entendía a esa pequeña arpía que tenía como hermana.

¡Y de dónde conjeturaba esas ideas!

Desdobló el papel y las letras eran las mismas:

Señor:

Lady Valerie ha ordenado golpear al marqués de Addington.

El asalto fue simulado como un robo. No hay sospechas de otra acción ni de que ella esté detrás de ese atentado. Su hermana está muy enojada.

Espero sus órdenes.

Silas Bleis

Silas Bleis era el investigador privado que León Marchant había contratado para saber los movimientos de su hermana, lady Valerie Marchant. Sabía lo rencorosa que era y que intentaría hacer algo contra su exprometido, pero no que lo mandaría a golpear. Era demasiado. ¿Y su padre qué diantres hacía que no le ponía los puntos sobre las íes?

Estaba harto de liar con ese par.

Pero todo era culpa de él, que, al darles dinero, los acostumbró a que podían hacer lo que quisieran. Pues ahora mismo les cortaría la entrada de efectivo y los obligaría a regresar a Francia.

¿Es que estaban locos?

Más allá de que el hijo de Deacon merecía la golpiza por dejar a su hermana a cinco días para la boda, no era excusa para atentar contra la vida de un noble inglés, que además portaba un título. ¡Y en Londres! ¡No! Su familia no tenía todos los patos en fila. De eso no tenía dudas.

Suspiró.

Se mesó el cabello.

Lo tenía más largo de lo habitual.

Su barbero había muerto meses atrás. El viejo Louis lo conocía tan bien que ni falta hacía que le dijera cómo quería el pelo, y ahora... Ahora debía buscar un nuevo barbero y que le gustara. A él no se le daba muy bien sociabilizar, tendía a espantar a las personas. Y, a decir verdad, le gustaba que le temieran. La Bestia lo habían apodado por tres razones: su físico era imponente, era enorme por donde lo miraran; era implacable en los negocios, no dejaba títere con cabeza; era un animal en la cama, y con eso se referían a depravado. Claro que eso no era cierto, pero su fama lo antecedía. Y él no había hecho nada para contrarrestarla, que las mujeres le temieran era beneficioso, así no las tenía encima por su dinero. Él elegía con quién y cuándo acostarse. Y la mayoría huía de él como de la peste. Y su semblante disconforme y fastidioso no ayudaba demasiado.

Rodeó su escritorio, tomó la pluma y escribió:

> Señor Bleis:
> Dígale a mi hermana y a mi padre que vuelvan a París con urgencia.
> O lo hacen a la brevedad o no hay más dinero.
>
> León Marchant

Dobló el papel, lo dispuso en un sobre y lo lacró con su sello personal.

Les convenía a esos dos volverse o él mismo los traería a la rastra.

Capítulo I

Londres
4 de noviembre

El ocaso desplegaba una variedad de colores que hacía del firmamento una obra de arte.

El aire sereno presagiaba una noche tranquila.

Caminaban de regreso a Rutland House.

—No debes marcharte a casa de Megan si no quieres, Alex. Lo sabes —dijo Amber.

—Lo sé, hermana. También sé que no quiero ser testigo de más noches de amor entre vosotros. Me ha quedado claro que no puedes controlar los gritos.

Rhis miró a su esposa y vio cómo un sonrojo intenso le cubría las mejillas. Nunca la había visto avergonzarse por nada y ahora su hermana la había intimidado en demasía.

—Es mi culpa, cuñada. No puedo controlarme con tu hermana. Cuando contraigas matrimonio descubrirás lo difícil que es reprimirte con la persona que amas. Al igual que el alma, el cuerpo debe experimentar libertad al momento de amar.

—¡Eso es! —exclamó Alexa exaltada—. ¡Espíritu libre! Ese será el nombre de la casa de asilo: Anan Saor.

—¿Anan Saor? —preguntó Rhis entrecerrando los ojos.

—Gaélico escocés, esposo. En casa de Samantha todos hablan escocés y sus variantes. Y nosotras lo hemos aprendido. —Amber sonrió—. No olvides que Demian es de Escocia.

—Ahí regresan, mi señora —dijo el que estaba vigilando en la esquina.

—Bien. ¿Tienen todo listo? —preguntó la mujer—. No lastimen a nadie.

Descendieron del carruaje los dos que completaban el trío y se acercaron a los marqueses sin levantar sospechas, pues estaban bien ataviados en trajes de caballeros. Se detuvieron delante de ellos con la intención de entablar conversación.

—¿Marqués de Addington? —preguntó el más bajo con parsimonia.

—Así es —respondió Rhis antes de caer desfallecido al suelo.

—¡Oh, Dios! —fue lo único que dijo Amber antes de acompañar a su esposo.

Alexa intentó gritar cuando fue sujetada desde atrás y amordazada.

La joven intentó liberarse del agarre.

El hombre tenía fuerza, pero ella estaba acostumbrada a pelear.

Le dio un puntapié al que se acercaba por delante al mismo tiempo que golpeaba en la entrepierna al que la retenía por la espalda. El tercer hombre no se arriesgó, la niña tenía bríos. De un puñete la desmayó. La cargó en el carruaje donde viajaría hasta llegar a su destino.

Los otros lo siguieron.

El coche partió dejando atrás Rutland House.

—No debiste despreciarme, remiendo de marqués.

Dando dos palmadas, el carruaje que trasladaba a la mujer emprendió camino.

Su venganza estaba consumada.

Ahora restaba esperar porque ese idiota ofreciera un rescate por su esposa.

Amber se removió en el suelo.

Le dolía la cabeza y, aunque el golpe no había sido fuerte, había alcanzado a marearla lo suficiente como para impedir que se llevaran a su hermana. Enfocó la vista y vio a su esposo inmóvil a su lado. Le habían golpeado con brusquedad.

Faltaba que se quedara viuda.

Y, con la suerte que ella tenía, podía ser muy posible.

Se incorporó y lo zarandeó.

Nada.

Se puso en pie y caminó hasta la puerta de la casa en busca de ayuda.

El personal a sus órdenes la auxilió y entre varios hombres entraron al marqués a la residencia de Rutland. Lo dispusieron en uno de los sillones a la vez que uno de los criados salía a buscar al médico.

Le enjugó la frente mientras unas cuantas lágrimas rodaban por sus mejillas.

No sabía qué hacer.

***

Avanzaron hasta dejar Londres atrás.

Cuando se hubieron alejado lo suficiente, e internado en el bosque, ambos carruajes detuvieron su marcha. La mujer descendió y se dirigió al vehículo donde estaba Alexa. Se aproximó lo suficiente como para ver en su interior. Asintió con la cabeza.

—Muy bien. Si despierta, le dan de beber agua. Esta —dijo mostrando un recipiente que contenía el líquido— tiene la cantidad necesaria de láudano para dormirla por un buen rato.

—Se dará cuenta de que no es agua, señora.

—Pues que la tome igual. Debemos cruzar el canal de la Mancha con ella acuestas, así que ni se les ocurra no hacerlo.

—Querrá orinar.

—Grrrrrrrrr... ¡Muy bien! Siempre que esté bien amarrada y amordazada, que quede despierta un rato. Que haga sus necesidades y luego a dormir. ¿Entendido? Yo iré detrás y me embarcaré en el mismo navío, pero no pueden relacionarme con vosotros. El capitán...

—Es conocido nuestro. Ya tenemos todo arreglado. Por la suma de dinero que hemos estipulado la podremos meter dormida en uno de los camarotes, el más alejado, para no tener contacto con el resto de los viajeros.

—Perfecto. No quiero errores. Lo que resta del pago lo recibirán cuando todo haya finalizado. —La mujer los miró ceñuda—. Necesito que esto salga como lo planeé. Saben que, además del dinero acordado, recibirán el treinta por ciento del rescate. Así que, tanto a mí como a vosotros, nos conviene que todo circule por los carriles correctos, ¿verdad?

Los hombres asintieron y se relamieron porque sabían muy bien qué hacer con ese dinero.

El viaje continuó sin interrupciones prolongadas, sino las necesarias para cubrir las comidas y el sueño.

La travesía en barco fue ligera. Sin sobresaltos. La cantidad de brebaje que le dieron la mantuvo dormida más de veinticuatro horas. Su biología había seguido su curso y la micción se había producido sin ella darse cuenta. Fue al despertar, antes de llegar al puerto de El Havre, cuando el fuerte olor a orina la envolvió y se dio cuenta de que estaba mojada. Fue la mujer quien le indicó que se aseara y se cambiara antes de que el barco atracara. Luego la pusieron a dormir de nuevo.

En este punto, Alexa se resistía a ingerir cualquier cosa, incluso agua.

Fue la misma mujer la que le cogió el cabello a la altura de la nuca y, apretándole la garganta con el índice y el pulgar, logró que la joven abriera la boca e ingiriera el potaje nuevamente.

—Señora, no sabía sobre esa técnica de inmovilización.

—Mi nana era experta. Me lo hacía cuando no quería tomar las medicinas. Sabía que en algún momento de mi vida me sería útil.

—En media hora atracaremos.

—Perfecto. En diez estará en los brazos de Morfeo por varias horas.

—¿Nos dirigimos a París?

—No. Allí no tengo casa. —Los hombres la miraron entrecerrando los ojos—. No tengo casa que esté deshabitada. Está mi hermano. Y, créanme, no querrán conocerlo.

—¿Adónde nos dirigimos, entonces?

—A casa de mi padre. A Najac. —Los sujetos no sabían dónde quedaba ese sitio—. La muchacha irá en mi carruaje. Quiero estar con ella cuando despierte para hacerle un par de preguntas. Vosotros nos seguiréis.

La mujer miró a la joven tendida en la cama.

Era la primera vez que hacía algo así, pero ese marqués de pacotilla merecía un escarmiento por haberla despreciado cinco días antes de la boda.

¿Qué se creía?

¡Era igual a todos los hombres!

Pensaba que podía hacer y deshacer a su antojo.

¡Pues no!

De ella nadie se burlaba y salía indemne.

Toda su familia se había mofado por el plantón que le había obsequiado ese idiota.

Ahora se iba a enterar quién era Valerie Marchant.

♡

Los días transcurridos habían sido caóticos.

Nadie había visto nada y no tenían ni una pista sobre el carruaje en el que se habían llevado a Alexa. ¡Nada!

El duque de Richmond se había hecho cargo del problema mientras Rhis volvía a la consciencia. Habían decidido no avisar a Robert y Victoria, ya que esta estaba a un mes de dar a luz y no querían conmocionarla y poner el riesgo al bebé y a ella. Estando en Arundel no podrían hacer nada y la orden de Richard, avalada por Megan, de no dar parte de lo sucedido a nadie de la familia, había sido aceptada por Amber. Anthony Harding, a pesar de estar recuperándose de un brutal ataque, había dispuesto una cuadrilla al mando de Harrison, su mano derecha. Los rastros y las probables pruebas que llevaban a la hipótesis de que la duquesa de Northumberland tuviera algo que ver en el secuestro habían quedado atrás, ya que esta había marchado al continente una semana y media antes del suceso. Pero ese día, había sido revelador. Una misiva había llegado, sin remitente, indicando que la joven estaba bien y debían esperar indicaciones para un posible intercambio si todo se realizaba como era previsto.

Sentada ante la ventana, con los rayos de luz reflejando a través del cristal, Amber no dejaba de pensar en su hermana y la razón de aquel secuestro. Y cada vez más se convencía de que era muy probable que Rhis tuviera razón y alguien quisiera hacerle daño a ella y no a Alexa y las hubieran confundido.

Se la habían llevado y no habían dejado nada.

¡Nada de nada!

Y los días corrían y su desesperación iba en aumento.

Por su parte, el duque de Rutland estaba convencido de que el pequeño demonio francés estaba inmiscuido en esto. Rhis le había dicho que los hombres que los habían abordado, antes de golpearlos, eran ingleses, salvo uno que tenía un ligero acento francés. Eso le bastó a Deacon para escribir a León Marchant y preguntar por el paradero de su hermana. Y confirmarle la posibilidad de que esta estuviera implicada en el secuestro de la hermana de su nuera, la señorita Alexa Jones.

Sin dudarlo, escribió la misiva que viajaría rumbo a París.

Capítulo II

París
17 de noviembre

Gritando como loco daba órdenes a diestra y siniestra.

No podía perder un minuto más.

Mientras su ayuda de cámara preparaba su equipaje, fue a las caballerizas a pedir que le prepararan un carruaje liviano, para cinco días de viaje, y cuatro caballos.

Iba a matar a su hermana.

¡Un convento!

¡Tenía que existir algún lugar donde recluirla para que aprendiera a no meter la nariz donde no le concernía! Era una necia.

Y su padre...

Su padre era un idiota sin cerebro que solo le importaba aparentar su título de conde sin valor. ¿Es que él era el único cuerdo de esa familia?

¡Ah, no! Todo era su culpa.

Había sido muy permisivo y ahora ahí tenía las consecuencias.

¡Su tía!

Allí mandaría a Valerie. Con su tía a Noruega.

El frío polar le refrescaría las ideas y le haría sentar cabeza.

Y su tía estaba ahora en París.

Hablaría con ella antes de viajar.

¡No! Mejor se la llevaría con él para endosarle a su hermana.

Volvió a la casa y mandó llamar a lady Brina Gormsdóttir. Su tía sabría qué hacer con Valerie, porque él la mataría ni bien la tuviera delante.

De pie ante su escritorio no dejaba de mirar la misiva que Silas Bleis le había enviado desde el puerto de El Havre. Lo más probable era que su hermana estuviera a medio camino de Najac con los siete días de ventaja que le llevaba.

No podía creerlo.

¿Y para qué contrataba un detective si no le resolvía los problemas?

Con vigilar era obvio que no alcanzaba.

Tomó la misiva y leyó otra vez.

Se sentía desesperanzado; Najac estaba tan lejos...

Señor Marchant:

Su hermana y su padre arribaron a El Havre, junto a cuatro personas más, hace tres días. Tres hombres desconocidos y una mujer rubia de no más de veinticinco años. No le escribí en su momento porque creí que se dirigían a París, pero me temo que no ha sido así. ¿Puede que hayan partido hacia Najac? Lo hicieron al segundo día de arribar al puerto. Debo decir que su hermana es muy inteligente y se ha dado cuenta de que la vigilaba y me ha engañado. Lo más probable es que piense que la persiguen desde Inglaterra. No sospecha de usted; es muy factible que considere la posibilidad de que sean familiares de la joven raptada. Es mi deber informarle que ha secuestrado a la esposa de su exprometido y la ha trasladado inconsciente la mayor parte del viaje. Lo siento. Creí que iba a París, por eso no le he escrito antes. Creo que debe dar parte a la policía, se trata de una noble inglesa. No necesito decirle la gravedad que reviste la situación.

Estoy camino de París. Nos vemos allí.

Silas Bleis

No salía de su estupor.

Le escribiría a Deacon.

—Señor. —Su mayordomo entró sin golpear, cosa que solo hacía cuando se presentaba un imprevisto—. Llegó correspondencia de Inglaterra. —El hombre le tendió el sobre—. Y su tía está en la sala amenazando con pegarnos con su paraguas si no la dejamos entrar.

—Que pase.

Claro que esa autorización no era necesaria, allí estaba su tía entrando como una tromba a su estudio y con una cara de mil demonios que solo auguraban problemas.

¡Más problemas!

—¡León Marchant! ¿Puedes explicarme qué significa esto?

Lady Brina arrojó sobre el escritorio unos papeles que se desparramaron al instante de tocar la superficie. El hombre los recogió y, sin ganas de leer, observó: Banco de Inglaterra...

¡Dios! Que no fuera lo que estaba imaginando.

Elevó sus ojos, uno negro como el carbón y otro tan azul como el índigo, para encontrarse con la mirada ceñuda de su tía.

—Tu hermana ha extraído dinero de allí. Una fuerte suma. Ha utilizado el poder que le he dado para hacerlo. ¡Se suponía que eso era para una emergencia! Así que, querido León, dime que Valerie está metida en un problema gordo o yo misma la decapitaré.

—Está metida en un problema gordo.

Su tía lo miró asombrada.

No esperaba esa respuesta.

A sus treinta y un años, ese sobrino suyo era capaz de sorprenderla.

La mirada temerosa y cauta de León la enterneció. A fin de cuentas, él no tenía la culpa de los actos de su hermana y había sido cargado a temprana edad con responsabilidades que no eran suyas y había sabido sobrellevarlas y tirar de ellas para salir adelante.

—Necesito que te la lleves a Noruega.

—Hace dos años que estoy fuera de casa viajando por el continente ¿y me pides que vuelva?

—No sé qué hacer con ella, tía.

—Cuéntame qué ha hecho ahora.

—Ha secuestrado a la esposa de un noble inglés.

—¡Madre mía! —Con la mano en su pecho del asombro provocado, lady Brina se dejó caer en el sillón que tenía a un lado. Impresionada, centró la vista en el ventanal. Suspiró y mirando a su sobrino dijo—: Me la llevaré.

—Gracias. Solo hay que convencerla de ir, porque no va a querer hacerlo.

—Déjamelo a mí. A esa muchachita la reformo como que me llamo Brina Gormsdóttir. Y me la llevaré a los fiordos. Allí aprenderá de la vida.

—Tía...

—¿Quieres mi ayuda? —Su sobrino asintió—. Pues lo haré a mi modo.

—¿Entonces, vienes conmigo? —preguntó León con la esperanza de que dijera que sí.

—¿A dónde?

—A Najac. La está llevando allí. Mi padre está con ella. —Su tía puso los ojos en blanco.

—Deduzco que la joven secuestrada debe ser la esposa de su exprometido. Vi la venganza en su mirada cuando se suspendió la boda, pero nunca imaginé que llegaría a esto.

—Y esto no ha sido todo. Hace casi un mes lo mandó golpear. Como no se ha quedado a gusto, ahora raptó a su esposa.

—León, ¿te das cuenta de que esto es gravísimo?

—Escribiré una misiva a Deacon avisando de lo sucedido y de que resolveré el asunto llevando a la marquesa yo mismo de regreso a su casa. Como ya sabes, el padre del marqués de Addington es el duque de Rutland, uno de mis socios mayoritarios en las inversiones en el Banco de Nueva York, entre otros negocios.

—Lo sé, hijo. ¿Cuándo partimos?

—Yo parto ahora mismo.

—Eso significa...

—Qué si quieres venir conmigo deberás hacerlo ahora. No puedo perder más tiempo.

—Dame una hora. Organizaré un carruaje extra que lleve el equipaje necesario para seguir de viaje a casa. Yo iré contigo. —Su tía lo miró entrecerrando los ojos—. Que no sea una calesa,

Leo; no soy tan joven como tú y si nos agarra una lluvia me enfermaré. Y, en lugar de ser una ayuda, seré una carga.

—Carruaje cerrado. Pero será pequeño para poder viajar ligeros.

—Que así sea. Te veo en una hora.

—Te recojo por tu casa.

—Te esperaré. —Brina caminó hasta la puerta y giró antes de salir—. Todo saldrá bien, querido.

—Eso espero.

Acompañó a su tía hasta la puerta.

Volvió a su escritorio y estrujó un papel entre los dedos de la mano izquierda.

No podía tener tanta mala suerte.

Aunque, pensándolo bien, si le pedían la cabeza de su hermana se la entregaría en bandeja.

No era justo que él tuviera que pagar todos los platos rotos y subsanar cada problema en el que su familia se metía.

¡Ya era suficiente!

Necesitaba tranquilidad.

Paz.

Recordó la correspondencia que su mayordomo le había entregado.

Miró el sobre lacrado y vio el sello de Rutland.

—Mierda.

Esgrimió el abrecartas, extrajo el papel y leyó:

> Querido León:
>
> Debo comunicarte que ha desaparecido la hermana de mi nuera, la señorita Alexa Jones. Tengo mis motivos para sospechar que tu hermana, Valerie, pudo haberla secuestrado creyendo que era la esposa de mi hijo. Dado el gran parecido entre las jóvenes, ha querido raptar a mi nuera y se ha llevado a su hermana.
>
> Te pido disculpas si mis conjeturas son equivocadas. Me baso en que uno de los hombres tenía acento francés.
>
> Si estoy en lo correcto, solicito tu ayuda para devolver a la muchacha a sus seres queridos.
>
> A tu disposición,
>
> Deacon Avignale, duque de Rutland
>
> Londres, Reino Unido
>
> 5 de noviembre de 1828

¡No podía ser verdad!

No solo había cometido un delito, sino que se había equivocado de persona.

Se cubrió el rostro con ambas manos.
Esto no podía estar pasando.
¿Por qué a él?
Miró el papel blanco que se extendía ante sus ojos.
Se sentó.
Tomó la pluma y escribió...

Deacon:

Con el mayor de mis pesares debo admitir que mi hermana, Valerie Marchant, ha secuestrado a la hermana de tu nuera, la marquesa de Addington.

Lo siento muchísimo.

Esto lo sé no solo porque tú me lo has comunicado, sino porque desde hace un tiempo he contratado a un detective privado para que siguiera a mi hermana y a mi padre, pues nunca me fío de ellos. Conociendo a Valerie, supuse que haría algo al ser despreciada por tu hijo, aunque nunca imaginé tal despropósito.

Lo siento.

Junto a tu misiva he recibido la de Silas Bleis, el detective, donde me comunica que mi hermana, con todo su séquito, arribó hace tres días al puerto de El Havre. Se dirigen a Najac. Allí tengo una propiedad campestre.

En este preciso momento estoy viajando hacia allí.

Dile a tu hijo que yo mismo llevaré de vuelta a la hermana de su esposa a su hogar.

Ni bien esté con ella, le pediré que escriba una misiva para que vosotros estéis tranquilos.

Déjalo en mis manos.

No sé cómo pedirte disculpas.

De alguna manera me siento responsable por esto.

Estamos en contacto.

León Marchant
París, 17 de noviembre de 1828

Dobló la hoja.
La introdujo en el sobre junto a otro papel donde indicaba su dirección en Najac.
Cerró y lacró con su sello personal.

♡

Desde que había despertado, luego de bajar del barco, no la habían dormido más.
Y lo agradecía.

A causa del letargo, la cabeza le daba vueltas y le costaba mucho ordenar los pensamientos. No tenía reloj y las horas las calculaba por la salida y entrada del sol. La visión borrosa, que nublaba sus ojos, la había mal predispuesto del estómago y unas náuseas poderosas se habían apoderado de su cuerpo.

Ese fue el momento exacto en que Valerie supo que no debía drogarla más.

Lo que llevaban del trayecto hacia Najac, Alexa lo estaba transitando con total consciencia.

Las jóvenes viajaban solas en uno de los carruajes adquiridos en El Havre, mientras que el coche que transportaba al señor Marchant les llevaba cierta distancia.

Los hombres que Valerie había contratado para raptar a la esposa de su exprometido habían abandonado la travesía. La joven francesa les había pagado y kilómetros atrás habían desistido de esa locura. No querían ser colgados por secuestrar a una noble inglesa. Exigieron su parte de pago y separaron sus caminos. Solo las acompañaba el criado de esta, que, situado en el pescante, dirigía el viaje.

Y ahí estaban las muchachas. Cansadas. Cada una con una carga personal.

Se miraban como queriendo entenderse, pero ninguna rompía el silencio.

Silencio que duró mucho tiempo, porque llevaban más de diez días de viaje y no se habían dirigido la palabra.

Dormían en el carruaje. Valerie no quería arriesgarse a que la joven se le escapara ni que la vieran en una situación comprometida, por lo que se detenían en las afueras de los poblados. En los bosques. Al amparo de los árboles, tenían la apariencia de un carromato gitano, por lo que nadie se les acercaba. Salvo el señor Marchant cuando les llevaba alimentos.

Valerie sonrió.

Haber elegido una vieja carreta cubierta de lona había sido un acierto para pasar desapercibidas. Claro que sus huesos acusaban cada uno de los devaneos del camino. Sin contar con que la cabeza le venía doliendo horrores desde hacía día y medio. Miró a la inglesa y entendió que no tenía nada para quejarse. Ella al menos iba con las manos libres y sin mordaza.

Alexa, por su parte, estaba harta.

Solo quería llegar al puto destino. Los brazos le dolían horrores y la piel de sus muñecas la sentía arder; lo más probable es que sangraran de un momento a otro. Sus manos estaban atadas no con fuerza, pero los días que llevaba así eran suficientes para lastimarlas. Cuando iba a aliviarse o cuando comía eran los momentos en que era liberada de una de sus ataduras. La francesa se había asegurado de que estuviera bien amarrada. Primero había anudado sus manos por delante dejando un buen trozo de cuerda entre nudo y nudo para que pudiera abrir las manos y realizar movimientos necesarios, pero luego la inmovilizaba juntando sus manos por la espalda, alternando hacia adelante, así sus brazos no sufrían tanto. Lo cierto era que nunca estaba realmente libre. Con más o menos cuerda, siempre estaba presa de aquella loca, que, cuando tenía que abandonar el carro para aliviarse, la sujetaba a los fierros de este con fuerza y la amordazaba, así no descendía ni gritaba, anulándole toda posibilidad de escapar.

A ella le encantaba la gente perspicaz y debía reconocer que esta joven francesa era muy inteligente. Pena era que ella estaba sufriendo esos arrebatos de agudeza mental mezclados con estupidez, porque raptar a una noble inglesa por venganza, sin otro motivo, no era muy inteligente que digamos. Y cuando se enterara de que ella no era quien creía que era... ¡Ja! En ese momento se iba a divertir mucho. Aunque debía ser cauta, por si las moscas. No se le diera, en un ímpetu, por matarla. A las claras se notaba que esa muchacha era bastante similar a ella y, si actuaba antes de pensar, entonces estaba frita.

Así transcurrió el viaje.

No había tenido ni la menor posibilidad de escapar o pedir ayuda.

Si estuviera en otra situación, debería admitir su admiración por la francesa.

Llegaron así a Najac.

Rodearon el poblado y se adentraron en las tierras que su hermano había heredado de su tía Brina. Najac era precioso. Y Valerie tuvo que admitir que el esplendor de la naturaleza vivía allí. Bosques, construcciones medievales, resabios romanos, túneles celtas, senderos milenarios con ejemplares arbóreos que rivalizaban con los de Oriente Medio.

Najac eran un paraíso en el sur de Francia.

Y la residencia de su hermano era una belleza.

Descendió del carro y se adentró en la casa donde fue recibida por el ama de llaves.

La señora Dobbs y su familia vivían en la granja contigua a la vivienda principal. Regenteaban el hogar cuando su hermano no estaba y eso era casi siempre, pues León raramente viajaba hasta Najac; sus obligaciones en París lo mantenían ocupado. Era una máquina de hacer dinero. Pero era ella la que estaba allí en esos momentos mientras su pesadilla dormía a pierna suelta en el carruaje.

—Señora Dobbs, ¿cómo está? ¿Ha recibido la misiva que envié?

—Sí, mi señora. Está todo como lo pidió. Cada rincón de la casa limpio, comida en la despensa y nadie en los alrededores hasta que usted disponga lo contrario.

—Muy bien. Lady Addington está dormida en el carruaje. Hemos pasado un susto de muerte. Nos han asaltado ayer y nos han golpeado. Mi criado nos ha defendido, pero igual hemos sido maltratadas.

—Si necesita que el médico se acerque...

—Oh, qué amable. No se preocupe. Vimos al médico del poblado colindante. Solo son unos golpes. Debemos descansar. Dormir en condiciones dos o tres días para reponer fuerzas nos hará bien. Ya he avisado a mi hermano. Vendrá por nosotras.

Con un par de mentiras, su voz angelical y su rostro de bondad absoluta, Valerie se deshizo del ama de llaves. Su criado descendió a Alexa y la depositaron en una de las habitaciones para que durmiera lo que el láudano le permitiera. La joven le había dado una fuerte dosis para no arriesgarse a que despertara mientras ella hablaba con la servidumbre.

Ahora solo restaba esperar.

Miró por la ventana de la cocina y se dio cuenta de que ese invierno sería duro. El otoño estaba transitando los días con una fuerza inusitada y, cuando eso sucedía, el frío gobernaba los meses que seguían. Miró su reloj de bolsillo. Habían transcurrido dieciocho horas y treinta y seis minutos desde su llegada.

—Señora, la joven inglesa ha despertado. Está golpeando la puerta. Pide salir.

—Yo me encargo —dijo Valerie a su lacayo.

Caminó la distancia que la separaba de la persona que la había puesto en ridículo delante de toda la sociedad. ¿En serio ese idiota la había cambiado a ella por una campesina? Bueno, debía reconocer que la inglesa era bonita. Un tanto briosa, pero con una belleza indomable, de esas que hacen suspirar a cualquiera que le gusten los caballos salvajes.

¡Si ella era igual!

Eso era culpa de la sociedad de mierda en la que vivía, que la obligaba a ocultar su verdadera naturaleza bajo un manto de niña buena. ¡Hipócritas!

Deslizó la mano en el bolsillo de su vestido y extrajo la llave. Como si de un ladrón se tratara, abrió y cerró con tal ligereza que la misma Alexa no se percató sino cuando Valerie ya estaba dentro.

—¿Qué necesitas? —preguntó la francesa y en su voz las notas de cansancio eran evidentes.

—¿Regresar a mi hogar? —Valerie sonrió.

—Estamos muy lejos de tu hogar.

—He contado los días por las salidas del sol y llevamos casi un mes fuera, ¿no es así?

—Así es.

—Debo admitir que eres inteligente. Te las has apañado para traerme hasta aquí, donde sea que fuere este lugar, no sin sobresaltos, pero sí con éxito —dijo Alexa.

—Gracias. No porque me ponderes voy a liberarte.

—¡Oh! Si no quiero ponderarte, he de decirte que has cometido un error.

—Yo no cometo errores. Ahí tienes la bacinica. Orinas allí. En unos minutos te traigo la comida. Y has lo que quieras. No intentes escapar. Estás en un segundo piso, por lo que te matarías si pretendieras salir por la ventana. La puerta está más que asegurada.

—Hace más de dos semanas que no me baño.

—No te quejes... ¡Yo tampoco!

—Pero lo harás ahora...

—Come y duerme. No hueles tan mal. Mañana te bañarás.

—Valerie..., suéltame.

—No. Esas amarras te permiten hacer lo esencial.

—Me duelen las muñecas.

—No seas pesada. Hasta mañana.

La joven francesa se fue.

Preparó la comida de la inglesa y se la llevó.

Cerró la puerta con precaución y cuidado de no dejar nada librado al azar.

—¡No hay cubiertos! —gritó Alexa desde el otro lado.

—¿Me crees tan idiota? Si tienes hambre, come con la mano. No le he puesto nada a la comida, ya no me interesa si duermes o no. Así que disfruta tu cena con confianza. Y déjame dormir a mí.

—¡Imbécil! —vociferó Alexa.

—Te escuché —respondió cansada la francesa.

—Y si lo he gritado ¿cómo no ibas a oírme?

—Hasta mañana.

Con el cansancio en el cuerpo llegó a su habitación.

Se bañó, se cambió y luego de comer se acostó.

Se durmió tranquila sabiendo que su rehén dormiría toda la noche.

Capítulo III

—¡Despierta!

Valerie sintió que la zarandeaban.

Era tanto el cansancio que sus ojos no querían separar los parpados.

Dio un manotazo al aire intentando deshacerse de quien la molestaba.

—¡Despiértate, niña! —Sintió el látigo sobre sus nalgas a pesar de que un edredón grueso servía de barrera—. ¡Ahora mismo!

La joven se desperezó y con suma lentitud se incorporó.

Se restregó sus bonitos ojos negros y centrando la vista vislumbró a su tía Brina, que con cara de pocos amigos estaba a los pies de su cama.

—¿Qué has hecho, Valerie? Te busca la Corona de Inglaterra. ¡Van a colgarte!

Nada surtió más efecto que aquellas palabras.

¡No quería morir!

—¿Qué?

—Apresúrate. Tenemos media hora para marcharnos de aquí. Tu hermano está tratando de convencer al duque de Rutland para que retire sus acusaciones. Debemos abandonar Francia. Vístete y no tardes.

Su tía salió como tromba de la habitación, no sin antes poner su mejor cara de preocupación y temor. El teatro estaba montado y antes de que Valerie se diera cuenta estaría trabajando como una mula en Noruega, aprendiendo un poco de la vida.

Se dirigió hacia las cocinas donde León la esperaba. Este había permitido que fuera su tía la que despertara a su hermana porque, de hacerlo él, la mataría antes de que abriera los ojos.

—Listo. El susto en su mirada es suficiente para asegurarte de que en diez minutos la tienes aquí ataviada para viajar.

Nueve fueron con exactitud los minutos necesarios para que Valerie Marchant, con el miedo en el cuerpo, estuviera dispuesta a emprender viaje a pesar de sus doloridos huesos.

Iba a llamar a su tía cuando vio a su hermano en la entrada de la puerta que daba a los jardines traseros. En las columnas que enmarcaban aquella portezuela estaba apoyado de lado con una

mano en el bolsillo del pantalón mientras con la otra se frotaba las sienes. Le dio pena verlo así. Parecía derrotado y algo cansado. Ella amaba a su hermano y se avergonzó por arrastrarlo en su locura. No lo volvería a hacer.

—León...

El hombre giró y la mirada asesina que le obsequió suplantó cualquier palabra.

—Lo siento —se disculpó la joven.

—¡No lo sientes una mierda! No me vengas con lisonjas cuando sabes bien que te conozco de sobra. ¿Cómo te has atrevido a secuestrar a la esposa de un noble inglés? ¿Estás loca? En la vida se gana y se pierde. Debes aprender a perder, Valerie; de lo contrario, serás una infeliz de mierda. ¡Mírate! Tienes dinero para hacer dulce, puedes permitirte al hombre que desees siempre y cuando no esté ocupado. ¿Cuál era la necesidad de vengarte? ¡Eres inteligente! Aprovecha la libertad que otras mujeres no tienen e intenta ser feliz.

—¿Qué libertad? Si quiero un esposo debo parecer un pajarillo herido a punto de desfallecer, con la cabeza hueca y dispuesta a que pisoteen mi orgullo y mi dignidad. ¡Eso no es libertad!

—¿Sabes que la mayoría de las mujeres viven una situación muy diferente a la tuya? Yo no te someto y dejo que actúes a tu libre albedrío, pero esta vez te has pasado. Y te has equivocado.

—Yo nunca me equivoco —pronunció la joven detenidamente.

—Pues esta vez lo has hecho. Te persigue la Corona inglesa por secuestro y la pena es la horca. Así y todo, no has secuestrado a la marquesa de Addington, sino a su hermana.

La cara de sorpresa de la joven le indicó a León que no había reparado en su error.

—No puede ser...

—Está listo el carruaje —avisó su tía—. Debemos partir ahora. Ya saben que la has traído a Najac. Ven, niña.

—Ve —ordenó su hermano.

—No puedo irme al campo. Soy un bicho de ciudad. León...

—Cuando lo haya solucionado les avisaré. Ahora vete, Val.

La joven dio medio paso para abrazar a su hermano, pero los gestos iracundos de este la detuvieron. En ese preciso momento entendió que lo había defraudado. Dejó sobre la mesa la llave de la puerta de su rehén y retrocedió.

—Adiós.

—Adiós, Valerie.

Montó en el carruaje junto a su tía y se alejó de allí.

León miró sobre la mesa.

La llave labrada era lo único que había.

Casi que tenía miedo de buscar la habitación.

No se oía ningún ruido, lo que indicaba que la joven estaría durmiendo.

Eso esperaba por el bien de todos.

Se quitó el abrigo.

Su camisa blanca, que contrastaba con su piel, estaba desprendida dos botos desde el cuello hacia el pecho. Odiaba que la ropa lo agobiara. El pantalón que llevaba era suelto. Elegante, sin ajustar las piernas. Le importaba una mierda la moda, se vestía cómodo porque si por él fuera andaría desnudo.

Miró la llave una vez más y decidió que era el momento.

Se recogió el cabello ondulado en una coleta baja y asiendo el intricado diseño de autor, pues el despliegue artesanal que tenía el artefacto era encomiable, marchó en busca de la joven.

Toda paciencia y tolerancia se había esfumado.

Nada de lo que sentía en ese instante era bueno.

Tenía la necesidad imperiosa de asesinar a alguien. Destriparlo y diseccionarlo de a poco. Y sabía con exactitud quién era esa persona: su padre.

Nunca había conocido un ser tan inservible en su vida.

Pero era su padre.

Debía cargar con eso por la eternidad.

No entendía cómo su madre se había fijado en un sujeto así, ni lo sabría.

Su rostro evidenciaba la furia contenida que lo habitaba.

En sus treinta y un años de vida, nunca había estado tan enfadado y con la necesidad imperiosa de sacar toda esa rabia fuera.

Sus pasos al caminar eran pesados.

La fuerza con la que sujetaba la llave era descomunal.

Su respiración, lenta y profunda, semejaba a un toro a punto de embestir.

Su mirada astuta estaba carente de brillo, como la de los lobos al asechar su presa.

Sus labios, carnosos, herencia de su progenitora, eran una fina línea que exteriorizaba su ira. Su rostro, lejos de estar relajado, reflejada tensión.

Era un temible dragón medieval avanzando sobre su víctima con la firme intención de atacar; despedazarla y esparcir los trozos en sus dominios, afirmando que él, solo él, debía tener el poder y el control sobre todo.

Comprobó que todas las puertas tenían sus llaves del lado de afuera.

Solo una carecía de ella y estaba en sus manos.

Inspiró y exhaló.

Introdujo la llave en la cerradura y giró.

Una vez y otra.

Cogió la manilla y deslizándola con lentitud la puerta se abrió, cediendo ante la entrada de León Marchant.

La bofetada que lo recibió no estaba en sus planes. Menos aún el jarrón rompiéndose en su cabeza. Alexa lo derribó y, dando un salto sobre su cuerpo despatarrado en el suelo, huyó.

La joven había logrado quitarse la cuerda que mantenía sus manos atadas y había esperado por

casi una hora, o eso era lo que ella creía, a que alguien se acercara a la habitación. Ahora debía correr lo que sus pies le permitieran.

No sabía de qué era capaz la francesita, así que la única opción era escapar.

Encontró la puerta de la cocina, aquella en la que León había estado pensando, y sin mirar atrás corrió sin detenerse.

La mente atolondrada de León juraba y perjuraba que, en cuanto le diera alcance a esa bruja, le arrancaría pelo por pelo. Le dolía la cabeza lo que no podía explicar. No sabía con qué lo había derribado, pero sí que le había dado de lleno, dejándolo aturdido, orillándolo a la inconsciencia, aunque sin caer en ella. Mirando el techo intentaba centrar la vista. Se sentó y asiéndose las rodillas controló la respiración. Sabía, por experiencia, que, si controlaba la respiración, lo demás vendría por añadidura. Se puso en pie y tambaleando salió de allí. A medida que caminaba iba recuperando el equilibrio, la vista y acomodando su cerebro.

No podía perderla.

Había prometido devolverla sana y salva.

¡Mierda!

Eso le pasaba por abrir la boca. Tendría que haberla rescatado y que la buscasen ellos. ¡Pero no! Ahí estaba él con ese estúpido sentido del honor. ¿Y para qué? Nadie se lo agradecería. Menos la loca esa que en lugar de preguntar quién era lo había golpeado sin más.

Llegó a la cocina y se encontró con la puerta abierta, cuando él la había cerrado, lo que indicaba que la muchacha había salido por allí. Hizo lo mismo y reparó que el bosque se abría camino a pocos metros y lo más probable era que hubiera ido en esa dirección.

Se mesó el cabello, que para ese entonces estaba libre y a su aire. Maldijo.

Alexa, en su apuro por perder al secuestrador de vista, corrió hacia el bosque.

¡Era una estúpida!

Nadie en su sano juicio se adentra en un bosque que no conoce.

¿Es que estaba loca?

Seguro podría haberse dirigido a otro sitio. Alguna aldea colindante. ¡Algo!

Ahí estaba, transitando un sendero que de verde y luminoso no tenía un rábano. El follaje de los árboles era tan intrincado que servía de techo. La luz solar que se filtraba era escasa. No importaba, ella nunca tenía miedo. Y no lo tendría ahora. Siguió el camino rezando para que la condujera a algún claro, pero lo único que obtenía con cada paso era una mayor oscuridad. Se detuvo y giró a la izquierda. Caminó despacio. Ahora sí ya podía admitir que el pánico la había habitado. El ulular de las hojas y el crepitar de las ramas le ponían los pelos de punta. Con sigilo avanzó ¿o retrocedió? No sabía. Le daba la sensación de que caminaba en círculos. Cerró los ojos al sentir una presencia a sus espaldas. Tal vez las hadas y las brujas sí existían y era verdad que Hansel y Gretel habían sido devorados por un caníbal.

—¿Qué cree que hace?

La voz cavernosa que resonó en sus oídos fue la guinda del postre.
Su cabeza había pergeñado y augurado el advenimiento de un ser maligno.
Y ahí estaba.
Sintió cómo le absorbía toda su energía y sin más se desvaneció.
León la cogió en brazos y regresó a la casa.
Eso iba a ser un infierno.

Capítulo IV

¿En serio?

¿Se había desmayado?

Estaba acostumbrado a que las mujeres cayeran a sus pies, pero no tan literal. Verla tendida en el suelo solo por haberle susurrado al oído lo colmó de risa, aunque luego se fastidió. Era obvio que la muchacha estaba asustada y aturdida por adentrarse en su bosque, bosque que él conocía como la palma de su mano y sabía que cualquiera que ingresara se perdería. La había visto desde lejos perdida y aterrada y no se le ocurrió mejor cosa que hacer lo mismo que hacía con su hermana cuando le desobedecía y se escapaba a buscar conejos: susurrarle al oído.

Mierda con las inglesas, eran unas flojas.

La cogió en brazos y le sorprendió que no fuera tan liviana como pensaba.

La joven era alta, tal vez un poco más de la media; delgada, aunque no flaca como se acostumbraba. Tenía sus curvas. Y era bonita. ¡Para qué negarlo! Era bastante bonita, no una belleza de cuento, pero tenía su encanto físico.

Llegó a su casa y entró por el mismo sitio por donde había salido.

Se dirigió al salón y la depositó en uno de los sillones que su padre había adquirido por ser un portentoso arte barroco. ¡Sí! Su casa estaba habitada por un sinfín de muebles que su progenitor creía necesarios para hacer de esa residencia digna de la presencia del conde de Najac. Para su padre no era una típica casa de campo. ¡No! Era una gloriosa arquitectura imperial que se remontaba a..., ni se acordaba. Siempre había sido su casa y era el único recuerdo que tenía de su madre, pues Sienna Arenberg había sido hija de un duque. Bastarda, obvio. Y había heredado aquella propiedad como dote. Dote que, estipulaba en el contrato, pasaría al primogénito luego del fallecimiento de su madre, menos el título nobiliario, que era la condición que había puesto su padre para desposar a su madre. Y él lo había dejado hacer y deshacer a su antojo y ahora la casa parecía un museo. Debería plantearse la posibilidad de construir otra vivienda colindante y enviar todo ese mobiliario allí. Y listo.

La dispuso en el sillón y fue hacia las cocinas en busca de sales.

Sabía que su ama de llaves siempre las tenía por allí.

Las encontró luego de rebuscar bastante.

Tenía la necesidad imperiosa de recogerse el cabello.

Había perdido la tira de cuero y ahora todo su cabello revolucionado, que le llegaba por debajo de los omóplatos, lo hacía parecer un árbol en pleno follaje. Odiaba y amaba su pelo.

Regresó al salón.

Destapó las sales y las pasó por debajo de aquella naricilla.

La joven movió la cabeza de un lado a otro con lentitud hasta que un acceso de tos la despertó. Se sentó intentando coger aire y comenzó a estornudar.

Remitida la tos, cesados los estornudos, Alexa elevó sus ojos verdes hacia León y el susto repentino mudó al instante en un azoramiento de tal proporción que intrigó al mismo hombre. Este hubiera jurado que había alguien más detrás de él si no fuera porque aquella mirada del color del trébol estaba prendida de la suya. La muchacha inclinó la cabeza como lo hacen los perros cuando no entienden el comportamiento de su amo. Su graciosa boca se curvó en un gesto de asombro que fue acompañado por sus ojitos, que, entrecerrados, no abandonaban el sentido perspicaz que los invadía.

La joven miró alrededor tratando de encajar lo sucedido.

—No estoy en el bosque —murmuró.

—No. La he rescatado y la he traído a la casa.

La voz grave y fuerte de ese hombre era la misma que le había susurrado al oído.

—¿Quién es usted? —preguntó Alexa.

—León Marchant. —Ante la atenta mirada de ella, que a las claras necesitaba algo más de información, prosiguió—: Soy el hermano de Valerie, la joven que la secuestró. —El susto volvió a apoderarse de Alexa—. No voy a lastimarla. Y he hablado con Deacon, el padre de su cuñado y acordamos que la lleve de regreso a Londres. Mi hermana ya no está y no le hará daño. La devolveré a su hogar, sana y salva.

—¿Y por qué tengo que confiar en usted? ¿Cómo sé que no miente?

El gesto de hastió en el hombre le indicó a la joven que no le gustaba que no le creyera, pero ella no iba a confiar en un desconocido solo porque él se lo pidiera.

—Deberá confiar en mí porque soy su única oportunidad de regresar con sus familiares.

—Puedo hacerlo sola.

—Tal vez —dijo con gracia, poniendo en duda su capacidad de supervivencia—. Pero he dado mi palabra. Y nunca falto a ella.

—Pues no lo necesito. —León se pasó su mano por el rostro y suspiró.

—No sea necia. No tengo ganas de discutir con una chiquilla descarriada. Demasiado tengo con mi hermana como para soportar ahora sus rabietas. Se hará lo que yo diga y nada más.

—Usted no me da órdenes.

—Yo creo que sí.

—Me iré ahora mismo.

Alexa se puso en pie y caminó hacia la puerta principal. Estaba al llegar cuando fue tomada de la cintura y depositada sobre los hombros de aquel bruto. La cargó en andas hasta la misma habitación en la que estaba encerrada y la dejó allí, de pie en medio de la moqueta. Se alejó frunciendo la nariz, no era muy agradable el olor que desprendía la muchacha.

—No soy un hombre paciente. Estoy tratando de arreglar el entuerto de mi hermana. Me he comprometido a llevarla sana y salva, como ya le he dicho, hasta su hogar. Lo menos que podría hacer es colaborar y no tratar de huir como una loca en medio de la nada hacia una ciudad que ni siquiera sabe para dónde queda.

—Me está pidiendo que confíe en usted cuando no sé quién es y cuáles son sus verdaderas intenciones —sopesó la joven.

—¡No lo puedo creer! Siempre creí que Valerie era única. Claro está que me he equivocado y usted es peor. Ella, por lo menos, razona. —Alexa iba a hablar, pero él le indicó con su dedo que no dijera una palabra—. Haremos lo siguiente: usted se quedará aquí pesando en si debe o no confiar en mí y yo me iré a bañar. Que buena falta me hace. Luego se bañará usted.

León se marchó echando llave a la cerradura.

Alexa quedó recluida otra vez.

Se sentó en la cama y se olió.

Si no se bañaba no la aguantarían ni las chinches.

¡Claro! Por eso él había arrugado su nariz. No soportaba su olor.

Sonrió.

Tal vez decidiera quedarse así.

León llegó a la cocina y de inmediato calentó agua.

Sin servicio, le tocaba todo a él. Menos mal que no le hacía mala cara al trabajo, incluso, en esos momentos, lo agradecía. Sonrió. Había sido un acierto traer las cartas. Eran su salvaguarda para que esa joven testaruda le creyera. Aunque, si lo pensaba bien, él estaría en la misma tesitura que ella; sin evidencia de que él formara parte de su secuestro, era lógico que no confiara. Cargó dos cubos de agua caliente y se dirigió a su habitación. Los dispuso en el suelo, abrió la puerta y entró al cuarto de baño. Todo estaba impoluto. Eso era lo que tenía la señora Dobbs, siempre todo de punta en blanco. Vertió el agua en la bañera y bajó por dos baldes más de agua fría. Hizo el mismo trayecto y, regresando a sus aposentos, consideró que era suficiente.

Se sumergió en el agua tibia y todo su cuerpo se relajó.

No se demoró demasiado.

Se atavió con ropas limpias; pantalón y camisa blanca eran más que apropiados. Antes de bajar a preparar agua caliente para la joven inglesa, se detuvo en la habitación donde esta estaba y, deslizando por debajo de la puerta las cartas, golpeó para llamar su atención.

—¿Para qué golpea si sabe que estoy encerrada? ¡Usted me ha dejado aquí! ¿Lo ha olvidado?

—No. Tengo el presentimiento de que no me dejará olvidarlo. Mire debajo de la puerta, por

favor, esa es la evidencia de que estoy aquí para ayudarla.

León se mesó el cabello húmedo. En ese estado se le formaban gruesos tirabuzones que, una vez libres de agua, se convertían en perfectas ondas; razón por lo que lo llevaba casi siempre recogido. Alexa avanzó hasta la puerta y cogió las cartas. Vio en ellas el sello ducal de Rutland. Al parecer sí se había comunicado con su familia. Se sentó en el suelo y, desplegando las hojas, leyó. Y León, que estaba atento a cada uno de los sonidos que su cuerpo realizaba, al darse cuenta de que las había cogido, bajó más tranquilo a calentar agua.

Alexa tuvo que admitir para sí misma que ese hombre insoportable estaba en lo cierto. Iba a llevarla de vuelta a casa, pero ¿cómo haría para soportarlo tanto tiempo? Se había dado cuenta de que era impaciente y poco tolerante. En su mirada se leía liderazgo, estaba muy acostumbrado a que le obedecieran. Pues, muy bien, haría lo que pudiera para conservar la paz. Después de todo, él era una víctima al igual que ella. Menuda familia tenía el pobre.

Unos golpecitos a la puerta llamaron su atención.

—Milady, la bañera está lista.

Alexa sonrió de medio lado. Nadie había entrado a esa habitación, razón por la cual dicha bañera seguía sin agua.

—Se equivoca, está completamente vacía.

—Le he preparado la de mi cuarto.

—¿En verdad cree que me desnudaré en su habitación?

—Yo no estaré allí.

—¡No! Me bañaré aquí. ¡Ábrame!

—No volverá a golpearme, ¿verdad?

—¡Claro que no! Aunque debe reconocer que mi ataque ha estado más que justificado.

La cerradura cedió a los giros de la llave y, abriendo la puerta de par en par, se encontró a León impoluto. Apretó fuerte la mandíbula porque no quería admitir que le volvía a suceder lo mismo que hace unos momentos: verlo y que su respiración cambiara de ritmo.

—¿Ahora me cree? —preguntó él y ella asintió.

—No me bañaré en sus aposentos.

León se cubrió el rostro con ambas manos en señal de cansancio.

La miró a los ojos y ella confirmó lo que le había parecido extraño al despertar del desmayo: tenía un ojo negro y otro azul oscuro.

—Bien. Traeré el agua.

Y allí estaba él trasladando el agua tibia de una bañera a otra. Seis baldes en total. Había dispuesto cuatro de agua caliente y dos de agua fría para que ella encontrara el agua a gusto, pero con tanto traqueteo de seguro se enfriaba.

Una vez lista la tina, le indicó dónde encontrar los artículos de baño para poder asearse.

—La dejaré sola. Si necesita ayuda en lo que fuera, grite. No hay nadie en la casa y podré oírla. Prepararé la comida.

Antes de que ella dijera algo él se fue.

Alexa se sumergió en el agua tibia y cada uno de sus huesos se lo agradeció. Su piel, sedienta, parecía distenderse. Era el primer baño en quince días. Se había aseado en una de las posadas donde se habían detenido con Valerie y luego nada. Y el aroma de esos jabones era la gloria. Se quedó en el agua hasta que estuvo fría. Salió totalmente repuesta. Se secó en las toallas más suaves que hubieran rozado su cuerpo jamás. Y cuando fue a vestirse advirtió que no tenía ropa. ¡Mierda! ¿Y ahora?

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayud...!

León corrió y entró para encontrarla en medio de la habitación ataviada solo con la toalla blanca. Ambos se quedaron muy quietos mirándose. Él no pudo apartar la mirada de sus ojos sorprendidos y al instante giró llevando ambas manos a su cadera.

—Lo siento. Gritó y creí que había resbalado... o... no sé.

—Me dijo que gritara si lo precisaba.

—Es verdad, lo siento.

—Y, como no recuerdo su nombre, grité «ayuda».

—León —dijo él mirando el suelo. Tal vez se abriera y lo engullera. Sería una bonita solución —. Me llamo León.

—León. Soy Alexa. Y necesito un vestido.

—Muy bien, milady. Le conseguiré uno. Enseguida vuelvo.

Y salió por la puerta, la cual cerró con cautela.

Era tanta la rabia que sentía consigo mismo que se obligó a ser cauto y sereno, de lo contrario desarmaría todo.

En un santiamén estuvo en casa de la señora Dobbs pidiendo vestido y calzado prestado, y esta le explicó que la señorita Valerie tenía un armario lleno de ropas y accesorios en su cuarto, situado al lado del de Alexa. León volvió rumiando lo idiota que era al no darse cuenta de que su hermana tenía ropa allí. No podía perder los papeles de ese modo otra vez. ¡Control! Siempre debía tener el control de todo y de sí mismo.

Esta vez golpeó la puerta.

—El ama de llaves me informó que mi hermana tiene toda su ropa en su armario, que está en la habitación contigua a esta. Le traje uno y usted después si desea lo cambia. Abriré la puerta lo necesario para que quepa mi brazo y así tenderle el vestido.

—Muy bien. Hágalo.

El vestido asomó junto a los dedos de ese hombre que lo sujetaba con fuerza.

Alexa lo cogió y cerro de inmediato.

Comenzó a vestirse y se encontró con que no podía dar alcance a los botones del medio de su espalda. ¿No había un vestido menos complicado? Este era para usar con doncella.

—¡Idiota! —murmuró.

Abrió la puerta unos pocos centímetros y como no lo vio merodear se escabulló al cuarto

contiguo. Rebuscó en el armario y todos los vestidos tenían botones en la espalda. Dejó caer los hombros desanimada. Tendría que pedirle a ese cavernícola que le ayudara.

—¡León! ¡Ayuda!

Y él, que estaba a punto de llevarse un trozo de jamón con queso a la boca, se detuvo. Suspiró. Iba a ser el peor viaje de su vida. Al parecer era una niñata de esas que las atienden desde que se levantan hasta que se acuestan. Hablaría con la señora Dobbs para que viniera con sus hijas, porque él ni loco sería su esclavo.

Masticando se acercó a la habitación.

Golpeó y esperó a que le abriera.

—¿Qué precisa, milady? —El tono entre cansado y aburrido de él le dio a entender a Alexa que ya estaba harto de ella.

—Tiene que... ¿Eso es comida? —preguntó la joven mirando hipnotizada el rollo de jamón y queso que él tenía en su mano.

—¿Esto? —Ascendió sus dedos hasta la altura de su barbilla y vio cómo ella seguía la comida con sus ojos. —Tome.

Le ofreció el alimento y Alexa no lo dudó. Lo cogió y se lo llevó a la boca degustando su sabor. El placer de su rostro León lo recordaría por siempre. Sus ojos cerrados, su boca en claros movimientos masticatorios, que para él eran en exceso sensuales, la respiración pausada y los ondulantes vaivenes de su cuerpo en abierto disfrute.

Él dio un paso atrás.

Debía llegar a Londres lo antes posible.

Control.

Fijarse una meta y controlar la situación.

Control.

—Tengo hambre. Mucha hambre.

—¿Mi hermana no le daba de comer?

—Oh, claro que sí. Aunque desde que llegamos aquí no he comido. ¿Usted dijo que iba a cocinar?

—En ello estoy. La señora Dobbs vendrá en tres horas a hacerse cargo de la casa. Antes no puede. Y sus hijas con ella, así tendrá ayuda en lo que precise.

—Pues no puedo esperar tres horas para abrocharme el vestido y todos son iguales, ya me he fijado. Botones en la espalda. Deberá ayudarme usted.

—De ninguna manera. —Dio otro paso hacia atrás.

—¿Quiere que vaya semidesnuda por la casa?

—¡No! —vociferó entre ofendido y confuso—. A ver. Dese la vuelta.

Alexa quedó de espalda a León y este, sin tocar su piel, cogió la tela de ambos extremos y encajó cada botón en su ojal lo más rápido que pudo. Ella dejó caer su largo cabello rubio antes de que él retirara sus manos y la suavidad de este lo sorprendió a pesar de estar húmedo. Y la

fragancia que desprendía lo enloqueció.

—Gracias. Es usted noble, ¿verdad? Necesito saber cómo llamarle.

—Le he dicho que mi nombre es León.

—Es muy informal. No nos conocemos de nada, no puedo permitirme esa familiaridad. —Él bufó—. Le diré señor Marchant.

—Eso suena a mi padre —se quejó el hombre.

—Y, entonces, ¿cómo le digo? —se exasperó la joven.

—Dígame como quiera.

—Muy bien. Espero que no se arrepienta. —Él la miró ojiplático—. Ya puede irse. En diez minutos bajo a comer.

—No sé si estará la sopa en ese tiempo.

—Comeré lo que sea. Incluso a usted si se pone pesado.

La imaginación de León se desbocó al instante.

¿Qué diantres le sucedía?

—Váyase de una vez —sentenció Alexa cerrándole la puerta en las narices.

Él volteó y caminando hacia las cocinas caviló su mala suerte.

Capítulo V

Alexa releyó las cartas tantas veces como los ojos se lo permitieron.

A pesar de que ese hombre la inquietaba, debía reconocer que no le había mentido en ningún momento. Aunque no comprendía por qué la exasperaba sobremanera. ¿Tal vez fueran sus ínfulas de presuntuoso? ¿Esa sonrisa de medio lado que dejaba entrever que ella era una chiquilla consentida? ¿O sus aires de donjuán que lo precedían?

Dobló la carta que había escrito para Amber y la guardó en uno de los bolsillos del vestido. Debía admitir que la francesita tenía un gusto estupendo para los atuendos: eran bonitos y prácticos.

Se miró al espejo y vio un brillo en su mirada que nunca había estado allí.

—¡No te atrevas! Todo su ser augura que es un villano en toda regla. Ni príncipe ni caballero. Y tú —se habló a sí misma señalando, con el índice, su reflejo— no te mereces menos que un Darcy. Tú...

—¿Está hablando sola? Porque vengo de la cocina y la señora Dobbs y sus hijas están allí.

—¿Qué hace escuchando detrás de la puerta? —preguntó irritada. Esa voz tan, tan..., tan grave y portentosa la incomodaba.

—Iba a golpear y la oí. Y créame que es preocupante. Nadie me informó que tiene problemas mentales y debería saberlo.

La indignación de Alexa creció junto a su necesidad de decapitarlo.

Caminó hacia la puerta y abriéndola se lo encontró allí parado sonriendo de buena gana; sabía que su comentario la había molestado y ahí estaba él mofándose a su costa. Ya sabía ella: villano. Sin lugar a duda.

—¡Idiota! Está demasiado viejo para bromas sin sentido considerando que no nos conocemos de nada. Con solo verlo es deducible que su caballerosidad es inexistente. Un crápula disoluto en toda regla. ¿Podía esperarse otra cosa de alguien como usted?

La joven se dio cuenta de que lo que había salido de su boca era un insulto para nada solapado, sino dicho con altura. La seriedad que invadió al hombre fue muestra suficiente de que había dado en el blanco.

—¿De alguien como yo? —dijo León despacio intentando demostrar que estaba sereno cuando, en realidad, su tolerancia viajaba a años luz de su ser—. ¿Y cómo soy? ¿Qué le molesta de mí? ¿Que no soy blanco?

Alexa lo miró con sorpresa inicial porque no esperaba esa reacción.

Negó con la cabeza mientras sus rasgos mudaban del azoramiento al enojo.

—¡Que es un perfecto imbécil! —Y le cerró la puerta en las narices.

—Partiremos en dos horas. Si desea llevar algún alimento en especial, hable con la señora Dobbs y pídale maletas. Puede empacar todo lo que crea necesario para el viaje.

Alexa se quedó observando la puerta, escuchando sus pasos alejarse.

Había querido ofenderlo y lo había logrado, solo que no entendía cómo alguien como él podía estar inseguro de sí mismo por su tono de piel. Era verdad que Valerie era blanca como la leche y que él era trigueño oscuro, pero muchas personas lo eran y... ¡Oh, por Dios! No podía compadecerse de él, ya era bastante mayorcito como para no enfrentar sus demonios y ella no tenía nada que ver.

Inspiró.

Iría con la señora Dobbs; si salían en dos horas no podía retrasarse ni un minuto.

Llevaban siete días de viaje.

Ninguno de los dos había iniciado una conversación civilizada.

Solo se dirigían la palabra si era estrictamente necesario.

Alexa le había entregado la carta que él le había pedido que escribiera a su familia para que ellos constataran que estaba bien y de regreso, y León la había enviado desde el primer pueblo en el que se detuvieron a cenar, asearse y descansar.

Ahora, en la oscuridad de la noche, la joven dormía despreocupadamente, mientras que él no pegaba ojo sabiendo que ella estaba sola y desprotegida en la habitación contigua. Conocía muy bien las posadas y era por demás sabido que se escabullían a robar en los cuartos que no consideraban peligrosos. Atento a cada movimiento y ruido, veló todas las horas nocturnas hasta que amaneció.

Si todo su ser estaba molesto desde que supo que su hermana había realizado tal proeza, ahora, más iracundo por sentirse atraído por esa bruja a la que no podía perderle ojo y con un cansancio que rivalizaba con la furia de un titán, tenía un humor que se lo llevaban los demonios. Por el bien de la población, sería mejor que nadie le dirigiera la palabra. Tenía una necesidad acuciante de asesinar a alguien. Cualquiera. A estas alturas, y sabiendo que faltaban más de veinte días para llegar a Londres, su temperamento no era el adecuado para sociabilizar con nadie. Escuchó cómo cantaba el gallo y sin ganas se puso en pie. Se atavió. Se colocó el abrigo y fue en busca de la joven.

Por su parte, Alexa estaba muy a gusto desperezándose; ocupando toda la cama, que, aunque no era buena, era perfecta para sus huesos, que después de haber viajado en el carruaje con

Valerie sentía que estaba en la gloria. Dos golpes secos y determinados resonaron en la puerta. Era él. No podía ser otro. Hasta su manera de llamar era prolongación de su persona: seca, hosca y brusca.

—¿Qué precisa?

—¿Cómo sabe que soy yo? —preguntó enfadado León.

—Porque solo usted puede golpear de esa forma. Su temperamento le precede.

—Entonces, mi temperamento le agradecería que se alistara para desayunar, así emprendemos viaje en breve.

—¿Qué tan breve?

—Media hora.

—¡Eso no me da tiempo a nada! ¿Si quería salir en media hora por qué no me ha llamado antes? ¡Claro! El señor ha dormido a pierna suelta y ahora me apura, ¿no? ¿Sabe qué? Tardaré lo necesario. Si quiere irse, hágalo. —Lo escuchó gruñir—. Y llévese a ese perro con usted, que no me gusta que me gruñan.

—¡No hay ningún perro! —se quejó él.

—¡Ah! ¿No? ¿Entonces, quien gruñó? —Él volvió a hacerlo—. ¿Ha sido usted? —preguntó irónica sabiendo desde el principio que había sido él—. Pregunte en la taberna, que le digan dónde vive la curandera, seguro tiene algunas hierbas para su problema.

—¡Usted es mi problema! ¡Apúrese!

—¿Yo? —Alexa no podía aguantar la risa—. Muy bien. Lo eximo de toda responsabilidad.

—Déjese de zonceras y levántese. Golpee en mi puerta cuando esté lista. No baje sola.

León miraba la puerta como si eso fuera suficiente para calcinar la madera. Si tenía que aguantar ese carácter lo que restaba de viaje, llegaría al límite de la locura. ¿Cómo haría para no perder la cordura? Le escribiría a Deacon pidiéndole que vinieran por ella. Eso sería una buena solución. La llevaría a París y que allí esperara, pero seguir con esa mujer era imposible.

Ella escuchó sus pasos alejarse y el estrepitoso ruido de la puerta contigua al cerrarse. Recién comenzaba el día y ese hombre ya estaba de mal humor. ¡Qué insoportable era! ¿Cómo iba a tolerarlo hasta llegar a Londres? Miró al cielo. El techo no era un impedimento. Era muy común de las Jones hablar con su madre elevando los ojos al firmamento, como si Margaret las viera desde allí.

—Ya que me raptaron, y es una aventura en toda regla, hubieras gestionado con el Señor un hombre apuesto, elegante, caballero; alguien por quien valiera la pena ser rescatada. No esta insoportable bestia. ¿Lo has visto? Es un dragón furioso que cada vez que me mira quiere incinerarme. Además, es viejo. ¿No había algo mejor?

Se arrojó de espalda sobre la cama y se cubrió con las sábanas.

Ella nunca tenía suerte.

Sus hermanas estaban con unos hombres de infarto y ella no daba con ninguno que cubriera sus requisitos. Y ahora tenía que aguantar a este casi un mes. Mejor se vestía, que las tripas se le

retorcían de hambre.

Terminó con los dedos cansados de abotonar el vestido rosa viejo de cuello alto. Había intercambiado con una de las hijas de la señora Dobbs un par de prendas que le permitieran a ella ataviarse sola. Este era abrigado. De terciopelo y con una camisola de algodón ajustada que sostenía sus pechos y otra suelta que le llegaba a los glúteos. El diseño se ajustaba a la cintura y llevaba un lazo que se anudaba de costado. El atuendo era sencillo, aunque portaba una elegancia solapada que enaltecía su figura. Era liso con detalles en ribetes del mismo tono en las mangas y el ruedo. Era precioso. Anaïs tenía talento para diseñar.

Se miró al espejo y se vio bonita.

Se recogió el cabello en una coleta de lado.

Inspiró.

Espiró.

Decidió que ya estaba lista y marchó al campo de batalla.

Cerró con llave su habitación y golpeó tres veces en la contigua.

Nada.

Volvió a tocar con fuerza y en el tercer intento la puerta se abrió quedando ella con la mano alzada a punto de darle en el pecho a ese sujeto cuyo semblante era agobiante contemplar. Se le agrió el día con solo pensar que tendría que soportarlo. Esperaba que no se le fuera el hambre.

Se sostuvieron la mirada.

Él entrecerró los ojos.

—La había escuchado la primera vez. Si no la atiendo enseguida es porque estoy ocupado.

—Podría habérmelo dicho y listo. Seguro que grita muy bien.

León espiró con ruido sin dejar de mirarla.

—¿Está lista?

—¿Usted que cree? —ironizó Alexa haciendo gestos con sus manos abarcando todo su cuerpo, lo que llevó al hombre a mirarla de pies a cabeza.

¡Error!

Grave error.

—Vamos, entonces —gruñó.

—¿Usted va a tener ese carácter todo el viaje? —preguntó la joven mientras bajaban las escaleras hacia la sala.

—No. Puede ser peor.

Llegaron al comedor y fue él quien eligió el lugar donde sentarse. Deslizó una silla hacia atrás y le ofreció el lugar. Luego se apostó enfrente de ella. Se miraron y el gesto de hastío del hombre la sacó de quicio. ¿Y ahora qué le sucedía?

—¿No cree que está bastante mayorcito para estar enfadado todo el tiempo?

—Ese no es su problema, niña.

—Se transforma en mi problema cuando tengo que tolerarlo —acentuó ella con una mirada asesina que dejaba solapada una advertencia—. Y no soy una niña. Tengo veinte años.

—Yo no soy un viejo.

—¿No? Cuántos tiene... ¿Cuarenta y tres? ¿Cuarenta y cinco? Tal vez cincuenta.

La cara de pasmo de León era de cuento.

Lo había molestado. ¿Tanto le disgustaba ser viejo?

Y ella pensando que solo las mujeres se enfadaban con esos temas. ¡Uf! Ese hombre era agotador.

—No soy tan viejo —remarcó él.

—Si usted lo dice...

—Buenos días. —Una joven encantadora se acercó a la mesa—. ¿Qué desean para el desayuno? —Miró a uno y a otro mientras dejaba sobre el tablón dos vasos con agua.

—Buenos días —respondió Alexa—. ¿Podría ser leche fría? Con un emparedado de carne, pan y una manzana. ¿Puedo pedirle comida para el viaje?

—Claro —respondió la muchacha anotando en una libreta, lo que llamó la atención de ambos, pues sabía escribir y leer.

—Entonces, para el viaje tres manzanas, dos bananas, tres naranjas. Y pan. —León la miró azorado. ¿Dónde metía tanta comida?

—Muy bien, jovencita. Luego de que termines tu desayuno te traeré el pedido —dijo la muchacha volviendo el rostro hacia el hombre—. ¿Y usted va a desayunar lo mismo que su hija o le encargo otra cosa?

¿En serio?

¿Tan viejo parecía?

Ya ni hambre tenía...

—Lo mismo. Gracias.

La joven se retiró y Alexa lo miró a los ojos demostrando que ella tenía razón y eso lo enfureció aún más.

—¡Tengo treinta y un años! —confesó ofendido.

—Pues lo habrán registrado doce años más tarde...

—¡Oh, por Dios! Es usted una bruja insoportable.

—¿Yo insoportable? Soy un bebé de pecho al lado suyo. Figurativa y literalmente.

León la miró y supo que no iba a vencerla con palabras.

Resopló y optó por esperar la comida en silencio.

Que se lo llevaran los demonios si perdía los papeles con ella.

Capítulo VI

Y allí estaba.

Mirándola devorar lo que había pedido en la posada, preguntando cuándo se detendrían a cenar. Era desconcertante. ¿Dónde, esa muchacha, almacenaba tanta comida? No podía negar que era enérgica hasta para gesticular. Su apetito era voraz.

—¿Y bien? No nos hemos detenido a almorzar. Desde el desayuno estamos montados en este coche. Dígame que dormiremos en una cama.

—Dormiremos en una cama —dijo él con desgana.

León estaba irascible, el único paisaje que había visto desde que habían partido era su rostro. Y cada vez se le antojaba más hermoso.

¡Maldita fuera! ¡Un viejo! ¿Tan mal lo estaban tratando los años?

Esa pequeña bruja esgrimía cada palabra como cuchilladas.

—Necesito bañarme —se quejó Alexa.

—¿Sabe qué? Las mismas necesidades que la aquejan a usted también las padezco yo.

—No lo creo.

—Tal vez esté en lo cierto. Y yo esté precisando algo más.

—¿Revolcarse en un prostíbulo? —La mirada iracunda de él la previno de decir algo más.

—Ahogarme en alcohol para poder soportarla.

—¿Y usted cree que a mí me agrada estar aquí a su lado? Le recuerdo que fue su hermana la que nos predispuso en esta situación. ¡No se hubiera comprometido a llevarme a Londres! —Alexa elevó el tono de voz, lo que a León le provocó dolor de cabeza—. Mónteme en una diligencia y evite este suplicio que lo está atormentando.

León la miró absorto en sus palabras.

Claro que deseaba montarla, pero no en una diligencia.

¡Dios! Se le estaban yendo los pensamientos a la mierda.

Nunca en la vida había sido sometido a tanta presión.

—Solo cállese..., por favor —susurró mesándose el cabello que se le estaba escapando de la coleta que lo sujetaba a su nuca. Se deshizo del lazo y lo dejó libre.

—¿No está mayorcito para llevar el cabello tan largo? Está casi...

—Estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano para no ser grosero.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Solo le he preguntado por su melena, a la cual le faltan un par de tijeras. Necesita ser domesticada.

—¿Y usted quiere domesticarla?

—No he dicho eso. —El gesto de enfado de ella lo hizo sonreír.

—Pues, entonces, cierre la boca.

—No voy a callarme porque usted lo diga.

León se llevó ambas manos a la cara en un gesto de cansancio.

No la aguantaba más.

—¿Siempre hace lo mismo? ¿Les prohíbe a las mujeres expresar su pensamiento? —Él despejó su rostro para observarla. Tenía una gran habilidad para tergiversar las palabras. Lo había dejado como un perfecto villano—. ¿Qué? —El aleteo de su nariz le indicó a Alexa que lo estaba llevando al límite—. ¿Nunca le han dicho a la cara lo entrometido que es?

—Usted no me conoce.

La sonrisa socarrona de medio lado que se dibujó en su rostro mudó en extrañeza al ser sujetada de un brazo y sorprendida.

León estaba ahora sentado a su lado. Con un brazo la cogía de la cintura, mientras que con el otro la asía de la espalda para mantenerla cerca de su cuerpo. Demasiado cerca para sorpresa de ella, que en un acto de defensa interpuso ambas manos entre ellos apoyando sus palmas en el pecho de él, haciendo una leve presión.

—Bastante duro para su edad. Debo decir que está usted en for...

No alcanzó a terminar la oración.

La mano de León había transitado el camino de la espalda hacia la nuca para acercar sus bocas. La estaba besando. Labios encontrados, ninguno supo bien qué hacer. Ella porque nunca había besado a nadie, aunque sí había visto bastante; él porque su propia reacción lo había sorprendido. Fue Alexa la que lo tomó del rostro y abriendo su boca abarcó la totalidad de la de él. Ese solo gesto lo alertó y, sin rechazarla, la separó.

Ella lo miró y él supo que estaba perdido.

—Me ha besado...

—Quería que se callara.

—Me lo hubiese dicho.

—¡Se lo dije! Y siguió hablando y hablando...

—Y usted creyó que si me besaba me callaría.

—Es evidente que no. Sinceramente, no sé en qué estaba pensando.

—Pues en besarme. Si lo ha hecho es porque ha querido. ¿A poco va a decirme que un hombre de su experiencia hace estas cosas sin querer?

—¡Lo siento! —León volvió a sentarse enfrente—. Por favor, deje de hablar.

—¡O qué! ¿Va a besarme de nuevo?

—¡No!

—¿No? —Su tono dejó ver decepción en la respuesta.

—¿Quiere que la bese? —preguntó León confundido.

—¡Claro que no! —respondió Alexa molesta.

—¡Pues eso!

Ambos dejaron de mirarse y dirigieron sus rostros a las ventanillas opuestas.

El paisaje se les antojó lo mejor del viaje.

Así estuvieron lo que demoraron en llegar a alguna taberna.

El cielo plomizo auguraba lluvia y las ramas de los árboles presagiaban una fuerte tempestad, pues la brisa que las acunaba crecía con vigor. Alexa había dejado de mirar hacia afuera desde hacía rato, pues se había dado cuenta de que se avecinaba una tormenta y pensar que los sorprendería en el camino la aterraba. Miró a León, que estaba entredormido. Ella con un miedo colosal y él como si nada.

El carruaje se detuvo.

Ella volvió a mirarlo y él en la inopia.

Un golpe al costado del vehículo hizo que la joven gritara y que León se pusiera en pie dando de lleno en el techo, volviendo a caer sentado en el asiento.

—¡¿Está loca?! —La miró enfadado frotándose la cabeza—. ¡¿Cómo se le ocurre despertarme así?!

—Yo no lo desperté. Grité porque me asusté.

Los golpes volvieron a sentirse y León abrió la portezuela.

—Señor, me temo que la señorita se asustó porque he golpeado muy brusco.

—No se preocupe, Rupert; la señorita se espantó porque se aburre.

—Hemos llegado a una taberna; no es la que usted indicó, pero no llegaremos más lejos con este tiempo. Mientras se hospedan, buscaré lugar en las cocheras o los establos. La tormenta que viene será fuerte.

—Sí. El canto silbante del viento no presagia nada bueno.

—No, señor.

León miró hacia el interior del coche, buscó a Alexa con la mirada y vio en sus ojos el miedo. Lo que le faltaba. La atemorizaban las tormentas. Sonrió.

—Pasaremos la noche aquí. Hemos tenido suerte en llegar antes que la lluvia.

La joven se acercó a la puertecilla y, como todas las veces anteriores, él le tendió la mano para ayudarla a descender. Esta vez el tacto le resultó diferente. Lo tomó fuerte de la mano como si con ello le pidiera protección. El gesto no fue desapercibido por él.

Entraron a la taberna y era, en efecto, más pequeña y humilde que la anterior.

Caminaron hasta el mostrador y allí los recibió el posadero.

—Buenos días, señor.

—Buenas noches —remarcó León—. Necesito dos piezas colindantes.

—Me temo que solo queda una. Con este clima es mucha la gente que se ha refugiado aquí. Una pieza arriba. Es lo único.

—Muy bien. La tomo. ¿Podrían subirnos agua para asearnos?

—Claro. ¡Milenka! ¡Milenka! —Una mujer de unos veinticinco años se acercó—. Acompaña al señor a la habitación once.

—Sígame, guapo.

Los condujo por un pasillo angosto.

Subieron unas escaleras que crujían bajo el peso de él. Llegaron al segundo piso y enfrente de las dichosas escaleras estaba la bendita habitación once.

Los dejo. Si precisa algo, estaré por aquí.

—¿Y si yo preciso algo? ¿Por qué solo le ofrece ayuda a él?

—Preciosa, mi ayuda solo puede ayudar a los hombres. Aunque contigo puedo hacer la vista gorda. Eres bonita.

—No precisaré ayuda —dijo León, que encontraba surreal la situación.

—Muy bien. De todos modos, me daré una vuelta más tarde.

León puso los ojos en blanco y Alexa la despidió con la mano.

—Pase —ordenó él.

—¡Una cama! —La joven se detuvo como si eso fuera suficiente para no avanzar.

—Dormiré en el sillón.

—No hay sillón —murmuró. —Él miró por encima de aquella cabeza rubia y maldijo. No quería dormir en el suelo.

—Hay un Luis XV, es pequeño para mí, pero usted cabe sin problemas.

—¿Está diciéndome que usted dormirá en la cama y yo..., yo allí?

—Sí. Y no es por falta de caballerosidad, sino por practicidad. Usted es pequeña y allí —señaló el remiendo de sillón— cabe sin problemas. Yo soy grande, tendré que dormir en la cama. El viaje es largo y debo descansar en condiciones para protegerla.

—¿Protegerme de qué? —gritó Alexa mientras él pensaba en una respuesta obvia: «protegerte de mí».

—Del camino. Debe llegar sana y salva. Y para estar atento debo descansar bien.

—No dormiré en ese sillón —sentenció la joven entrecerrando los ojos.

—Muy bien. Compartiremos la cama. A mí no me gustan las brujas y a usted no le gustan los viejos. Y, como no la atraigo nada, estoy a salvo de que se me tire encima.

—¡Lo que me faltaba oír! ¡No puedo creerlo!

—Yo dormiré del lado derecho y usted del izquierdo.

—No quiero dormir del lado de la ventana.

—¿No le parece que está bastante mayorcita para temerle a las tormentas?

—Una tormenta siempre hace daño sin importar edades.

—Tiene razón. Igual dormiré del lado derecho.

Se sentó en la cama y comenzó a quitarse las botas.

—¡Qué hace! Tenemos que cenar. Estoy muerta de hambre.

—Ordené que subieran la comida cuando usted jugaba con el pequeño. Prefiero no bajar al comedor. Cenaremos aquí.

—¿Por qué? —Estaba claro que ese hombre tomaría todas las decisiones.

—Porque la mayoría de las personas que están abajo son hombres. Y usted es algo bonita. Puede suscitar deseos que algún idiota no pueda controlar.

—¿Algo bonita? ¡Soy bonita!

—Eso porque no la han escuchado hablar. Cuando se presente en la temporada, trate de sonreír y no abrir tanto esa boquita. Se quedará sin pretendientes.

—Imbécil prepotente.

—¿Me ha insultado? —preguntó León sorprendido.

—No. Lo he llamado por su nombre y apellido.

Él iba a hablar cuando la puerta repiqueteó. La abrió y allí estaba la cena. El olor era sublime y Alexa se sentó a degustar la sopa de cebollas para luego engullir el puré de papas acompañado de verduras y algo de pollo. El hombre hizo lo mismo, aunque comió menos para dejarle más a ella. Era magnífico verla comer. Estaba acostumbrado a las mujeres que comían como ardillas para mantener la figura, que luego encorsetaban; pero ella..., ella comía como se debía y eso..., eso le gustaba.

Capítulo VII

De pie, de frente al cabecero, ambos observaban la cama.

Cama no muy amplia, aunque los dos cabían, si no se movían demasiado.

Claro estaba para Alexa que ese sujeto no iba a ceder su lugar y ella debía reconocer que se veía exhausto; esta vez sí que parecía de cincuenta. ¿Tendría treinta y uno en verdad?

León sabía que no estaba actuando como un caballero al reclamar la cama, pero era un hecho que él debía protegerla y llevaba días sin dormir bien. Muchos días, prácticamente desde que salieron de Najac. Si le otorgaba el beneficio a ella, al otro día no serviría para nada. Y sabía que tenía que recorrer el camino del bosque Sibilante atento a los asaltos. No. No podía ceder.

—Creo que... —dijeron al unísono.

—Diga. —La voz de él sonó profunda.

—Se le nota que está muy cansado. Sin embargo, no dormiré en ese sillón que pareciera que al sentarme me engullirá en sus entrañas. —Alexa suspiró—. Propongo compartir la cama. Estoy acostumbrada a dormir sin almohada, así que la pondremos de por medio junto a nuestros abrigos. Usted de un lado y yo del otro. Si está tan cansado como afirma, y lo parece, entonces no se moverá en toda la noche.

—Y si no estuviera extenuado, como lo estoy, tampoco me movería. Puede dormir tranquila. No olvide que estoy aquí para protegerla, no seré yo su verdugo.

—Pues, entonces, me quedo tranquila —contestó ella con un dejo de ironía.

—No tiene que ser irónica. Se le nota a la distancia que le gusta jugar con las palabras de los demás. ¿No se cansa de analizar y tergiversar cada una de las oraciones que salen de mi boca?

—¡Oh, no! Se me da natural. Y usted es muy predecible. Es de los que saltan de cama en cama buscando un amor de una noche sin comprometerse con nadie. Es por esa razón que estoy segura. Si usted me pusiera un dedo encima debería responder con el matrimonio, ¿verdad? Y no es de esos que se atan a una mujer. Usted...

—Me ha quedado clarísimo la opinión que tiene de mí. Si no le molesta, me acostaré. Si precisa algo, me despierta. Hasta mañana.

—¿Qué hace? —gritó la joven al ver que se desvestía.

—Me quito el chaleco, no pretenderá que duerma con tanta ropa. No podría. El pantalón y la camisa quedan en su lugar. No tendrá la suerte de verme desnudo. No se haga ilusiones.

—Prepotente de mierda. A usted no quiero verlo ni pintado. ¡Duérmase de una vez! Yo leeré antes de hacer lo mismo.

—¿Y qué va a leer? —preguntó León sorprendido, sabiendo que en la taberna lo último que habría sería un libro.

—He tomado algunos libros prestados de su biblioteca. Cuando terminemos el viaje se los devolveré.

—¿Y puedo saber cuál ha tomado sin permiso?

Alexa rebuscó en su maleta y extrajo los volúmenes.

—Dos que no he leído. —Los sostuvo elevándolos para que él los viera—: *Himno en honor a Afrodita*[1] y *Cartas persas*[2]...

—Son de mi madre. —La rigurosidad de su tono de voz le dio a entender a ella que esos libros eran importantes para él.

—Lo siento. Los pondré ahora mismo en su maleta.

—No. Puede leerlos. Solo cuídelos. Las anotaciones en los márgenes son lo único que tengo escrito de puño y letra de mi mamá.

Que llamara mamá a la mujer que le había dado la vida le llamó la atención. Por lo general, se utilizaba la palabra *madre* y si ese hombre había dicho *mamá* es porque le profesaba un gran amor. Devolvió los libros a la maleta y mostró un tercero.

—Y este. Que también tiene muchas anotaciones. Si era de su madre también...

—Ese es mío. ¿Para qué quiere leer la *Ilíada*[3]?

—Para tener la ilusión de que Héctor vence a Aquiles.

—¿Y por qué Héctor debería vencer a Aquiles?

—Porque es mejor persona. Un buen ser humano que no tiene nada que ver con el lío en que lo ha metido su hermano. Paris es un egoísta que solo piensa en su ombligo. Y Príamo es un idiota que se deja convencer por su hijo menor y las consecuencias las sufre el mayor. Héctor es todo lo que una mujer desea.

—¿O todo lo que usted desea?

—¡Por supuesto! Pero es un imposible. Nadie es como Héctor.

—Por eso gana Aquiles. Porque es la realidad del mundo que lo rodea y que sigue hasta estos días. Alquiles es el caos, el desorden, la excepción, la muerte de inocentes, el perseguir su propia gloria a costa de cualquier cosa o persona. Aquiles es la mejor personificación del ser humano en su conjunto.

—Pues creo que puede existir algún Héctor en algún sitio.

—Si está esperando eso, entonces será una solterona.

—¿Por qué no se duerme? Yo leeré un rato.

—¡No puede ser! No hay agua. —León se puso en pie malhumorado. Tenía sueño y sed—. Iré

a la cocina a buscar. Cierre con llave y no le abra a nadie. ¿Entendió?

Alexa asintió.

Él salió.

Ella aseguró la puerta, pero escuchó pasos acercarse y luego las voces. Esperó un momento. ¿Era la muchacha que le había brindado ayuda a León cuando los dejó en la habitación? Sí. Era ella. Escuchó sin hacer ruido un momento hasta que comenzó a oír voces que susurraban: «Ven conmigo, haré que no tengas sueño. Te encantará...». ¡Mierda! Se alejaban. ¡No podía ser! ¡No él! No sabía qué hacer. ¿Los seguía? Quitó el cerrojo, entreabrió la puerta y alcanzó a ver cómo ella entraba a una habitación detrás de él al final del pasillo. No pudo con su curiosidad y saliendo caminó el mismo tramo que la llevó hasta aquel cuarto, bastante alejado del suyo. Iba a golpear cuando su mano se detuvo a mitad de tal proeza...

—¡Oh, por Dios! Es enorme y perfecto para mi boca —dijo aquella mujer precediendo a los gemidos del hombre.

Ella ya sabía de qué iba eso. Sus hermanas le habían explicado sobre las relaciones entre un hombre y una mujer. Incluso de niña, jugando a las escondidas, había quedado oculta en el granero de los Jefferson cuando una pareja se puso a lo suyo. Esos sonidos, y algunas imágenes, habían quedado grabadas a fuego en su mente. Por lo que sabía muy bien qué estaba haciendo ese remiendo de francés. Eso era una comprobación de que él era lo que ella creía: un mujeriego que solo buscaba divertirse sin más; obtener placer sin compromiso.

—¿Qué cree que hace? —susurró una voz en su oído y a Alexa se le detuvieron los latidos—. ¿No le dije que esperara en la habitación?

La joven volteó para encontrarse con ese rostro tan arrogante y enfadado que, por alguna razón, le encantaba que estuviera detrás de ella y no dentro de aquel cuarto.

—Yo... yo...

—Es sorprendente que le encante escuchar a las personas mientras tienen encuentros sexuales. Muy propio de una dama —dijo él con sorna. Ella entreabrió y cerró su boquita dos veces. No estaba segura de qué responderle y ni muerta le diría que había pensado que era él el que estaba follando allí dentro.

Caminó hacia la habitación y cerró la puerta dándole en la cara a León, que no la vio venir. La nariz comenzó a sangrarle y la putada que salió de sus labios fue el detonante para que la joven le prestara atención.

—¡¿Le he dado con la puerta?!

—¿Usted qué cree?

—Si tuviera una nariz más pequeña tal vez no le hubiese atinado. Déjeme ver...

—No se me acerque o terminará asesinándome.

El semblante de la joven, entre dolida y enojada por ese comentario, hizo que él se arrepintiera de lo dicho. Sabía bien que había sido accidental, aunque era innegable que emocionalmente no llegaría entero al final del viaje.

—Me olvidé de que estaba detrás de mí. No fue mi intención...

—Lo sé. Discúlpeme. ¿Puede alcanzarme la servilleta?

—Venga. Siéntese.

León se sentó en una de las sillas y ella se le acercó. De frente, entre sus piernas, estaba de pie limpiando la sangre que manaba de aquella nariz. El olor que desprendía su piel era magnífico. El color de su piel era fascinante. Y sus ojos... Se atrevió a mirarlo y sus miradas se encontraron. Fue él quien rompió el idilio.

—Creo que es suficiente. Ya no sangra. —Ella asintió y él cogió la servilleta de su mano rozando sus dedos. Ambos percibieron la reacción eléctrica que desprendieron, pero ninguno hizo comentario al respecto.

Un relámpago iluminó el recinto. La luminosidad opacó la luz de la lámpara de aceite. León miró a Alexa y su cara de miedo casi lo enterneció. Un trueno estentóreo rugió haciendo temblar los cimientos del lugar. La lluvia, que había amainado desde la llegada, comenzó a verterse con fuerza, dando de lleno en los vidrios, mientras que el árbol, al lado de la ventana, se azotaba hacia ambos lados a causa del viento iracundo que lo sometía por completo.

—Creo que me acostaré. Leeré mañana.

—Muy bien. Cuando se despierte me llama, por favor. Estoy tan cansado que creo no escucharé el gallo cantar. —Ella volvió a asentir.

—¿Va a dormir con esta tormenta?

—Podrían arrojarme en medio de las guerras médicas[4] y aun así no me despertaría —dijo a la vez que se metía en la cama.

La joven dispuso su almohada entre ambos cuerpos y León le ofreció la suya para que no tuviera que coger los abrigos.

—Yo tampoco duermo con almohadas. Dispóngalas como considere que se sienta más segura. Hasta mañana.

—Hasta mañana. —Devolvió el saludo la muchacha viendo cómo giraba de lado quedando de espalda a ella. Así parecía más grande de lo que era.

Suspiró.

Odiaba las tormentas.

Se acostó e intentó cerrar los ojos, pero las malditas ramas de aquel árbol se le antojaron brazos largos y finos que venían para arrastrarla al mundo de los Rastraks[5]. Malditas fueran Victoria y Reggina por inventar todas aquellas historias que todavía daban vueltas en su cabeza.

¡Dios! ¡Era una mujer adulta!

Cerraría los ojos y...

Un ruido fuerte, ronco y áspero obtuvo toda su atención.

¿En serio?

No habían transcurrido ni diez minutos desde que se acostaron y ahí estaba ese hombre roncando como si llevara horas durmiendo. Era un digno adversario de la tormenta. El portentoso

resonar de sus ronquidos la desconcertó. ¿Estaría bien? Iba a despertarlo cuando un rayo partió en dos el bendito árbol, iluminando la pieza. El estridente martillear del trueno repiqueteó en sus oídos. El grito de pánico que dio Alexa despertó a León, que, al intentar girar, lo hizo en sentido contrario, dando con todo el peso de su cuerpo en el suelo.

Ella asomó su cabeza rubia por el borde la cama y allí estaba ese mastodonte desmadejado, quejándose de ella. ¡De ella! Si ella no había hecho nada.

León se sentó y su mirada presagiaba venganza.

—¿Está loca? —Se sostuvieron la mirada—. Una pregunta innecesaria. ¡Claro que está loca!

—¿Yo? Un rayo casi parte la taberna en dos, pero usted solo escucha mi grito y se asusta.

—¡Cómo no voy a asustarme si da un alarido estridente en mi oído!

—¿Está diciéndome que soy chillona?

—Lo ha dicho usted. Y ahora déjeme dormir. No me despierte a no ser que la estén asesinando. Y apague esa vela.

—¿Prendo la lámpara?

—Haga lo que quiera.

León volvió a darle la espalda y Alexa resopló.

Ese hombre era imposible.

Estaba intentando conciliar el sueño cuando las mismas imágenes de siempre vinieron a su mente: ella vestida de blanco corriendo en un prado lleno de flores en pleno verano. Le encantaba añorar la posibilidad de un momento en su vida donde pudiera alcanzar felicidad absoluta. ¿Qué sería la felicidad? Siempre se había preguntado qué significaba ser feliz, porque le daba la sensación de que era un sentimiento inalcanzable, construido por una emoción efímera. Si ella lograba alcanzar esa felicidad, ¿luego qué? Habría otra meta por cumplir y se comenzaría a construir un camino nuevo para obtener ese logro que traería felicidad. Y así permanentemente. Entonces, ¿qué era la felicidad? No podía ser, de ninguna manera, una finalidad. De seguro era un estado, no un momento causado por tal o cual cosa. Tendría que ser permanente, aunque, por otro lado, ella era feliz cuando se pensaba en aquel prado. Eso sí que era fugaz y anhelante, una recreación de su mente que no existía.

Así, entre teorías e hipótesis se durmió.

El cacarear del gallo la despertó.

Había dormido poco, pero muy bien. Esa cama era..., era...

¡No podía ser! Se había dormido encima de él.

Y él ni enterado.

Su pierna estaba en las caderas de ese idiota, mientras que su brazo izquierdo lo envolvía a la altura del pecho y su cabeza reposaba muy a gusto en su hombro izquierdo.

Exhaló. ¡Qué bien olía!

¿Cómo se quitaba de arriba de él sin despertarlo? Lo único que le faltaba era que se diera

cuenta de que ella había dormido casi montada sobre su cuerpo para que se burlara lo que restaba del viaje. No. Ya no lo soportaba así, ni loca lo aguantaba con aires de superioridad por creerse deseable. ¡Ja!

Intentó moverse y se dio cuenta de que León la tenía abrazada por la cintura.

¡Mierda! ¿Y ahora?

Giró y con el movimiento le dio un manotazo en el pecho.

Nada. ¡Madre mía! Cómo dormía ese hombre. Si eso no lo había despertado, nada lo haría. Se deshizo de su agarre y se alejó sin dejar de mirarlo. Ahí quedó. Durmiendo. ¡Sí que estaba cansado! Podrían cortarle el cuello en ese momento que no se daría por enterado.

Alexa se desperezó.

Se sentó de su lado de la cama y volvió a mirarlo.

Tenía que admitir que con su rostro sereno sí parecía de treinta y un años. Había sido una bruja al decirle que demostraba cuarenta y tres. Sonrió recordando que eso le había molestado. Volteó de lado y se detuvo a observarlo. Quería tocarlo y en un arrebato ya estaba acariciando su mejilla. No pudo resistirse. Su piel era suave a pesar de que no se había afeitado. Su barbilla era perfecta. Sus labios eran tan... ¡¿Qué estaba haciendo?! No podía gustarle ese sujeto que de caballero y romántico no tenía nada. ¡No! Era un análisis. ¡Sí! Solo lo estaba examinando anatómicamente.

Al tacto, su cabello era como la seda.

Sus manos volvieron al rostro y de allí se aventuraron al pecho. Firme y ancho.

La camisa estaba entreabierta y se veía parte del vello negro.

Se mordió el labio inferior mientras colaba su mano por allí. Podía sentir los latidos de su corazón. Quería desprender los demás botones, pero eso sería demasiado. Siguió palpando por encima de la ropa hasta llegar al borde de los pantalones. ¡Dios! Sus piernas eran perfectas. No dudaba que desnudo sería tan impresionante como el David. Observó el bulto allí, donde su propia anatomía era diferente. Se moría por llevar su mano a ese lugar. Su resistencia era de azúcar. ¡No! Eso sería invadir su privacidad y ella no era así. Se quedaría con la duda.

Iba a regresar a su sitio cuando León le aferró la mano.

Ella lo miró, seguía dormido.

¡Qué fuerza tenía ese hombre!

Intentó soltarse, pero le era imposible.

Resopló.

Lo zarandeó y nada. Le dio unos golpecitos en el hombro y tampoco despertó. Le arreó un cachetazo como para despertar a un muerto y en un santiamén se encontró debajo del cuerpo del hombre con su cara a un tris de la suya.

—¿Me ha pegado? —El enfado que reflejaban sus ojos atemorizaba a cualquiera.

—No podía despertarlo —dijo ella en un susurro, impresionada por aquel despliegue de velocidad y precisión.

Estaba tan sujeta a la cama y aprisionada por su cuerpo que tenerlo tan cerca había alterado todos los sentidos de la joven. Sus respiraciones se mezclaban. Ella concentró su mirada en los labios de él y él tuvo el tino suficiente para alejarse y ponerse en pie.

Se acercó a la ventana y contempló el destrozo que había dejado la tormenta. Un desorden similar al que él tenía en la cabeza y en su cuerpo. ¡Estaba soñando con ella! Y de repente, ¡zas!, la bruja lo golpea.

—Saldremos en media hora —decidió León.

—¿Y el desayuno? —Ella estaba muerta de hambre, no iba a dejar pasar la comida.

—Pida algo para llevar.

—Pero...

—No, Alexa. No quiero retrasarme. Debemos cruzar por el bosque Sibilante y quiero hacerlo antes de que caiga el sol.

—¿Es peligroso? —Él asintió.

—Con su hermana...

—Ella tomó otro camino.

—Tomemos el mismo y...

—Es mucho más largo, nos retrasaremos de cuatro a cinco días. Iremos por el bosque. De día es inofensivo.

Alexa lo observó vestirse.

¡No! No podía gustarle esa bestia medieval que rugía en vez de hablar.

No, no y no. Mil veces no.

Capítulo VIII

Llevaban diecinueve horas de camino. No se habían detenido a almorzar, pero Alexa había exigido ir a aliviarse más veces de las que él consideró necesarias y ahora ahí estaban comenzando el trayecto del bosque con el sol ausente. No era noche cerrada, pero sí la hora justa para que los sorprendieran en caso de que hubiera alguien merodeando y León tenía un extraño presentimiento. Miró a la joven y sus miradas coincidieron. Ninguno de los dos apartó sus ojos del otro.

—¿Qué sucede? —preguntó Alexa.

—Está todo calmo. Demasiado.

—Y eso no es bueno.

—No —respondió él preocupado—. Deberían sentirse los animales o las aves nocturnas, sin embargo, hay silencio absoluto.

—¿Y eso significa?

—Que hay gente cerca. Y no somos nosotros.

—¡Mierda! Si quiere asustarme, ya lo ha logrado. No se burle de mí...

—No hago eso. Se lo he dicho para que esté atenta.

—¿Y usted?

—¡Yo qué!

—Tan grande, tan imponente. Con esos brazos enormes y esas piernas tan..., tan... ¿No piensa hacer nada? —La cara de León era de cuento—. ¡Qué! Con su aspecto de dragón furioso espanta a cualquiera. Y si los mira fijo creerán que es hijo del infierno, con esos ojos policromáticos que tiene. Creerán que está hechizado y...

—Usted lee mucho —ironizó el hombre.

—Y usted nos trajo por este camino sabiendo que esto podría suceder. ¡Es culpable!

—¿Yo soy culpable? Le dije hasta el hartazgo que no se detuviera tantas veces. ¡Que debíamos cruzar por aquí con la luz del sol!

—No se atreva a levantarme la voz. ¡Acá solo grito yo! ¡Ni siquiera almorzamos!

—Cada hora que pasa me asombra más. ¿Dónde mete tanta comida?

—¡Soy enérgica!

—¡Con la lengua! ¡No deja de hablar!

El carruaje de detuvo con violencia y la joven dio de lleno en el suelo.

León se dio cuenta, en ese instante, de que estaban siendo asaltados.

Dos golpes bruscos a la portezuela lo confirmaron.

—Bajen o subo a bajarlos.

La puertecita se abrió y León fue el primero en descender. Tomó a Alexa de la mano y la llevó con él, dejándola a su lado. Sin soltarla.

—Muy bien. ¿Qué tenemos aquí? ¿Conde? ¿Duque? ¿Tal vez un barón y su baronesa? ¿O esta belleza es su hermana?

—Podría ser su hija —dijo otro de los maleantes y el resto rio ante la sonrisa de la joven.

—Soy su esposa —dijo la muchacha—. Y estoy en estado. Y no quisiera perder a mi niño.

La cara de los ladrones cambió de jolgorio a seriedad. Eran saltantes de camino, como la tradición mandaba, pero eran honrados en cierta medida y la vida era algo que respetaban. No mataban si no era en legítima defensa y jamás le hacían daño a una mujer, mucho menos a un niño; ni hablar a uno que estaba en gestación.

—No se preocupe, milady. Está a salvo. Solo nos llevaremos sus pertenencias.

—¿Y nos dejará en medio del bosque sin nada?

Alexa se había soltado de la mano de León y lo había adelantado un paso antes de que él lo advirtiera. Las manos en jarra y el gesto altanero, que seguramente tenía, le auguraron un mal presagio.

—No pueden llevarse mis cosas. Mi esposo no lo permitirá.

—¿Yo? Por mí que se las lleven. —Alexa lo miró contrariada.

—Lo ve. El hombre no está preparado para una pelea, milady —ironizó uno de los asaltantes —. Se le nota que está viejo para esto. Me asombra que una joven preciosa como usted haya elegido a un viejo.

—Tiene dinero. No tenemos muchas maneras de conseguirlo, ¿no?

—¡Oh! ¡Ya basta! Llévense lo que quieran y márchense —se quejó hastiado León.

—¿Nos da órdenes? —se molestó el más grande—. Creo que tendré que enseñarle modales.

Y sin previo aviso le asestó un golpe en la cara, haciéndolo retroceder.

Atontado por el ataque, León se detuvo, centró la mirada y entrecerrando los ojos arremetió contra aquel hombre a una velocidad tal que el pobre no veía venir las manos cerradas que lo atacaban hasta que, una vez en el suelo, se cubrió con las suyas la cara mientras arrollaba sus piernas hasta quedar en posición fetal. León giró y al instante recibió un puñete en el estómago que lo dobló en dos. Otro le golpeó de lado entre las costillas, quitándole el aire, a la vez que el más joven le asestaba un rodillazo en la cara.

—¡En el rostro no! ¡Que me que gustan sus rasgos!

La voz de Alexa los distrajo y eso le permitió a León atacar. Derribo a dos y, cuando iba a por

el tercero, el primero, que ya se había recuperado, le asestó desde atrás un golpe certero en la cabeza.

—¡No! ¿Me lo mataron? —preguntó la joven asustadísima.

—No, preciosa, pero dormirá un buen rato. Tampoco es tan guapo y es viejo.

—Tiene treinta y un años. No es un viejo —se ofendió Alexa.

—¿En verdad se casó por el dinero?

—¡Claro que no! Él vale su peso en oro y más.

El maleante, que parecía ser el líder, pues todos los demás lo obedecían, sonrió reconociendo que la muchacha estaba enamorada de ese mastodonte. Con una seña de mano, ordenó a sus compañeros desvalijar el carruaje.

—¿Qué hacen? —exclamó la joven preocupada.

—Nos llevamos sus pertenencias, como le habíamos dicho.

—¿Y me dejarán sola en medio de este bosque que no conozco de nada? Por cierto, usted habla inglés.

—Mi padre es inglés. Hablo inglés, francés y español. —El gesto de desconcierto lo divirtió —. Mi madre era francesa y mi abuelo español.

—Y, si sabe tantas lenguas, ¿qué hace asaltando caminos?

—A veces no queda otra. —El joven ordenó desatar los caballos y atarlos a su carreta, que se encontraba oculta en el bosque.

—Espere. En mi maleta hay tres libros que eran de mi madre. Son mi tesoro. ¿Podría conservarlos? —Él asintió.

Luego de devolvérselos, se despidió de sus hombres, en francés, y estos emprendieron la marcha. La muchacha, entrecerrando los ojos, le indicó que precisaba una respuesta.

—Me quedaré para cuidarla hasta que despierte, pero me iré antes de que se dé cuenta de que estoy aquí, porque querrá matarme y es demasiado grande y fuerte para mí solo.

Alexa sonrió y se sentó en el suelo, alejada de León.

—Mi nombre es Alexa.

—Soy Henry. —El joven le tendió la mano—. ¿Qué le vio a este paquidermo? Está a tiempo de fugarse conmigo si lo prefiere. Yo le daré al niño una familia. —Alexa lo miró entrecerrando los ojos. Casi olvida que le había mentido con respecto a su estado.

—No sería bueno dejar a mi hijo sin padre, cuando su padre lo quiere.

—No. No lo sería. ¿Y usted?

—Yo qué.

—Si usted lo quiere.

—¡Oh! ¡Claro que lo quiero! Es el hombre de mi vida...

—Suena irónica.

—¡Qué va! Estoy enamoradísima.

Un gruñido los alertó.

León estaba moviéndose mientras el joven lo miraba asombrado.

—Se recupera rápido. —Henry se puso en pie—. Un placer conocerla, Alexa. —Besó su mano y se perdió en el bosque.

—¿Alex? ¿Estás bien? —La muchacha volteó al escuchar su voz.

—Creí escuchar ruidos —mintió—. ¿Puede caminar? Se llevaron los caballos y el cochero sigue desmayado —dijo señalando el carruaje.

León elevó las manos a la cara para luego mecerse el cabello.

—¿Le duele? —preguntó Alexa acariciándole la mejilla magullada.

—Dolió más el portazo que tú me diste. —Ella puso los ojos en blanco indignada—. Caminemos hacia el este. Allí hay una finca y nos ayudarán.

—¡Ah! He rescatado los libros de su madre. —La joven se los mostró—. Y el suyo.

—Gracias.

—No tiene que darlas, yo los tomé sin permiso.

—Tome mi abrigo, se está poniendo más frío. Venga, vayamos.

León la tomó de la mano.

Tenían que caminar campo abierto y ese gesto de protección hacia ella la sorprendió y la reconfortó. Lo miró de lado y supo que ya no había más nada que hacer, se estaba enamorando de ese idiota presuntuoso que parecía un búfalo iracundo. O, por lo menos, la atraía irremediablemente. Y era tan diferente a lo que ella había pergeñado en su mente alguna vez...

—Creo que puedo caminar sola. ¿No le parece?

—El terreno es abrupto y tiene desniveles, por esa razón la tomé de la mano.

—Crecí en el campo, sé transitar un prado.

—Esto es Francia y está lejos de ser la topografía de un prado inglés.

—Es un exagerad...

Alexa no completó la oración, ya que su pie trastabilló y cayó hacia adelante.

León, cuyos reflejos lo antecedían, alcanzó a tomarla del talle de la cintura, pero no logró detenerla. Rodaron ambos colina abajo. Parecían un ovillo de lana desenrollándose. Él cubrió con sus brazos la cabeza de ella. No se detuvieron hasta que llegaron al valle.

—Estoy mareada.

—Como para no. Hemos dado más vueltas que un trompo.

—Estoy encima de usted.

—Créame que me he dado cuenta.

La joven, en lugar de rodar hacia un costado, se sentó encima de él y desafortunadamente lo hizo sobre su virilidad. León intentó bajarla, pero ella fue más rápida y llevó su mano hacia aquello que la molestaba.

—Creo que... —comenzó a palpar y se dio cuenta de que eso que presionaba no era otra cosa que el miembro de él—. ¡OH! Esto es su...

—Y si deja de tocarlo así se lo voy a agradecer.

—Disculpe. Yo pensé... pensé...

—Solo bájese. —Ella lo desmontó, quedándose a su lado mientras él se sentaba.

—¿Usted me desea? —Él la miró extasiado. Nunca había sentido la necesidad de que lo tierra lo tragara.

—Creo que debemos dejar de habar de mi anatomía e intentar llegar a la finca antes de que la noche se cierre por completo. ¿No le parece?

—Muy bien. Hagámoslo, entonces.

Se pusieron en pie y comenzaron a caminar.

Capítulo IX

Estaban a nada de llegar cuando dos sujetos salieron a su encuentro.

La noche los había alcanzado y era difícil visualizar bien los rostros.

Alexa se sujetó a uno de los brazos de León y este habló con su voz grave y autoritaria.

—Necesitamos llegar a la residencia del duque de Bourge.

—No se admiten visitas. El duque no desea ver a nadie, menos a un extraño.

—No soy un extraño.

—Amigo, váyase y no merodee donde no es bienvenido.

—No soy su amigo —sentenció León dándole de lleno en el rostro y, antes de que el otro reaccionara, ya lo había golpeado también.

Ambos sujetos permanecían deslomados en el suelo.

—¿Y ahora?

—Nada. Caminemos hasta llegar. Nos queda muy poco.

—¿Está seguro de que no nos recibirán con balas de cañones?

—Seguro.

—¿Y por qué está tan seguro?

—Porque el duque es mi abuelo.

—¡Oh! ¿Y cómo que no lo conocen?

—No vengo nunca y estos deben de ser nuevos.

—¿Por qué no viene a menudo? —León la miró de esa manera como lo hacía Victoria cuando ella se metía en todo. Y entendió que no era un tema agradable.

—Mi madre era bastarda. Digamos que a los hijos y nietos legítimos del duque no les agrado. Llegamos. No hable de más si puede evitarlo.

—¿Cree que no puedo?

—Lo estoy dudando.

El gesto de indignación de ella lo hizo sonreír.

Se adentraron por un camino de piedra que parecía sacado de un cuento de hadas. Esa casa era excepcional. Y tan antigua...

—León Marchant, ¿qué lo trae por aquí?

—Gustave, viejo amigo, ¿cómo has estado? —Un genuino abrazo se extendió entre ambos—. Nos asaltaron en el camino del bosque Sibilante. Y se han llevado los caballos. Pasaremos la noche aquí. Necesito que alguien ese encargue del cochero; ha quedado inconsciente.

—Ya me ocupo ahora de mandar por él. —El viejo sonrió—. Tu abuelo se alegrará. Nunca vienes a verlo. ¿Y la jovencita es...?

—Su esposa. Alexa Jones.

—¡No puedo creerlo! Creí que nunca llegaría este día. El viejo no lo sabe. Se va a enojar cuando sepa que estás casado y no le has invitado.

—La ceremonia fue privada y rápida. Estoy en estado.

—¿Vas a ser padre? ¡Dios! Caerán todos los santos del cielo. Vengan. Acompáñenme dentro.

Alexa se asió de la mano de León y juntos caminaron hacia el interior.

Interior que era en demasía lujoso.

Si bien las luces de unas pocas velas no alcanzaban para mostrar la potestad reinante, ella se podía hacer una idea de la magnificencia del lugar.

—Hay habitaciones preparadas porque en breve es el baile por el cumpleaños de tu abuelo. Y vendrá gente de todos lados. Ya han llegado varios. Pueden descansar aquí. Hay criados trabajando. Les pediré que suban agua para el aseo.

—Gracias, Gustave.

—De nada, niño.

—¿Niño? —ironizó Alexa—. ¿Podría traerme de comer? Tengo mucha hambre.

—Claro que sí, pequeña.

El anciano se fue, dejándolos solos en aquella habitación enorme, que León llenaba con su presencia y Alexa con su cháchara.

—¿Por qué dijo que era mi esposa? —preguntó León enojado.

—¿Quería explicarles que su hermana me raptó y que ahora usted me lleva de regreso? Además, viajamos sin chaperona, lo que compromete mi reputación. No es justo que salga más perjudicada de lo que ya fui, ¿no le parece?

—Tiene razón. Pero decir que está en estado ¿no fue excesivo?

—¿Y cómo iba a explicar nuestro matrimonio?

Unos golpecitos suaves a la puerta interrumpieron aquella conversación.

Mientras unos criados vertían agua en la bañera, otros disponían las sales y jabones para el baño. Alexa miraba fascinada el despliegue ordenado de personas y artilugios que maniobraban. Vio como León hablaba con uno de ellos.

—Aséese primero. Yo lo haré luego con el agua que usted deje.

—Muy bien —dijo la joven llevando consigo ropa limpia—. Lo haré rápido, así le queda algo de agua caliente.

Él asintió.

La vio perderse dentro del cuarto de aseo.

¡Dios! Todavía podía sentir su mano allí.

No podía continuar así.

La llevaría a París y pediría que fueran a por ella, pero no se arriesgaba a ir más lejos con esa mujer. Estaba alterando todos y cada uno de sus sentidos.

Recordaba cuando la había besado; cómo ella había abierto la boca y abarcado la suya. ¡Dios! Si no fuera por su maldito y bendito honor, esto sería un desastre. No quería faltar a su palabra, debía mantenerla sana y salva, sobre todo de él. No podía perder el norte de semejante manera. Habían pasado muchas mujeres por su vida y ninguna había llamado su atención como esta. Mientras ella no lo buscara, no sucedería nada; pero si era ella la que venía a él... ¡Tampoco! ¡Por Dios! ¿En qué pensaba? La reputación de la joven y su honor estaban en juego y él no era esa clase de hombre.

—Listo. Ya tiene el agua a su disposición.

Y ahí estaba su pesadilla, envuelta en un precioso vestido amarillo claro.

—Gracias —refunfuñó León.

—¿Es que siempre debe tener ese gesto de enojo y hastío grabado a fuego en su rostro? ¿Y ese tonito de voz que indica que solo se hace su voluntad y nada más que su voluntad?

—Me alegro de que lo haya entendido. Con permiso.

Y cerrando la puerta la dejó de pie gesticulando lo imposible que era ese hombre.

Alexa acomodó las sábanas y el edredón y vio que, en el sillón contiguo a la cama, estaba la ropa que ese imbécil había olvidado. De seguro le pediría que se la alcanzara, pero ella no tenía la más mínima intención de hacerlo. ¡Que se las arreglara! Se acostó.

Estaba casi dormida cuando sintió su nombre.

No respondió.

Lo escuchó maldecir y luego unos pasos moviéndose por la habitación.

¿Habría salido desnudo?

Entreabrió un ojo y luego el otro. Uno no alcanzaba para admirar el cuerpo de ese hombre. ¡Dios mío! Con la toalla en sus caderas y el resto al descubierto parecía aún más grande de lo habitual. Y su cabello mojado caía sobre su espalda, donde cada uno de sus músculos se moldeaba lo suficiente, ni mucho ni poco, sino lo justo. Desearía que la toalla no estuviera allí y poder contemplarlo en todo su esplendor.

León llegó hasta el sillón y se agachó a recoger la ropa. Ese movimiento hizo que la toalla, que cubría su masculinidad, cayera al suelo.

—¡Mierda!

—¡Oh, Dios! —exclamó la joven sentándose en la cama, olvidando que estaba dormida.

—¿Está despierta?

—Usted me ha despertado con sus ruidos. Y ahora... ¡Esto!

León cogió la toalla del suelo. Tomó la ropa y volvió al cuarto de baño maldiciendo.

Alexa se quedó pensando en que no podía tener más suerte, había pensado en que deseaba verlo desnudo y se le caía la toalla. Solo le había visto el trasero. ¡Y qué buen trasero! Volvió a acostarse. Iba a ser imposible dormirse. Tal vez debería desear más cosas...

Pasó más de media hora hasta que el hombre salió del cuarto de aseo arropado en pantalones y camisa. Al ver la cara de la joven ante su desnudez se había empalmado como un jovenzuelo. Era inaceptable, cómo podía estar sucediéndole eso. ¡A él! Que siempre tenía todo bajo control, hasta su propio temperamento. Debía ser el hombre más controlado de la tierra. ¿Y para qué tanto esfuerzo? ¿Para que esta bruja lo pusiera de cabeza? ¡No! Mañana mismo escribiría a Deacon para que vinieran a por ella. Mañana no. Ahora, así mañana la misiva ya saldría camino a Londres.

Se dispuso en el escritorio.

Encendió una vela y escribió alegando asuntos de trabajo imposibles de retrasar.

> Estimado Deacon:
>
> Con muchos sobresaltos, estamos cerca ya de París. Allí nos quedaremos porque tengo reuniones inaplazables. Mi casa será su casa hasta que vosotros vengáis por ella. Ahora duerme. Estamos en tierras de mi abuelo materno. Mañana partiremos.
>
> Estaré al pendiente de tu respuesta en París.
>
> Un abrazo,
>
> León

Apagó la vela y se acostó en el sillón situado enfrente de la cama. Ni loco compartía lecho con ella. Antes que lo desollaran vivo.

La mañana siguiente llegó sin demora.

El sol filtró sus rayos atravesando el cristal.

Alexa se removió incómoda al sentir aquella centelleante luz sobre ella. No cabía duda alguna de que la cama estaba alineada estratégicamente con aquella bendita ventana. Se desperezó y miró hacia el sillón. No estaba. Recordó que lo había visto sentado en el escritorio escribiendo. Se levantó y rebuscó entre los papeles. Nada. No le quedaba más que asearse y bajar. A ver si conocía al tal abuelo del mastodonte.

Con su vestido celeste, con terminaciones azul cielo con un dejo de gris plateado en vuelos y mangas, bajó la escalera con lentitud. Al pie de esta estaba esperándola un joven rubio, demasiado guapo, el cual le tendió la mano ni bien ella puso un pie en el último escalón.

—Un placer, milady. Soy Angus. Mi primo nos contó de usted y al pasar la vi descender como un ángel. ¿En verdad está desposada con el bruto de León? Porque, de no ser así, le propondría matrimonio aquí mismo.

—Me temo que sí. ¿Dónde está él? —respondió cortante Alexa. No le había gustado un

rábano que ese sujeto insultara a su mastodonte.

—Con el abuelo. Si me permite, la acompaño.

Caminaron juntos hablando del tiempo. Conversación intrascendental que servía para intercambiar palabras en detrimento del silencio. Cruzaron un pasillo y ante una enorme puerta se detuvieron. El joven golpeó y aguardó la respuesta que les permitió avanzar.

—Abuelo. He aquí a tu nieta.

Alexa avanzó hasta estar al lado de León, que incómodo, la presentó:

—Ella es Alexa Jones...

—Su esposa. Encantada.

—Y llevas a mi bisnieto en tu vientre. Creí que León nunca se casaría.

—¿Por qué? —preguntó la joven contrariada.

—Aquí en Francia las cosas son diferentes que allí, en tu tierra. Angus, puedes retirarte. Gracias por traer a la joven.

—Yo...

—Adiós, Angus. Te veo en el almuerzo.

—Sí, abuelo.

—Siéntate, niña. —El viejo dejó su sitio detrás del escritorio y se dispuso a caminar mientras la pareja se encontraba arrellanada en uno de los sillones mullidos que amueblaban aquel sitio.

—Tu esposo es hijo de mi hija mayor. Mi hija, o sea su madre, es mi primogénita a la vez que mi bastarda. La engendré junto a mi gran amor, que no era otra que una criada negra, que falleció al dar a luz. —Alexa no solo lo escuchaba con atención, sino que gesticulaba a medida que el relato avanzaba—. ¡Sí! Mi León no tiene origen noble y además desciende de raza africana, lo que implica que se vuelva una persona no tan deseable en determinados sitios, no por su lado oscuro, sino por su bastardía. Bueno, la de su madre. Sí, Francia es miserable en muchos aspectos; sin más, luego de la revolución, en París ocurrieron muchas cosas, entre ellas la reanudación de la esclavitud por parte de Napoleón. —El viejo se detuvo a mirar por la ventana como cavilando algún recuerdo pasado. Volteó y siguió caminando hasta donde estaban ellos—. ¡Sí! Hoy en día la mísera Francia es esclavista a pesar de que se vanagloria de muchos logros. Lamentable.

—Pero él, no... —La joven fue interrumpida por el duque.

—No. Sus rasgos están mezclados a la perfección. Su abuela era negra, pero no yo. Su madre fue lo que comúnmente llamamos mulata, aunque sus facciones europeas la precedían. Mi Sienna era hermosa e inteligente. No la aparté de mi lado sino hasta que se unió en matrimonio al padre de León. Como todo burgués, el señor Marchant buscaba desposarse con alguna mujer de alcurnia perteneciente a la nobleza y vi en él el candidato perfecto para mi hija. Le ofrecí tierras, dinero y lo más preciado para él: un título. Y no uno cualquiera, sino el de conde. En el contrato que firmamos quedó estipulado que las tierras de Najac quedaban en poder de mi hija hasta su muerte, pasando entonces a manos de su primogénito o primogénita, lo mismo daba. Y con el

correr del tiempo nació León. Tiene en sus rasgos genes africanos, aunque prevalecen los europeos. De igual manera la sociedad sabe que es hijo de una mulata bastarda y nieto de una criada negra. Eso basta para que sea indeseable en determinados círculos sociales. Claro que su dinero le abre las puertas a muchos lugares y hogares. Ahora... ¿Qué has visto tú en mi nieto para querer unirte a él el resto de tu vida?

—Bueno, él es muy atractivo y...

—¡Basta! No estamos casados. Es una mentira que inventamos para que los asaltantes de camino no le hicieran daño a ella. La verdad es que Valerie la secuestró por error y la escondió en Najac y ahora estoy tratando de devolverla.

El rostro del viejo era de cuento. Abría y cerraba sus ojos con desconcierto a la vez que gesticulaba graciosamente.

—Prosigamos con su relato —interrumpió Alexa—, que al parecer está aclarándome varias cosillas. ¿Por qué León no lo visita tan seguido?

—¡¿Qué?! —preguntó el viejo más desconcertado aún.

—Me escuchó bien. Responda. —León iba a hablar cuando su abuelo lo detuvo.

—Porque aquí no se siente bien cada vez que viene. Mis hijos y mis nietos lo rechazan por su origen. Hablan y actúan de manera descortés para que él se canse y abandone la casa. Y así...

—Me ha quedado muy claro que toda su explicación anterior está basada en su actitud y la de su prole. Usted está suponiendo que, como él no es bien recibido por su familia, entonces no lo es en otros lugares. Y, si lo es, es por su dinero. —Alexa se acercó hasta el viejo—. Usted es el primero en excluirlo. Deduzco que, si ha permitido que su hija creciera a su lado, habrá sido por amor a su madre. Pues lo que ha hecho con él no honra ese pretendido amor.

—Es verdad. Lo admito, pero lo que tú estás haciendo, niña, es amor también. No estarán casados, pero tú estás enamorada de él. —El sonrojo de Alexa confirmó las palabras del viejo—. No puedes salir en su defensa solo porque sí y enfrentarme de esa manera a mí, que ni siquiera sabes quién soy.

—Abuelo...

—¿Se quedarán al baile? Nunca te has quedado a la celebración de mi cumpleaños. ¿Lo harás? —La cara de súplica del viejo convenció a León, que asintió—. Perfecto. Que tu mujercita no espante a las visitas, por favor.

—¡No es mi mujer!

—Han montado una farsa y deben seguirla. Así que, en teoría, es tu mujer. Ahora pueden irse. Las actividades comenzarán en una hora. No están obligados a participar si no lo desean.

Se fueron de allí juntos.

Caminaban por el pasillo cuando un ruido ajetreado de tripas convulsionadas resonó, haciendo que León la mirara asombrado. Mirada que ella correspondió con una sonrisa.

—¡Dios! ¿Esa es tu barriga? —Él no dejaba de asombrarse ante la necesidad acuciante que ella tenía de comer.

—Tengo hambre.

—Tienes un monstruo ahí dentro que devora todo a su paso.

—Eres un exagerado. Tú comes como una bestia recién desenjaulada.

—Por aquí, preciosa. —La detuvo indicándole la dirección contraria a la que iban—. Desayunaremos o tus tripas me dejarán sordo.

Ingresaron al salón comedor, donde una extensa mesa, repleta de gente, invadió su intimidad. Todos los ojos allí presentes se volcaron en ellos.

Alexa cayó redonda al suelo mientras León la miraba atónito. Al darse cuenta, se acuclilló a su lado y le palmeó el rostro. Nada.

—Alex. Preciosa, despierta. ¿Tanta hambre tenías?

La aupó mientras unos miraban atentos y otros llegaban a ayudar.

—Llévala a su cuarto, primo. Llamaremos al médico.

—Gracias. Con permiso.

—Vuestro.

León salió del recinto y escaleras arribas se dirigió a la habitación que compartían. Ni bien llegar se encontró con el servicio, que estaba terminando de acomodar. Al ver la situación, se excusaron y los dejaron solos.

La acomodó sobre la cama.

Una pena. Ella estaba tan bien allí, sobre su pecho; escuchando cada latido, sintiendo cada uno de los movimientos de sus músculos. Y esos brazos que la sujetaban... Debería desmayarse más seguido.

—¡Tardó una eternidad en subir! Tampoco peso tanto —dijo ella como si nada.

—¿No está desmayada? ¿Ha fingido?

—¿Ha visto usted la cantidad de personas que había en ese lugar? No soy muy sociable que digamos y tanta gente me pone histérica.

—¡Usted ya es histérica! —gritó él dispuesto a marcharse de la habitación.

—¡A dónde va! —dijo ella interponiéndose entre él y la puerta—. ¡Tengo hambre!

La cercanía de ella lo tomó desprevenido a él.

Acercó su boca a la suya, mientras que la joven, en puntillas, buscaba alcanzarla. Las respiraciones se mezclaron y los labios de rozaron. Ninguno se animaba a avanzar. Deseaban besarse, pero esa intimidad tan efímera los abrumaba.

—¿Me traerá el desayuno? Tengo excusa para tomarlo aquí. Me he desmayado —susurró ella casi besando su boca.

—Podría haberlo hecho de todas maneras sin necesidad de montar un teatro —murmuró con ansias desmedidas de besarla.

Se había resuelto a hacerlo, cuando la bendita puerta resonó y detuvo aquella locura.

Capítulo X

La ajetreada actividad por la que estaba atravesando la finca no les permitió estar juntos ni la mañana ni las tarde. Y por las noches estaban exhaustos. Una dormía en la cama y otro en el sillón. Las celebraciones de los setenta y nueve años del duque habían atraído a demasiada gente al lugar y todo lo programado era increíble. Aunque Alexa ya estaba harta de tanta sociabilidad, no podía negar que la organización era impecable. Y nadie la molestaba porque estaba casada con la bestia.

León se estaba arrepintiendo de haberle dicho a su abuelo que se quedarían al baile. No resistía una hora más allí. ¿En qué diantres pensaba cuando había asentido? ¡Sí! No quería admitirlo, desea pasar más tiempo con ella. Si se quedaba o no al baile era irrelevante para el viejo, entre tanto gentío pasaba desapercibido. Buscaría a Alexa y le propondría marcharse. ¿Propondría? ¡Ni loco! Las decisiones las tomaba él. Se irían y listo.

—¿Cómo que quiere irse? Le ha dicho a su abuelo que se quedaría al baile.

—Creo que usted quiere quedarse, ¿no?

—¡Claro que quiero! ¿Ha visto el vestido que me pondré? —señaló la prenda dispuesta en un perchero—. Es precioso. —Él se la imaginaba desnuda con esa misma prenda a sus pies.

—Le compraré todos los vestidos que quiera en París.

—¿Nos detendremos en París? —preguntó ilusionada

—Envié una carta al suegro de su hermana para que vayan por usted allí.

—¿No me llevará a Londres? —sonrió con ironía—. Ahora entiendo.

—¡Qué entiende!

—Que usted no está acostumbrado a cumplir con su palabra.

—Retráctese.

—¿Que me retracte? ¡Claro que no! —León acortó la distancia—. No va a intimidarme con su altura.

«No quiero intimidarla. Quiero besarla», pensó él. Retrocedió un paso y cedió.

—Muy bien, nos quedaremos al baile. Pasado mañana, antes de que el sol asome, partiremos

hacia París. No quiero más retrasos. Cuanto más pronto lleguemos...

—Más rápido se deshace de mí —dijo molesta.

—Desde que me conoce no ha hecho más que reprochar mi conducta, cuando he sido un caballero.

—¿Caballero? Usted no sabe lo que es ser un caballero.

—Creo que usted lee mucho, como ya le he dicho. Si espera un caballero como el de sus novelas, pues tendrá que sumergirse en un libro. En la vida real los hombres no son como usted quiere que sean, menos aún los tan pretendidos caballeros ingleses que tanto desea.

—Yo no deseo un caballero inglés. —«A ti te deseo, idiota». Se debatió la joven entre gritar su verdad o callarla. Calló.

—De todas maneras, no me interesa. Puede soñar con quien quiera. —Caminó hasta la puerta. Antes de salir, volteó—. A las cuatro es la cabalgata. Pasaré por usted a las tres y cuarenta y cinco. Esté lista.

—¡No hemos almorzado!

—El almuerzo es campestre. No asistiré. Saldré a caminar.

—Y me deja sola con sus parientes.

—Le propuse marcharnos y alegó que prefería bailar. Baile, entonces. Buenos días.

León se fue y Alexa le arrojó un jarrón que dio de lleno en la puerta al cerrarse.

Las ganas de darle una tundra a ese presuntuoso la consumían.

¿Quería guerra? ¿En serio? ¿A ella la enfrentaba y creía que no habría consecuencias?

El almuerzo fue distendido.

Las personas invitadas eran allegados al lugar. Había gente de alta alcurnia, pero también muchos burgueses adinerados que hacían aspavientos de sus riquezas. El resto era gente sencilla. Claro que había algún que otro pariente que se creía el ombligo del mundo, pero nada que ella no pudiera manejar. Se dio cuenta de que muchos primos de León lo admiraban y que ese viejo, que se decía su abuelo, era tan presuntuoso como su dragón. El enojo por su ausencia se diluyó poco a poco y se encontró arropada por bonitas conversaciones y en varias aparecía León de niño; y, a medida que los años avanzaban en el relato, su figura se desdibujaba. Era obvio que se había alejado de los suyos y que nadie había hecho esfuerzo en que regresara. Le llegó el turno a ella y se explayó con alguna anécdota de sus hermanas cuando pequeñas. Tenía que admitir que lo que iba de la jornada estaba siendo agradable.

León, con sentimientos contrariados, caminó por horas.

Salió de las tierras ducales y se aventuró a las afueras.

Almorzó en una taberna y allí bebió. Hacía años que no se permitía perder el norte de esa manera. Debía buscar la forma de extirparse a esa bruja antes de caer. Había gestos en ella que le indicaban que él la atraía de alguna manera y le tenía miedo. Se había dado cuenta de que era una mujer de armas tomar y, en cuanto ella decidiera avanzar, lo avasallaría hasta el punto de hacerle

perder su voluntad. Él se conocía muy bien a sí mismo y verse absorbido por ella lo enervaba y lo ajetreaba en un vaivén emocional que nunca había experimentado. Tenía que poner toda la distancia que pudiera. Esa había sido la razón de no quedarse en casa de su abuelo. Había huido. Con ella esa sería siempre la mejor opción: huir.

El día del baile llegó y con él la Navidad.

Era la primera vez que Alexa transitaba la Navidad lejos de su familia. Debía admitir que tenía sentimientos encontrados, extrañaba a sus hermanas, pero León... ¡Dios! Ese hombre la alteraba en más de un sentido a tal punto que no sabía si estrangular a Valerie Marchant por ponerla en esa situación o darle las gracias. Y ahora, el muy imbécil había cogido otra habitación. «Para que puedas prepararte para el baile tranquila. De esta manera no invadiré tu intimidad», fue la excusa de su partida. Un criado había trasladado su maleta sin más.

Alexa resopló.

Estaba huyendo. De ella... ¡De ella!

Albergaba en su interior ese extraño sentir de pertenencia, como si lo conociera desde siempre, pues todo en él era muy predecible, aunque por momentos experimentaba giros que la dejaban patidifusa. León Marchant era una contradicción en sí mismo.

La puerta resonó y ella apartó todos esos pensamientos para concentrarse en el baile. Abrió y allí, de pie, una joven de su edad se presentó como Aria, su doncella esa noche.

—Señora Marchant, la condesa de Duchand me envía para servirla.

—No me digas *señora* que suena a cincuenta años. Dime Alexa, por favor.

—No puedo permitirme esas familiaridades, mi señora. La ayudaré a ataviarse para el banquete. Por lo que veo, ya se ha aseado. Empecemos por el cabello.

Aria se puso manos a la obra y el recogido sencillo quedó encantador con unas preciosas mariposas en zafiros y esmeralda desperdigadas en los sitios justos. El corsé le molestó un tanto, ella no estaba acostumbrada a llevarlo. Sintió que le apretaba demasiado, pero la doncella insistió en que era necesario dejarlo así o el vestido no le quedaría. Vestido que deslizó como un guante sobre su cuerpo.

—Está hermosa, señora.

—Gracias, Aria, por tu ayuda.

Tras dos leves golpecitos a la puerta León entró a la habitación sin esperar el permiso.

—Espero que...

—Con permiso —se excusó la doncella y se fue.

—¿Y? ¿Cómo...?

Verlo vestido de etiqueta, con aquellos pantalones que se le ajustaban en los sitios necesarios para atraer la atención de cualquier persona que admirara un buen cuerpo, dejó a la joven sin habla. Sus miradas coincidieron. No eran necesarias las palabras. León no hubiera podido ignorarla, aunque hubiese querido. Ese vestido era magnífico, una prolongación de su piel. Dorado y adornado en oro y plata, era el manto perfecto para su cuerpo. Que los demonios se lo

llevaran, nunca había visto una mujer más bonita que Alexa Jones.

—Debemos bajar. Mi abuelo nos espera.

—No olvide que es mi esposo. Guárdese su desdén para mañana.

—Créame que no lo he olvidado. Seré el caballero que usted anhela. El más devoto servidor de su belleza —gruñó él, sabiendo que no le costaría nada ser su esclavo.

—Feliz Navidad. —Lo sorprendió depositando en su mejilla un casto beso.

—Feliz Navidad, preciosa.

León acarició su rostro, con el dorso de su mano, hasta rozar sus labios con el pulgar, en un claro gesto de cariño.

Tomados del brazo bajaron al salón. Salón repleto de gente dispuesta a disfrutar de una bonita celebración.

Las arañas que colgaban de aquella magistral bóveda azul plateada resplandecían con tonalidades doradas que iluminaban como si fuera de día. Era un baile campestre, pero su encanto rivalizaba con cualquier baile londinense en plena temporada. Y eso que ella solo había asistido a uno. Ingresaron y varias miradas repararon en ellos.

—¿Bailará conmigo?

—No sé bailar. No me agrada.

—¿Por qué no me sorprende?

—Sé hacer actividades más productivas que bailar *ballet*.

—¿Y quién baila *ballet*?

—Querida, está en Francia; el *ballet* está de moda en la aristocracia.

—Estamos en medio del campo, por si no se ha dado cuenta.

—¿Usted puede asegurarme que los invitados son aldeanos? Porque yo veo gente de la nobleza que busca resurgir y mantener su estatus.

—¿Sabe bailar el vals? —preguntó ella esperanzada.

—Sí.

—Qué alivio, me encanta el vals.

—Todos los jóvenes la están mirando, alguno se animará a bailar con usted.

—Usted es mi esposo. Debe bailar conmigo.

—Muy bien. ¿Siente la música? —La tomó de la mano y la llevó a la pista de baile donde la mayoría de las parejas se estaban alineando—. Es una farándula[6] y por su cara no sabe danzarla. No se preocupe, es ligera con sus pies, solo sígame.

Nunca había oído siquiera de nombre aquella cosa, mucho menos iba a saber bailarla.

No tuvo tiempo de resistirse, cuando reaccionó estaba en medio de los danzantes. La cara de satisfacción de ese insoportable hombre dejaba claro que se divertiría a su costa. Todos en fila tomados de la mano comenzaron a ejecutar pasos típicos de la danza que ella ni sabía cómo realizar. Asida a la mano de León, no dejaba de ir de un lado a otro. No podía sincronizar un solo movimiento. ¡Iba a matar a ese idiota!

León no podía resistir la risa. Alexa no acertaba un solo paso. Concentrado en no perder el ritmo, sintió un dolor agudo en su pie izquierdo. La bruja lo había pisado y lo había hecho con el taco de punta de su zapatilla. El dolor se extendió por toda su pierna, pero aun así continuó danzando, por lo que le sonrió irónico a la joven que enseguida fraguó otro ataque. Y su mente pergeñó el peor de los atentados al orgullo de ese zopenco: la zancadilla. Casi ríe con estrépito imaginándolo despatarrado en medio de la pista. Calculó todos los movimientos y en el momento acertado aventuró su pie izquierdo y perpetuó su venganza. Para su beneplácito el hombre trastabilló y salió despedido al centro de la pista. Pero eso no fue todo...

No.

Al caer se llevó consigo a la mujer que tenía de la mano y esta en el proceso de caer le dio con los pies al hombre contiguo que, de un manotón, al querer asirse de algo, le dio de lleno en la cara a otro que, sorprendido, respondió con un golpe certero al mentón, desmayándolo. La mujer del desmadejado se enzarzó a cachetazos con el agresor que, no pudiendo defenderse del feroz ataque, intentó alejarse trastabillando y cayendo sobre una de las mesas con el ponche. Despedida hacia arriba la fuente que contenía el brebaje, dio de lleno en la cabeza de uno de los amigos del abuelo de León, salpicando en el proceso a varias damas, que enseguida reaccionaron con enojo y antipatía.

Alexa no podía creer lo que había hecho.

Solo quería ridiculizar a León y terminó siendo la hacedora de un gran desastre.

—La verdad que en mi vida me había divertido tanto —rio estrepitosa aquella bestia.

Volteó a verle y allí estaba. De punta en blanco a su lado.

¡No podía ser!

Si ella había calculado bien el tiempo, ¿cómo...? ¿Se había equivocado?

—Preciosa, la próxima vez que intentes derribarme, presta atención de qué lado estoy.

La risa estruendosa que emanó de su garganta fue aplacada de una bofetada.

—Tal vez ya no te queden ganas de reír.

León la tomó de la mano y la alejó del enredo de personas causado por la caída que ella había fraguado. La condujo a un rincón, alejados del resto.

—Es la segunda vez que me pega.

—Y habrá próximas si usted sigue comportándose como un estúpido.

—¿Me ha insultado?

—¡Usted qué cree!

—Creo que necesita una lección.

—¿Y me la va a dar usted?

—No. Tal vez se la dé la vida, en su momento. Yo solo la besaré.

Y tomándola de la cintura la adhirió a su cuerpo mientras con su mano derecha la cogía por la nuca acercándola a su boca. La besó y ella respondió. No podía no responderle. Su voluntad era de azúcar con él. El beso los arrancó de este mundo para transportarlos a la más sublime de las

bondades donde dos cuerpos que se deseaban encontraban su remanso. Allí estaban devorándose con sus labios mientras sus manos no dejaban de abrazarse como si todo eso no bastara. Necesitaban más. Querían más.

—Están llevando la farsa a un punto sin retorno.

La voz de Leónidas Arenberg resonó en sus oídos arrancándolos del idílico momento. Sus ojos se enlazaron sin entender lo que acababa de suceder, para luego mirar al viejo, que sonreía satisfecho, pues ya había visto el fuego en ambos.

—Abuelo. Yo...

—Eres adulto, no me debes ninguna explicación. —Fijó su mirada en Alexa—. Pequeña, has causado un lío de primera. —Volvió a mirar a su nieto—. ¿No he dicho que la sujetaras?

—Yo...

—Tú tienes la cabeza en otro lado. Será mejor que hablemos ahora. Sígueme. —Besó la mano de la joven—. Con permiso, niña. En un tris te lo regreso. —Ella asintió.

Los vio alejarse.

Iban hacia el mismo sitio que en la mañana en que había conocido a Leónidas.

¿Y ella qué hacía allí entre tanta discordia y bullicio?

Mejor los seguía. No se quedaría sola en el baile.

Llegó al sitio y decidió esperar un tanto alejada. Llevaba ya unos cuantos minutos cuando un grito de León la sorprendió. Se acercó. Escuchar un poco no sería tan malo. Lo había hecho tantas veces, que una más no haría la diferencia.

—Al menos puedes pensarlo, ¿no? Esta unión te conviene desde donde lo analices. Es hija de un magnate norteamericano que tiene las fábricas que tú quieres. Avanzarás en los negocios y lo mejor: tendrás empresas en Nueva York. Solo tienes que contraer matrimonio con su hija.

—Yo no deseo casarme. Ya lo sabes. Tampoco quiero hijos.

—Estoy seguro de dos cosas. La primera es que eres ambicioso, siempre quieres más. La segunda es que estás obnubilado con esa muchachita que no debe distraerte. ¡Devuélvela de una vez! Y abócate a lo que sabes hacer: fortuna. Eres una máquina de hacer dinero, León. Aprovecha tu inteligencia y déjate de tonterías. Cásate con la hija del norteamericano y deshazte de esa joven antes de que metas la pata y no tengas más remedio que arreglarlo con el matrimonio. Con uno que no te conviene en lo más mínimo, porque a lo lejos se nota que esa chica es de pueblo y tú necesitas a una mujer sofisticada a tu lado. Alguien que sepa de lo que va todo esto.

Alexa no se arrepentiría jamás de ser imprudente y seguir escuchando.

Esa era, sin lugar a duda, la mejor Navidad de su vida, a pesar de no estar con sus hermanas.

León era todo lo que ella había imaginado. Una persona ambiciosa y despiadada en lo suyo.

Su porte auguraba todo eso y ahora su abuelo lo confirmaba. Y ella... no podía creer lo que estaba escuchando. ¡Ese hombre era un idiota! Se alejó y volvió al salón.

Capítulo XI

Habían partido de noche, tal y como él había dicho.

Llevaban más de cinco días de viaje.

Habían pasado la mayor parte del tiempo en ese bendito carruaje. La primera noche no se habían detenido porque él alegaba que las posadas estarían llenas y sería un incordio. Tal vez tuviera razón, no iba a quejarse. Con Valerie había viajado peor, pero el silencio de León y su constante desdén le dolían. Compartir espacio con él no era fácil y estaba claro que, si ella no actuaba, él no lo haría. Ahora, sobre el infernal vehículo, transitaban un camino sin sobresaltos. La taberna, donde se resguardaron de la noche, había quedado atrás hacía doce horas. No volvieron a detenerse, solo unos pocos minutos para aliviarse. Almorzaron mientras viajaban, en absoluto silencio, pues él no le habló sino lo estrictamente necesario. Y ahora..., ahora dormía a sus anchas. ¡Qué ganas de darle un par de bofetadas!

Observó por la ventanita.

Qué bonito era el amanecer en esas tierras; más bello que en Inglaterra. Ver cómo el cielo iba cambiando sus tonalidades nocturnas por las vespertinas era admirable. Los bosques prevalecían en el camino; al fin y al cabo, no era tan diferente a Dunster: la vegetación invadía territorios haciendo de los lugares sitios reconfortarles y misteriosos.

Así transcurrieron las horas. Él durmiendo por intervalos y ella contemplando la naturaleza, deseando llegar a su hogar. Un barquinazo zarandeó el carruaje. Ella cayó al suelo y él la asistió de inmediato, pues la maniobra del vehículo lo había despertado.

—¿Qué hace ahí? No necesita besarme los pies. Ya le dije que la llevaré hasta Londres. No se quedará en París. A menos que los suyos hayan recibido la misiva y lleguen antes que nosotros, lo cual es muy posible.

—Imbécil presuntuoso, antes de besarle los pies me corto la lengua. —Él intentó ayudarla y ella lo rechazó—. ¡Suélteme! No preciso su ayuda.

—¿No ha dormido? —preguntó León de mal humor.

—¿Con sus ronquidos? Los caballos han ido más ligeros del susto que les ha infligido.

—¿No se cansa de ser tan bruja?

—¿Y usted no se cansa de ser tan egocéntrico y presuntuoso? Dice tener treinta y un años y con su mala cara aparenta mucho más. ¡Qué le cuesta ser amable!

—Nunca he sido descortés con usted. Y si considera que soy demasiado viejo deje de mirarme como si fuera a devorarme.

—¡Ah! ¡Yo no lo he mirado así jamás! ¡Retráctese!

—Faltaba más...

—Fue usted el que me besó y...

—Solo fue para callarla. ¡Habla demasiado!

Alexa tomó su bolso de mano y se lo aventó. No recordó que llevaba la cajita con las especias que la cocinera le había obsequiado. Con la puntería que ella tenía, dio justo en la frente del hombre.

—¡Está loca! Si quiere matarme sea más efectiva.

—Si quisiera matarlo, ya lo hubiera hecho. Necesito que me regrese a mi hogar. ¡Imbécil!

—¡Bruja!

Fue él quien avanzó sobre ella y tomándola en sus brazos la besó.

Y Alexa no pudo más que responder.

Quería que la besara.

Quería sentirlo.

Quería sus manos en su cuerpo.

La lengua de León avanzó en el beso y la boca de ella lo recibió siguiendo el ritmo y aumentándolo. El hombre la tomó de la cintura y llevándosela con él la dispuso a horcajadas sobre su regazo. Tomó su rostro entre sus manos y profundizó el beso. No era un simple beso, sino una conexión más allá de lo físico. Ambos sabían que estaban obrando mal, pero no podían reprimir el deseo que los dominaba. Ella comenzó a quitarle el abrigo mientras él hizo lo mismo, aunque no quiso desabrocharle el vestido. No pretendía ir más allá. Sin embargo, Alexa tenía clara conciencia de que quería experimentar lo que su hermana tanto alababa y quería hacerlo con él. Al diablo con las consecuencias. Decidida, llevó sus manos al pecho de León y comenzó a explorarlo, bajando por su abdomen; estar sentados no le facilitaba su exploración, aunque de todas maneras se la apañó para explorar allí, donde ella quería hacerlo. Frotó su mano sobre el miembro endurecido y el suspiro ahogado de él rompió el beso.

—No. No está bien —alegó él viendo en sus ojos la decisión de avanzar—. Después de esto no hay retorno.

—No importa.

—Alex...

—¡Por favor!

Ella se elevó para acomodar sus ropas y que él tuviera acceso a su cuerpo.

Sus lenguas volvieron a reñir por el dominio del beso mientras León encontraba la abertura de los calzones introduciendo sus dedos en la hendidura de su cuerpo. El gemido entrecortado de

ella rompió el beso y él aprovechó para lamer su cuello, besándola desde el lóbulo de la oreja hasta la base de su garganta a la vez que movía sus dedos de afuera hacia adentro con frenesí, provocando en la joven una agonía deliciosa. Que ya estuviera húmeda cuando él la había invadido había acelerado su pulso y aumentado su deseo, anhelaba que fuera suya. Con el pulgar buscó el punto de placer y lo acarició; alternó las cadencias de los movimientos hasta que Alexa hubo convulsionado en sus brazos al tiempo en que él se derramaba en los pantalones... No podía ser más idiota.

Exhaustos permanecieron unidos.

Incapaces de moverse.

Incapaces de hablar.

Estaba claro que las palabras eran villanas entre ellos.

—¿Eso es todo? —se aventuró ella.

—Me temo que sí.

—No puede ser. Yo he visto que...

—¿Has visto? —preguntó él asombrado.

—¡Oh! En el campo se ve de todo.

—No sé si quiero escuchar esto.

—¡Usted es imposible! —se quejó la joven.

—¿Yo? Será mejor detenernos.

—Dijo que no lo haríamos hasta la noche —le recordó.

—Necesito cambiarme. Y usted también. Además, el sol ya se ausentó. Caerá noche cerrada de un momento a otro. ¿Qué más da dos horas antes?

Ella apoyó una mano en su pene, que, con levedad, comenzó a endurecerse otra vez. Acercó su boca a la suya y la lamió. Muy despacio. Su lengua la recorrió hasta atrapar su labio inferior entre los dientes sin dejar de acariciar su miembro. Cuando León fue consciente de lo que sucedería si seguía con su avance, presionó su mano con la suya deteniéndola. Interrumpió el beso y la alejó de su cuerpo.

—No. No está bien. No quiero deshonrarla. He dado mi palabra de llevarla sana y salva a Londres. Su familia está preocupada por usted y no es justo que llegue mancillada.

—Estoy a salvo —dijo ella nublada por el deseo.

—No. No está a salvo conmigo aquí. Así. —La aupó como si fuera una muñeca de trapo y la colocó en el asiento contrario—. Soy su peor amenaza.

—Yo decido... —Alexa intentó justificar su comportamiento.

—Yo también decido. Y es no.

Ella miró por la ventanilla sin observar nada. Estaba furiosa. Quería darle un par de bofetadas a ese zopenco. O, tal vez, a ella misma por ser tan idiota y caer tan fácil ante él. No volvería a hablarle lo que quedaba de viaje.

León se sentía frustrado. ¿Cómo era posible, con el control que tenía sobre sí mismo, caer tan

alegremente ante sus encantos? La miró de reojo. Era hermosa. Y valiente. Y sagaz. Y... ¿En serio? ¡Basta! No la miraría más en lo que restaba de viaje, porque mirarla aumentaba sus ganas de besarla y él no quería más responsabilidades de las que ya tenía y mucho menos una que vivía tan lejos de París. Si se casaba con ella, su vida cambiaría; existía la posibilidad de mudarse a Inglaterra, que no le apetecía nada, o viajar constantemente para que ella viera a su familia. Y luego los hijos, que, como debían estar en contacto con el lado materno, lo obligarían a trasladarse allí. ¡No! A él le gustaba la quietud y que nadie lo molestase. Y ella... Ella trastocaba todo lo que él necesitaba para su buen vivir. No podía atarse con el matrimonio. ¿Matrimonio? ¿Estaba cavilando la remota posibilidad de desposarse con esa bruja? ¡Dios! Ya no pensaba con claridad.

El viaje prosiguió con ambos enojados, entre ellos y consigo mismos. El carruaje era una tumba, no volaba una mosca. Los sonidos de la naturaleza podían escucharse con claridad y el traqueteo de las ruedas era una constante; incluso León tuvo el tino de trasladarse al pescante, lo que le permitió a Alexa desahogarse y por primera vez, en mucho tiempo, llorar.

Entrada la tarde se detuvieron en una posada, según él, la última antes de arribar a París.

La apatía entre ambos cortaba el aire.

Se asearon.

Cenaron.

Y se dispusieron a descansar.

Otra vez una única habitación para los dos.

Y allí estaba Alexa, observando la cama que deseaba compartir con él.

La última noche juntos, porque si la misiva había llegado a Londres, como ambos creían, en París la recogerían al llegar. Y eso sería todo. León Marchant pasaría por su vida sin más y ella no estaba tan segura de querer dejarlo atrás. No. Esa bestia se había convertido en su hombre ideal y lo quería para ella. Lo quería en su vida. «Ajo y agua», como decía Amber, porque él había dejado muy claro a su abuelo que no quería ni esposa ni hijos, aunque...

—¿Por qué ha pedido una habitación matrimonial? —preguntó indiferente.

—Porque es mejor que estemos juntos. Si creen que es mi esposa, no la molestarán.

—Tal vez quiero ser molestada. —La sonrisa irónica de él la sacó de quicio.

—Preciosa, debes elegir sitios mejores si quieres ser molestada.

—Tal vez me gustan rudos y brutos.

—No. La arrinconó entre la pared y su cuerpo. A ti te gustan caballeros y bien hablados.

—Tal vez te estés equivocando. —Se moría de ganas de tocarlo, pero no lo haría. No claudicaría—. Puede que me atraiga el dominio. La superioridad...

—En eso te doy la razón. Tú eres de las que dominan, así que necesitas un pelele que puedas llevar de la nariz.

—Y tú necesitas a alguien que te retuerza las pelotas y te hiera el corazón. Así entenderás el significado de amar.

—¿Cómo sabes que no lo entiendo? Mi madre me amó —gruñó él.

—Hubiese aprendido a... —No alcanzó a terminar de hablar que él le había cubierto la boca con la suya. Su lengua se había abierto paso y la ahogaba en un beso devastador y breve.

—No sé si sé amar, pero sí puedo volverte loca de deseo.

La bofetada que le dio vuelta la cara no la vio venir, pero la sintió en el alma. No por el peso y la fuerza del golpe, sino porque sabía que la había ofendido. Ver el dolor en sus bonitos ojos verdes lo destrozó.

—No se me acerque más. Y conserve las formalidades.

Alexa se refugió en la cama.

León tuvo el tino de no continuar hablando y quedarse en el sillón. Las cosas estaban como estaban gracias a él. Le molestaba que el último recuerdo con ella fuera el dolor de su mirada. Era un maldito desgraciado. La dejaría en París, donde estaría a salvo de él y de cualquiera. Allí esperaría a que la buscaran.

Profundamente dormida, Alexa sintió cómo la zarandeaban. No quería abandonar sus sueños, allí era feliz. En aquel prado plagado de flores, corría mientras dos niños la seguían y la silueta de alguien más no terminaba de materializarse.

—¡Despierte! Debemos irnos ahora. —El rugido de su voz la asustó.

—¡Imbécil!

—Si le hace bien insultarme, se lo concedo.

La joven le arreó con un almohadón dándole en la espalda.

—Usted no me concede nada. ¿Qué se ha creído?

—Será mejor que no hablemos si no podemos hacerlo civilizadamente.

—¡Ahora soy la rebelde! —se quejó ella.

—¿Le queda alguna duda?

—Lárguese así puedo cambiarme.

—Se le olvida que no puede abrocharse el vestido sola. Anoche tuve que desengancharle todos y cada uno de esos botoncillos —dijo él enarcando una ceja. Ese gesto, que evidenciaba la seguridad en sí mismo, sacaba a Alexa de sus cabales.

—Saldré desnuda, prefiero morir a precisar su ayuda.

—Usted decide.

León salió dando un portazo. Trataba de controlar su ira y sus ganas de besarla.

Había descubierto que le encantaba pelear con ella.

Había descubierto muchas cosas desde que la había conocido.

¡Dios! La quería en su vida, pero al paso que iban se matarían antes de llegar a París. Debía ser dócil y ofrecer una tregua. Si respondía con irónica y sarcasmo a cada palabra de ella, entonces eso sería una guerra constante. Guerra que había comenzado él por ser tan imbécil. En eso ella tenía razón: era un idiota en toda regla.

Capítulo XII

Llevaban catorce horas y treinta y cinco minutos de viaje.

León iba contando el tiempo.

Se habían detenido a comer y reanudado con prontitud el viaje.

Y el silencio se hacía eterno...

—Tenemos cinco horas para entrar a París —informó con desgano.

—Ya lo dijo —respondió ella.

—Como no respondió, creía que no había escuchado.

—Es imposible no hacerlo, ruge como un dragón.

—¿Qué es lo que realmente le molesta de mí? —La paciencia se le estaba yendo al diablo.

—¿Que no afronta sus sentimientos? —esgrimió Alexa con valentía. Era todo o nada. Perderlo o tenerlo. Tenía que intentarlo.

—¿En serio se atreve a aventurar una certeza sobre lo que siento? —se asombró el hombre.

—No solo sobre lo que siente, sino lo que siente por mí. ¡Es un cobarde!

—¡No sabe lo que siento por usted!

—¡Claro que no! Porque lo oculta bajo esa capa de palabrerío infundado que esgrime cada vez que abre la boca solo para mantenerme alejada. ¿Pero sabe qué? —La ironía brotaba en cada palabra y eso hizo rabiar a León.

—¿¡Qué!?

—Solo aumenta mi deseo, imbécil. Solo hace que quiera estar entre sus brazos recibiendo sus besos y ofreciéndole los míos.

—Eres una descarada.

—Sí. Lo soy. Es la única manera de sobrevivir y obtener lo que quiero.

—¿Y qué quieres, Alexa Jones?

—Te quiero a ti, León Marchant.

—No soy un caballero.

—No me importa. Quiero a la bestia...

Él la asió del antebrazo.

Su agarre brusco y suave a un tiempo.

Sus miradas hablaban por ellos.

El camino se volvió irregular. Las ruedas del carruaje comenzaron a dar leves saltitos, lo que indicaba que no era liso y llano, a diferencia de los ya recorridos desde la partida de Najac. Este era abrupto y peligroso, ya que existía la posibilidad de volcar si no disminuían la velocidad.

Eso no les importó.

Nada se interponía entre aquella mirada verde esmeralda y los oscuros ojos negro-azulados de León. El tiempo se desdibujó y, en una fracción de segundo, ella estuvo montada a horcajadas sobre sus piernas.

—Esto no está bien —se lamentó él comenzando a besarla.

Y se besaron.

No había ternura ni compasión en la unión de sus bocas, sino una necesidad imperiosa de amarse. No podía dejarlo pensar y que se arrepintiera otra vez. Alexa cogió su miembro erecto y comenzó a tocarlo por encima del pantalón. Él acarició su espalda por debajo del abrigo y descubrió que tenía todos los botones desprendidos, sonrió. Eso le facilitó el acceso al corsé; desanudó las tiras y lo retiró con sumo cuidado de no lastimar la piel. La abertura del vestido era pronunciada, por lo que pudo extraerlo sin necesidad de quitarle las mangas. Aunque sí las bajó hasta la altura de los codos para tener acceso a sus pechos. Pechos que eran la gloria. Los acarició pasando el pulgar por el pezón, arrancando de ella un suspiro prometedor. Sus ojos vidriosos y anhelantes le descubrieron a una criatura hambrienta de él, difícil de saciar. Sería un desafío estar a su altura.

—Voy a devorarte, Alexa.

—No espero menos de ti.

Y, tomando el rostro del hombre entre sus manos, lo besó acoplando su lengua a la suya. Y sin importarle ya nada, solo él, comenzó a desanudarle los pantalones, liberando su miembro, que se irguió palpitante entre ambos. Lo envolvió con sus dedos y dando paso a una cadencia constante, ascendente y descendente, comenzó a enloquecerlo.

—¡No! —se quejó él—. Así no podré estar dentro de ti. No lo lograré, preciosa. Te deseo demasiado. Si haces eso me derramaré en tu mano.

—No te detengas...

Esas palabras hicieron que León la tomara de la cintura y la dejara de pie en el suelo del carruaje, que cada vez parecía costarle más transitar aquel camino. Le ordenó sujetarse de los bordes de las ventanas y, sin quitarle el vestido, lo subió hasta las caderas para arrancarle los calzones. Sin demora introdujo sus dedos en ella a la vez que la muchacha salía al encuentro de esa mano. Su rostro jadeante, su mirada aturdida por el deseo y la humedad entre sus piernas exterminaron la poca cordura que sobrevivía en él. La asió de la cintura y la recolocó a horcajadas sobre su miembro, sin penetrarla.

—Despacio, preciosa.

Alexa, con sus pies sobre el asiento, comenzó a descender poco a poco, con un ansia inhumana por sentirlo dentro. Sin dejar de mirarse, cada uno disfrutaba del dominio sobre el otro. Iba a mitad de encuentro cuando su rostro comenzó a gesticular dolor.

—No entra —dijo sin entender por qué costaba tanto.

—Dime que te dijeron que la primera vez duele —susurró León entrecortado.

—Claro, no soy idiota, te he dicho que me crie en el campo.

—¡Dios! Dices eso como si las jóvenes del campo supieran todo acerca de la vida —sonrió él encantado.

—No sé si todo, pero casi todo seguro. Concéntrate, que esto me está costando —se quejó.

—No quiero impulsarme hacia arriba porque va a dolerte aún más, prefiero que lo hagas tú... —Ella fue deslizándose sobre ese miembro que de suave y cálido no tenía nada—. Así. Eso es. Despacio.

Alexa avanzaba, aunque recibirlo era un suplicio.

En ese proceso estaba cuando el carruaje dio un salto pronunciado, provocando que ella descendiera sobre él con brusquedad al tiempo que él ascendiera con el mismo ímpetu. En un santiamén estuvo unida a su pelvis sin poder respirar. Una exclamación aguda, seguida de un temblor inicial, asustó a León, que, tomándole el rostro entre las manos, la contempló. Las lágrimas surcaban su cara y sus gestos revelaban sufrimiento.

—No sé cómo es ser acuchillada, pero esto es terrible —sollozó la joven.

Ella comenzó a moverse. Necesitaba aliviar el escozor y el dolor entre sus piernas, que se abría paso a su interior. Él la retuvo en un abrazo conciliador.

—Debes estar quieta. Tu cuerpo necesita amoldarse al mío.

La besó en el cuello..., el lóbulo de la oreja.

Llegó a su boca y fue recibido con agrado.

Y el beso fue profundizándose hasta que sus lenguas lidiaron por el control. Control que ambos habían perdido, pero que reclamaban a la vez. Ese fue el momento exacto en que León la asió por los glúteos y elevándola comenzó a desprenderla de él y ella, quejándose, intentó detenerlo.

—No, preciosa. Ahora viene lo bueno.

—¿Y qué sería lo bue...? ¡Aaah!

Los gemidos de ella ante la acometida suave de él fueron el preludio a la gran sinfonía.

A ninguno de los dos les importó si el cochero escuchaba o no, o tal vez no recordaban que había un cochero. Simplemente, se amaron. Las embestidas controladas de él comenzaron a desenfrenarse cuando supo que ella no acusaba dolor. Y ya nada lo detuvo. La misma Alexa aprendió el movimiento para acoplarse a él con más vértigo y salir a su encuentro. El éxtasis los alcanzó y él se derramó en ella, sabiendo lo que eso significaba. Y no le importó, porque ya había tomado una decisión. La amaría y la honraría.

—Feliz comienzo de año, preciosa. —Alexa sonrió.

—No habrá nunca uno mejor.

Luego del tormentoso y feroz encuentro, el frío se hizo presente. Se arroparon y permanecieron juntos, sentados uno al lado del otro. Ella recostada en él y él abrazándola, como si quisiera protegerla del mundo.

—¿Cómo murió tu madre? —se animó a indagar Alexa.

—De tuberculosis. Yo tenía diez años cuando enfermó. En siete meses se la llevó. Ya había cumplido los once... Fue mi último cumpleaños con ella. Era hermosa. Luego mi padre se casó de nuevo y nació Valerie.

—Tu hermana está loca.

—No tuvo madre y mi padre la consintió demasiado. Intenté mediar, pero no estuve presente en los años importantes de su vida. Ahora la envié con mi tía Brina a Noruega. Espero que allá encuentre tranquilidad, de lo contrario será muy infeliz.

—¿Qué pasó con su madre?

—Murió en el parto.

—Mi madre también —susurró ella.

—¿Cuando tú naciste? —Alexa lo miró divertida.

—Somos ocho y yo soy la cuarta. —Los gestos de asombro de él perpetuaron la más bonita de las sonrisas en ella—. Tenía siete años cuando sucedió. Amber estaba con ella. Se desangró. Igual creo que hay algo más. Nuestra infancia no fue un encanto y nuestro padre era una persona horrible. Si no fuera por mis hermanas mayores, no sé qué hubiese sido de nosotras.

—Lo siento. Yo tuve una infancia perfecta hasta que faltó mi madre. Luego creo que crecí de golpe. A los doce ingresé al colegio de interno y permanecí hasta que tocó ir a la universidad y luego hacerme cargo de todos los negocios del condado, porque mi padre solo sabe despilfarrar el dinero. Intenté criar a Valerie, pero me fue imposible. Se escapaba de cualquier institutriz. Me resigné y creció al lado de mi padre con las personas que él se encargaba de contratar, claro que yo costeaba todo, pero en el fondo me sentía responsable por no estar con ella. Y fallé. Siempre supe que mi padre no sería un buen ejemplo para la niña y así fue. Valerie se ha convertido en un monstruo capaz de secuestrar personas por pura cabezonería.

—La familia... se hereda. No se elige —esgrimió Alexa.

—¿Y tu padre?

—¡Uff! Poseía el título de barón que había obtenido al casarse con mi madre. Era sobrino de otro barón, así que el enlace con mi mamá le vino de perlas. Ella tenía dieciséis, casi diecisiete, y él era mayor. Siempre lo vi como a un viejo. Nunca lo sentí mi padre. Y hacía lo típico que hace la nobleza cuando no trabaja en nada productivo: jugaba, tomaba y andaba de prostíbulo en prostíbulo hasta que las deudas lo abrumaron y se le ocurrió la genial idea de prostituir a mi madre. Y ella lo hizo. Estoy segura de que la amenazaba con nosotras. Dudo que todas seamos hijas de él.

—Preciosa, eso es terrible.

—Cuando mamá murió intentó vender a la bebé y Victoria no lo dejó. Le dijo que lo asesinaría mientras dormía si tocaba a alguna de nosotras. No sé por qué razón, pero de cierta manera él le temía a Victoria.

—¿Quién es Victoria? —preguntó León.

—Mi hermana mayor. Luego sigue Amber, a la que tu hermanita quería secuestrar y se equivocó.

—Bendita equivocación —susurró besando sus labios.

—Nunca te hubiera conocido de otra manera.

—¿No querrás darle las gracias a Valerie?

—Tal vez en unos años.

—Eres hermosa, Alexa. Fue verte y quedar obnubilado, aunque fueron por escasos segundos; tu cachetazo me sacó de eje. Le haces perder los sueños a cualquiera, tienes la mano pesada.

La risa de la joven inundó el carruaje y León amó su resonancia.

Ya había cruzado la barrera prohibida, ahora solo le restaba disfrutar de ella lo que le quedaba de vida. Nunca se hubiese imaginado unido en matrimonio, menos aún con una inglesa.

Alexa acarició su rostro. Relajado y contento, reflejaba la edad que tenía. Apenas treinta y un año. Era hermoso desde el ángulo del que lo viera y no era el príncipe de sus cuentos. No. Era el villano perfecto que le hacía arder el alma y la consumía con lentitud.

—Me enamoré de ti cuando me di cuenta de que no eras todo lo que había anhelado. Ni caballero, ni perfecto, ni inglés. —Volvió a estallar en risas—. Creo que es perfecto que no seas inglés. No sé si estoy obnubilada por ti o creo que te amo, que podría amarte toda mi vida. Eres de esas personas transparentes, que se les nota la bondad a pesar de rodearse de una coraza que los envuelve para no quedar vulnerables ante los demás. Tienes mucho amor para dar y eres compasivo y tolerante. Piensas en todos antes que en ti.

León la contempló con profundidad.

Eran casi las mismas palabras que su madre le había obsequiado antes de morir.

Una lágrima asomó y rodó por su mejilla. Alexa la capturó con el pulgar.

—¿Qué sucede?

—Mi madre me dijo algo parecido antes de partir. —La joven sonrió.

—Me encanta coincidir con ella en que eres capaz de dar amor y digno de ser amado.

—¿Te casarás conmigo, Alexa Jones?

—Escuché decirle a tu abuelo que aborreces el matrimonio y que no quieres niños. Y te oí asentir. ¿Me equivoco?

—No. Aunque creo que no terminaste de escuchar la conversación. Le dije a mi abuelo...

—Claro que la escuché, ¿me crees tan idiota? ¿Por qué crees que me animé a enfrentarte? Tenía la certeza de lo que sentías. —Él se maravilló por su impertinencia y determinación—. Escuché cuando le confesaste a tu abuelo haberte enamorado de mí, y por un instante rocé la felicidad. Hasta que agregaste que me devolverías a mi familia, intacta, porque yo no era para ti.

¿Por qué?

—Porque no te merezco. Eres extraordinaria. Aunque no creía que estuvieras loca por mí.

—Presuntuoso —lo acusó dando una palmada en su brazo izquierdo—. Mira que puedo decir *no* a tu propuesta de matrimonio.

—No. No puedes. —Ella frunció el entrecejo sin quitarle mirada—. Me he derramado en ti, puedes estar en estado.

—¡Ah! ¿Vas a casarte conmigo porque puedo estar preñada?

—¡No! No dije eso.

—¡Pues eso se entendió!

La joven se elevó como un resorte y se sentó enfrente.

Él la miraba como carnero degollado, tratando de elegir las palabras adecuadas para no meter la pata. Ella lo sabía y disfrutaba del momento. Era cruelmente malvada.

—Quiero casarme contigo porque te amo y te quiero en mi vida, siempre que tú quieras estar en la mía. Jamás te obligaría. Aunque la posibilidad de que puedas gestar un hijo mío cuenta a mi favor, ¿no?

—¡No! En mi familia nos protegemos entre todos y, si cualquiera de nosotras quedara en estado, pues entre todas cuidaríamos al niño. Y la sociedad nos importa un rábano.

—El niño, que sería un bastardo, sufriría las consecuencias —argumentó él.

—Es verdad, pero serían consecuencias ideológicas, porque amor abunda... y dinero también. Tendría que enfrentar al mundo y eso lo haría mejor persona.

Era perfecta. No habría nunca nadie como ella.

—Tus hijos serán muy afortunados de tenerte como madre.

—Solo si tú eres el padre.

Él sonrió y, cruzándose hacia donde estaba ella, la abrazó.

—Tendrás que explicarme unas cuantas cosas de tu familia...

—Para eso debería contarte desde que Victoria viajó a Londres.

—Muy bien. —León miró su reloj de bolsillo—. Faltan poco más de dos horas para llegar a París. Soy todo oídos.

Alexa volvió a reír y acomodándose a su lado comenzó a relatar la trepidante historia de sus hermanas y de cómo el destino les fue dando una bonita familia a cada una.

Capítulo XIII

Hubiese sido emocionante entrar en París con el sol irradiando su luz, pero la noche cerrada era quien velaba el arribo. Lo que podía verse desde la ventanita del carruaje dejaba mucho librado a la imaginación de la joven. Ya apreciaría esa belleza al día siguiente.

Se habían detenido en la posada a las afueras de la ciudad. Él le había propuesto matrimonio y ella había aceptado.

«Este sería mi obsequio de despedida, pero me colma el alma que sea mi regalo de bodas», le había dicho León al ofrecerle el vestido que había portado en el baile de Bourge.

Se asearon, cenaron y se vistieron para la ocasión. Alexa creía que, a esas horas, no encontrarían a nadie que los casara, pero León estaba tan decidido a lograrlo que ella dio por sentado que al día siguiente despertaría siendo su esposa.

Ahora, en plena ciudad, se aventuraban por un camino un tanto oscuro. Al girar, una torre gótica avasalló la mirada de la joven.

—Eso es Notre Dame —susurró León.

—¡No! He escuchado hablar de ella. Mi hermana Lisbeth...

—La que se casó con el médico —afirmó él.

—Sí, esa. La describió tan minuciosamente que en sus palabras se veía maravillosa.

—Pues nos casaremos allí.

—¿En serio?

El carruaje se detuvo de uno de los lados de aquella monstruosidad colosal que se alzaba imponente rigiendo todo el lugar. Descendieron. Una pequeña portezuela se escondía entre la arquitectura. León golpeó dos veces y un joven monje les abrió.

—Señor Marchant. ¿Alguna urgencia?

León asintió y el muchacho buscó al sacerdote.

Ataviado en su sotana, con los cabellos recién peinados, un hombre de unos cuarenta años se presentó ante ellos. Su cara, somnolienta y furiosa, invitaba a tener una razón excepcional por haber interrumpido su sueño. Al ver a León, Honore frunció el entrecejo.

—Si estás a estas horas aquí y con una muchacha a tu lado, vestidos de gala, es solo por una

única razón. —El sacerdote extendió el brazo para estrechar la mano de la susodicha—. Honore Blas, guardia nocturna de Notre Dame.

—Alexa Jones, cuarta de ocho hermanas. Guardiana de las más pequeñas.

La risa estruendosa del sacerdote inundó la habitación.

—¿Quién diría que encontrarías la horma de tu zapato? Si me hubieran preguntado, hubiera dicho que León Marchant nunca se casaría. Hete aquí que, gracias a Dios, me he equivocado, pues este hombre a tu lado merece toda la felicidad que pueda alcanzar y más. Y, si te ha elegido a ti, es porque vales más que él, y eso es mucho.

Alexa sonrió y supo en ese instante que, por primera vez en su vida, estaba ante lo que realmente quería y que era solo para ella: estaba construyendo su futuro. Tuvo plena certeza de que no se equivocaba al elegir a ese hombre como su compañero de vida.

—¿Puedes desposarnos ahora? —preguntó León.

—Solo déjame buscar lo necesario y en un tris serán marido y mujer.

Honore abandonó el reciento y diez minutos después reapareció con algunos artilugios en mano junto a un libro de importante volumen.

—Guau. Ese libraco... —se asombró ella.

—Sí. Es el acta donde registramos los matrimonios. Este es el de este año. No solo registramos los de París, sino los de Francia, a medida que las actas nos van llegando. Pequeña, tú eres inglesa. ¿Profesas la fe católica? —Alexa negó—. Tendrás que bautizarte antes de contraer matrimonio o no podrás desposarte bajo este culto.

—Lo siento. No hablamos de cultos —se sorprendió León al darse cuenta de que él había tomado la decisión sin consultarle a ella.

—Me bautizaré —afirmó la joven.

—No es una decisión que debes tomar a la ligera. Si es algo que no pactaron, pueden volver mañana o cuando estén preparados. No necesariamente... O desposarse según otra religión.

—No, padre; me bautizaré ahora mismo. No estoy atada a ningún culto.

—Alex...

—¿¡Qué sucede!? ¿Necesito meditar dos años para convertirme al catolicismo?

La risa retenida del sacerdote y la cara de pasmo de León ante la repuesta de su futura esposa colmaron la paciencia de la muchacha—. Es de hombres ser poco prácticos.

—Si estás segura, ni bien lleguen los testigos comenzaremos. Pueden pasar al lavabo si lo desean.

—Hemos hecho parada en la posada en las afueras de París. Allí nos preparamos para este momento.

—Asumí que venían de algún baile. Pues bien, mientras esperamos, pueden ir contándome cómo se conocieron.

—¿Eso será determinante para que nos case? —preguntó Alexa y ambos la miraron sorprendidos—. ¡Qué! Ya veo que contamos todo cómo sucedió y decide que no nos casa nada.

A veces decir la verdad es un arma de doble filo.

—Haré como que no escuché nada —exclamó León cerrando sus ojos ante su prometida, que resoplando mostraba un ilusorio enfado.

—No te preocupes, Alexa. Conozco a este sujeto hace más de diez años. Si él dice que quiere casarse, doy por sentado que no lo obligaste.

—¿Y por qué no pudo él obligarme a mí?

—Por dos razones —se explayó el sacerdote—: una, porque León no haría eso. Otra, porque contigo sería imposible; eres una fierecilla indomable.

—¿Ha leído a Shakespeare?

—He leído de todo. Soy italiano. Hablo cuatro idiomas, así que mi cultura lectora es amplia.

—Muy bien. Acá va la verdad. Su hermana me secuestró y...

—¡¿Qué?! —gritó Honore poniéndose de pie mientras León se cubría la cara con las manos.

—Te dije que no debíamos contarle —admitió la joven.

—Y yo me comprometí a devolverla. En el proceso de llevarla a su hogar, nos enamoramos. Y aquí estamos —completó León.

—¡Ah! —El sacerdote se sentó—. Quiero los detalles de vuestro enamoramiento. Rápido, que en cinco llegan.

Así transcurrieron casi cuarenta minutos, pues los testigos estaban en un parto y el joven monje tuvo que ir a por otros. Llegado el momento, y luego del bautizo, se dispusieron a celebrar las nupcias.

—Con este anillo te desposo, Alexa Jones. Y deseo con el alma que me acompañes toda mi vida y, si partieras antes, ten por seguro que te seguiré.

—¡Eso es suicidio! Y no puedo contemplarlo como una declaración de amor —se quejó el sacerdote refunfuñando mientras ellos lo miraban atónitos—. ¡¿Qué?! ¿Me equivoco?

—No —respondió Alexa poniendo los ojos en blanco—. Hazlo de nuevo, pero sin tanto drama —exigió a su prometido. León resopló. Eso era absurdo.

—Quiero que seas mi esposa, Alexa Jones, para amarte cada día más de lo que ahora te estoy amando. —Y sonrió mirándolos a ambos.

—Eso fue bonito, amigo. Ahora tú, pequeña.

—Y yo te desposo a ti, León Marchant, a pesar de no ser el hombre que siempre soñé; aunque he descubierto que eres mejor que ese anhelo. Has nacido para mí. Te amo.

—Amigo, te ha ganado. Si me quedaba alguna duda, ya no. Puedo decirte que te amará toda su vida y que tú respirarás por ella. —Los novios lo miraron azorados por la informalidad del compromiso—. Muy bien, ahora sí. Por las facultades que la Iglesia católica me ha dado, los uno en santo matrimonio y los declaro marido y mujer. Hoy, cuando un nuevo año ve la luz, vosotros comenzáis a transitar un nuevo camino juntos. Que sea eterno y plagado de amor, porque vicisitudes y dolor nunca faltarán, pero si hay amor todo se puede superar. Dios los ha unido y nadie los separará. ¡Hasta la muerte! ¿Entendido? Nada de divorcios y esas cosas raras.

Y con un gesto de su mano instó al novio a besar a la novia.

Fue un casto beso en los labios que complació a todos.

—Muy bien, firmemos los papeles y podrán ir a celebrar.

Luego de la ceremonia se dirigieron a un barrio un tanto alejado de Notre Dame. Alexa creía que irían a la residencia de León, pero este le informó que debía resolver un imprevisto. El carruaje se detuvo ante una vivienda, ni pequeña ni grande; era una preciosa casa con un amplio jardín. León descendió y llevó a su esposa con él. Golpeó la puerta y un vejete en sus ropas de dormir les abrió.

—Necesito hablar con Duprá.

—El señor está descansando y no le gusta ser molestado. He abierto porque pensé que era una emergencia, pero...

—¡Es una emergencia! —se enojó León abriendo un tanto más la puerta y avanzando ante la retirada del hombrecito—. Dígale que León Marchant lo espera en su despacho. Ahora.

—Muy bien, es por aquí. Ahí lo llamaré. —El sujeto, evidentemente atemorizado, los condujo a la pequeña sala y marchó con apuro a buscar a su señor.

—Has sido muy duro con ese pobre hombre, lo has asustado —lo reprendió Alexa.

—¡Quería asustarlo! Ese hombre es nuevo, de lo contrario sabría quién soy.

—¡Dios! Eres imposible. Ruges como un León y no eres más que un tierno gatito.

—Solo contigo, mi amor. Con el resto soy implacable. De otra manera es imposible avanzar.

—¿Y qué hacemos aquí?

—¡Eso también quiero saber yo! Ni follar me dejas —se quejó Arnau Duprá, abogado y amigo de León.

—Cuida tu vocabulario, la dama aquí presente es mi esposa. Y estos son los documentos que acreditan nuestra unión. Necesito que cambies el testamento hoy mismo. ¡Ahora!

—Encantado, señora Marchant. Desde este instante soy su más ferviente admirador. Creí que no habría en la tierra mujer que lo soportara. No todos los días uno se topa con un sujeto tan arrogante e insoportable como el que la escolta. —Tomó su mano y la besó en el dorso.

—¿Sus palabras son un cumplido o una afrenta? —esgrimió ella retirando con desagrado su mano—. Y no vuelva a tocarme, no le permito esa familiaridad.

—¡Guau! Nunca creía que pudieran superarte —le dijo a León azorado—. ¡Lo que será vuestra prole! ¡Dios me libre! —Inclinando su cabeza, se disculpó con Alexa—. Lo siento, señora. No olvidaré sus palabras en mi vida. —Arnau volvió a mirar con detenimiento a su amigo—. ¿No podías esperar hasta mañana?

—No. Te pago para esto, ¿no es así?

—¡Sí! Pero tengo un horario de trabajo.

—¿Y si salgo de aquí y nos asaltan y muero? ¿Si falla mi corazón dentro de unas horas? ¿Si caigo del caballo mañana y me rompo el cuello? ¿Sabes qué sucederá? —Ambos lo miraban

pasmados, no podía ser tan catastrófico—. Ella se quedará en la calle, sin dinero y en estado—. Su amigo abría y cerraba la boca como si fuera un pez fuera del agua.

—Me has convencido. ¡Al estudio!

Llegaron a la guarida del abogado, quien rodeó el escritorio y se sentó detrás, preparado a apuntar los cambios—. Dime, ¿qué quieres cambiar?

—Salvo las regalías de las empresas, todo lo demás.

—¿Y tu padre? ¿Y tu hermana?

—Confío en Alexa. Ella debe administrar todo y luego mi hijo, cuando alcance los dieciocho años. Salvo por Najac, siempre será de ella. Y la casa de París también. Y la empresa de barcos y la siderurgia. El resto, para mi hijo.

—¡Listo! ¿Esperas para firmar o te mando a buscar?

—Espero.

—Perfecto.

Dos horas después llegaban a la casa de León.

Alexa estaba extenuada. Su cuerpo no daba para más.

Así como llegaron se tendieron en la cama y durmieron hasta el día siguiente.

Capítulo XIV

—Buenos días, preciosa.

El sol había alcanzado el cenit y su luminosidad se esparcía en todo París.

Por el ventanal de vidrio tallado, la luz llegaba distorsionada al lecho confiriéndole, junto al resplandor de los vitrales, un velo mágico. Como si el aura de ellos fluctuara en el aire.

Habían arribado en plena madrugada y sus cuerpos, reclamando descanso, se habían rendido al sueño.

Alexa se desperezó.

Miró a su lado y allí estaba él.

No era un sueño. Era real..., muy real.

—Buenos días.

Vio en los ojos pícaros de su esposo la pasión velada y, antes de que pudiera atraparla, dio un brinco, cogió el salto de cama y se aventuró al cuarto de baño. Él la dejó hacer, sabía que debía aliviarse. Se acomodó en el lecho y esperó.

Iban quince minutos y nada...

La puerta se abrió y allí estaba ella.

Su cuerpo rodeado de aquella tela de encajes transparente que no cubría nada, pero que abrazaba su figura. Era la primera vez que la veía desnuda. Su piel resplandecía con la luz solar y sus curvas, generosas, enaltecían su belleza.

—¡Dios mío, Alexa! Eres hermosa... —exclamó León embelesado.

—Reclamo mi noche de bodas —ronroneó ella.

—Será un mediodía...

—Que sea el día entero...

Se acercó a él muy despacio, mordiéndose el labio inferior. A él lo enloquecía ese gesto involuntario. Iba a quitarse la camisa cuando su esposa se lo impidió. Comprendió que ella lo desvestiría. Era tan condenadamente hermoso sentir sus manos sobre él.

La tormenta de deseo, que León creía poder controlar, se le antojaba negra y densa, incapaz de refrenarla. Esa mujer era una dulce y feroz tempestad arrasándolo por completo.

La joven abrió cada botón ante la visible agonía de él. Recorrió ese pecho que tanto había visto y ansiaba tocar. Ahora era suyo y ahí estaba para desnudarlo y amarlo. Besó su piel mientras su mano, siguiendo la línea del ombligo, descendía lentamente aferrando su hombría escondida en los pantalones.

—Vas a matarme, Alexa Jones.

Asió su cara entre las manos y acercó su boca a la suya. Las respiraciones se mezclaron y ambos vibraron de anticipación por lo que vendría. Ya se habían amado, pero no habían sentido sus cuerpos desnudos. Sus labios se rozaron y el suspiro de ella fue atrapado por él en un beso devastador donde las lenguas reinaron y el mundo se desvaneció.

Solo existían ellos dos.

Sus ansias de pertenecer al otro en una entrega plena: carnal y espiritual. La lengua de ella, cálida y exploradora, vencía a la de él, fuerte y pasional, poniéndolo a sus pies. No había retorno para León, estaba irremediablemente enamorado de esa bruja. Ya no concebiría la vida sin ella.

Las manos cálidas de la esposa exploraron aquel cuerpo que tanto anhelaba transitar. Desatando los pantalones, asió el miembro enhiesto y descubrió, maravillada, la suavidad y textura de su piel y quiso explorar un poco más. León la ayudó a deshacerse de la prenda, la cual arrojó a un lado, mientras su mujer, dando un paso atrás, descubría hechizada su anatomía.

—Siento que estás examinándome.

—Eso hago. Nunca he visto a un hombre desnudo y tú... —Desvió la mirada de aquel cuerpo para posarla en aquellos ojos que le hacían perder la razón. Era su bestia, su dragón...—. Tú eres hermoso.

Volvió a concentrar su mirada en su pene erecto y, quitándose el salto de cama, lo sorprendió al dar un brinco sobre él, rodeándole el cuello con las manos y las caderas con las piernas. Él la cogió de los glúteos a la vez que recibió el beso demoledor que lo llevó a perder el control. Buscó la pared más cercana y la penetró. El grito de Alexa le recordó que era su segunda vez y podía dolerle aún.

—Lo siento, preciosa. Iré a la cama.

—¡Uf! ¡Aaah! ¡Dios!

—No me la estás poniendo fácil, Alex.

Caminó con ella, prendida a él, hasta la cama y allí se obligó a separase.

—¡No! —exclamó la joven pensando que terminaría todo.

—No voy a dejarte, solo quiero besarte...

Lamió el lóbulo de su oreja, descendiendo con besos candentes, utilizando su lengua en los puntos justos donde sabía que enloquecería. Marcó un camino de fuego hasta sus pechos y allí los adoró. Con la punta de la lengua lamió para luego abarcar con la boca el pezón. Succionó y mordisqueó a placer mientras su esposa sollozaba y él, sonriendo de medio lado, supo que en la cama tendría la victoria. Llenó su vientre de besos hasta llegar a la abertura entre sus piernas.

—¡No! —Que él fuera a besarla allí la sorprendió y la asustó a la vez.

—Eres mía, Alexa Jones...

Sopló en su intimidad y lamiendo con suavidad, sin quitar sus ojos del rostro de su esposa, se excitó aún más al ver sus rasgos abrumados por la pasión. La penetró con la lengua y capturó entre sus dientes el botón de placer que disparó todos los sentidos de la joven. Entre gritos y jadeos, Alexa se deshizo en una descarga brutal y placentera que la liberó.

León la cubrió con su cuerpo y arremetió con fuerza, de una sola estocada estuvo enterrado en su interior, provocando sorpresa y placer. Ella lo recibió y envolviendo sus piernas en torno a él, elevó sus caderas. Quería más. Su esposo comenzó a embestirla con suavidad hasta que su propio deseo coartó su tolerancia y acometió con furia y descontrol, asombrándose de que ella saliera a su encuentro. Lo que había comenzado como un vals se había convertido en un ritual de apareamiento descarnado y sensual. Él giró, dejándola a ella encima, y su esposa supo cómo marcar el compás ayudada por sus manos. Unidos fueron encontrando posiciones. Nada les bastaba. Tenían necesidad de ser engullidos uno por el otro, dando forma a un único ser.

—¡La pared! —susurró entrecortado Alexa.

—¿Qué?

—Contra la pared...

—No, puede que... —intentó explicar León.

—¡Hazlo!

Se puso en pie con ella a upa y, disponiendo su cuerpo entre el suyo y la pared, la embistió con contundencia. El grito ahogado de ella lo refrenó, pero volvió a embestirla una y otra vez hasta que los temblores invadieron el cuerpo de su esposa. Se dejó ir con ella. Devastado buscó el sillón. Allí, abrazados, recuperaron el aliento.

—No saldrás de esta habitación lo que resta del día, León Marchant. —La risa de él colmó el alma de ella—. Tengo hambre.

—¿Por qué no me sorprende? —ironizó su esposo—. El desayuno está listo. Ordenaré llenar la bañera.

—¿No tiene agua?

—Solo la mitad, soy precavido. Así la llenan más rápido. —Ella sonrió mordiéndose el labio inferior.

—Cada vez que haces eso quiero hacerte el amor. Tenlo en cuenta, porque es lo que sucederá, y no me importará el lugar donde estemos.

—¿Es una invitación? —La lujuria en su mirada volvió loco a su esposo.

—Es una advertencia...

Alexa bajó la vista y vio cómo su miembro comenzaba a crecer. Lo miró a los ojos enarcando una ceja.

—En la bañera, preciosa.

***

Año nuevo, vida nueva.

Miró su anillo de bodas.

Les escribiría a sus hermanas. Debía avisarles que París sería su nuevo hogar.

Ataviada en un vestido de terciopelo solferino, se dispuso a peinar su larga melena mientras su esposo terminaba de acicalarse.

Antes de desayunar recorrieron la casa.

Alexa fue presentada al personal como la señora Marchant y desde ese momento todo pasaba por su aprobación. Nada podía hacerse sin su consentimiento. Su palabra era sagrada. Recorrieron las caballerizas y los jardines. El estudio de León era enorme, pues le encantaba la astronomía y tenía un lugar apartado donde diversos volúmenes científicos, de todas las épocas, se amontonaban por doquier. Era su biblioteca personal. Allí mismo, Alexa dispuso los libros de su madre. Sin embargo, el libro de él lo había dejado en la habitación; cada anotación que había hecho en los márgenes le había llevado a ella a descubrir su carácter fuerte y bondadoso. Si no fuera por ese libro, nunca hubiera descubierto el interior de ese hombre. Era mejor que Héctor.

Al fin llegó el turno del desayuno.

Las delicias francesas enaltecieron el estómago de Alexa.

Verla disfrutar de cada *croissant* deleitaba a León.

Él bebía café.

Ella leche y jugo de naranja.

—Esto es realmente delicioso —expresó engullendo un segundo *croissant*.

—En verdad, sí. Te diré un secreto —susurró él acercándose—: todos creen que es un invento de aquí.

—¿No lo es? —La sorpresa en su precioso rostro lo enamoró más aún.

—No. Es austríaco. Nació durante las guerras turco-otomanas del siglo pasado. Diría que fue un invento colosal. Aunque nada como el chocolate.

—¡Dios! El chocolate es poderoso, invasivo, lujurioso e irremplazable... —Alexa cogió un pequeño bocadillo de chocolate relleno de crema de chocolate y le dio un mordisco— como tú. Siento que su sabor me recorre el cuerpo y se adueña de mí. —Se limpió la comisura de la boca con su lengua y suspiró adorando el sabor imperial del manjar sin apartar la mirada de sus ojos.

—Mujer, no puedes comer así. No es sano para mi salud mental.

León se puso en pie y tomándola de la cintura la levantó en vilo y la sentó sobre la mesa.

—¡La comida! —se horrorizó ella.

—Tú serás mi comida, preciosa.

Sonrió al sentir sus labios en el escote del vestido. El calor comenzó a apoderarse de ella. Esa bestia despertaba todos sus instintos, incluso el más salvaje. Le dio acceso a su cuello y comenzó a desabrocharle la camisa; la impaciencia la venció y arrancó los botones que quedaban. Él desanudó su vestido y, bajando las mangas, besó sus hombros. Sus rostros se buscaron y sus

lenguas se encontraron uniéndose en una danza sensual.

—Señor, lo busca... ¡Oh!

—Robert Ev... ¡Mierda!

Sin completar su presentación, Robert casi corrió hacia donde estaba la pareja. Rhis no pudo retenerlo y Amber, pasmada, observaba ojiplática, como si fuera una historia salida de un cuento. Un cuento de *Las mil y una noches*[7].

—¿Qué creé qué hace? —rugió Robert lanzándose sobre él.

León solo alcanzó a alejarse de Alexa antes de recibir un golpe de aquel gigante en medio de la cara, que lo expulsó hacia atrás dejándolo inconsciente.

—¡¿Qué has hecho?! ¡Oh, Dios!

Alexa, entre sorprendida y asustada, gritaba mientras le daba palmaditas a su esposo en la mejilla intentando traerlo a la consciencia.

—Rhis, encárgate de despertarlo. Y tú —cogió a su hermana del brazo—, ven. Explícame qué está sucediendo.

—¿Dónde está Victoria? —preguntó Alexa entre sollozos.

—¿Para qué quieres a Victoria? —repreguntó Amber.

—¡Para que ponga en vereda a esta bestia! —gritó señalando a Robert—. ¡Mira lo que ha hecho! —exclamó apuntando con la mano hacia donde estaba León.

—Lo siento, Alexa —se disculpó Robert—. Se estaba aprovechando de ti y yo...

—Esto —la joven elevó su mano derecha mostrando el anillo que portaba su anular— ¿significa algo para ti? ¡Me he casado con él! ¡Es mi esposo! Y te conviene que quede igual que cuando lo encontré. ¿Me has entendido?

Tanto Amber como Robert y Rhis la miraban confundidos.

—¿Te has casado con él? —Rhis no salía de su asombro—. ¿Qué le has visto?

—¿Y a ti que te ha visto mi hermana? —replicó la joven.

—Rhis —intervino Amber—, no le busques la lengua porque te arrastrará como a un felpudo. Y te atormentará el resto de tu existencia.

León comenzó a volver en sí.

Se incorporó y un acceso de tos le hizo expulsar sangre de la boca y la nariz.

Alexa lo asistió de inmediato y le ayudó a limpiarse.

León Marchant se puso en pie con una furia que lo consumía. Luego de detener el sangrado, se enfrentó a Robert.

—Robert Evans... —gruñó y todos esperaron a que se desatara la hecatombe. Por el contrario, y muy a su pesar, ya que quería partirle la cara, León le tendió la mano—. León Marchant. Anoche desposé a su cuñada en Notre Dame, ahora es mi esposa. Todos los registros del enlace están allí y el acta de matrimonio en mi estudio. Mi abogado rehízo el testamento a su favor, solo por precaución. Si me sucediera algo, ella quedaría al mando de todo lo mío. Siento haberlo incomodado.

—Siento haberlo golpeado. —Robert hizo una pausa—. ¡No, no lo siento! No sabía todo esto que me está diciendo ahora. Actué por instinto y verlo encima de Alexa me llevó a pensar lo peor. No sé si eso me excusa, pero lo haría de nuevo si no conociera los hechos.

—Es un buen protector, casi que no tengo ganas de golpearlo.

Alexa, abrazada a León, miró orgullosa a su cuñado. Al fin y al cabo, Robert no conocía cómo se habían dado las cosas y había actuado según lo visto. Y lo que había visto no era para nada decoroso.

Capítulo XV

—No entiendo cómo has podido desposarte con alguien que no conoces de nada.

Amber estaba indignada con su hermana. Tan práctica y observadora, como era Alexa, iba y se enlazaba para toda la vida con un perfecto desconocido. La joven caminaba de un lado a otro. Estaban solas en la salita de visitas, a resguardo de los demás.

—¡En verdad no lo entiendo! Te secuestran. Te recupera este hombre y te casas con él. ¡Así! ¡Sin más!

—¿En serio vas a cuestionar mi matrimonio cuando el tuyo fue estrepitoso? ¡Escúchame bien, Amber Jones! —Alexa se puso en pie y enfrentó a su hermana—: Conozco a este hombre, como tan despectivamente cacareas, más de lo que tú podrás conocer a Rhis. Y eso ya es mucho decir. De todas nosotras, eres tú la más insensata a la hora de elegir esposo. ¿Quieres cuestionarme? ¡Hazlo! Pero no opacarás mi felicidad ni me harás dudar de mi decisión. Lo siento. Como tú bien has dicho, soy observadora y puedo darme cuenta de las intenciones de las personas al conocerlas. Y León no es un buen hombre. ¡Es extraordinario! Más de lo que alguna de vosotras podrá tener nunca.

—¡Dios mío! ¡Estás enamorada! —susurró Amber.

—¡Claro que lo estoy! El embarazo te ha nublado el entendimiento. ¡Lo amo! Y como Robert se atreva a ponerle un dedo encima de nuevo, me conocerá. ¡Díselo a Victoria!

—Se lo dirás tú. ¿O crees que no volverás a Inglaterra?

—León es mi hogar.

—Alex. Victoria acaba de parir. Fue un parto duro, con fuertes hemorragias. El niño era demasiado grande. Robert ha venido porque ella misma lo obligó a venir. John y Devon se han quedado en Arundel. Y créeme que Rob necesita regresar y le ha prometido hacerlo contigo.

Alexa gruñó porque sabía que debía volver, aunque sea para que su hermana viera que estaba bien. Asintió.

—Así que tenemos otro niño —dijo la joven más calmada—. ¿Cómo se llama?

—Asher —respondió Amber—. Asher Evans. Es clavadito a Robert, pero con los ojos de Victoria. Alex —Amber unió sus manos con las suyas—, debes volver.

—Lo haré.

***

—Evans tiene la mano pesada. Su fuerza es una prolongación de su tamaño.

—Usted también es grande, Marchant.

—Es verdad, aunque creo que usted lo es un palmo más. Igual no tengo la potencia que usted despliega. Es una mole, amigo. Podría matar a alguien con sus puños.

—Lo sé. ¿Cómo es que decidió contraer matrimonio con mi cuñada?

—Compartimos demasiado tiempo juntos y es una mujer maravillosa.

—Por lo que he visto, se han conocido demasiado...

—Me he casado con ella, Evans. Es mi mujer. Y no la dejaré.

—No pido que la deje. Solo he venido a buscarla para llevarla con su hermana.

—Robert —intervino Rhis—, Señor Marchant, necesitamos...

—¿Necesitamos? Sabe que esto es culpa suya, ¿no? —lo interrumpió León—. ¡Usted dejó a mi hermana a cinco días de la boda! No justifico el accionar de ella, pero usted lo provocó.

—¿Va a culparme a mí de las locuras de su hermana? Le pedí disculpas públicamente a ella y a su familia. Y no me arrepiento de mi decisión. Amo a mi esposa y sacrificaría cualquier cosa por ella. Además, una persona en su sano juicio no hubiera hecho lo que hizo Valerie. Tiene que admitir que es una niñata consentida, que hace con su padre lo que quiere. ¿Dónde estaba usted durante su educación?

León se acercó a Rhis amenazante. De frente, casi rozándose, sus miradas presagiaban una buena pelea.

—¡Basta! Necesito regresar a Arundel con Alexa lo más pronto posible. Victoria me necesita —apuntó a Rhis con el dedo— y sabes muy bien que me ha obligado a venir, pero quiero estar con ella. Así que tomaré a Alexa y me marcharé. —Miró a León a los ojos irradiando esa tan temida luminosidad plateada—. Y no hay Dios que me detenga.

Robert abandonó el estudio dando un portazo.

Desde un principio no había querido viajar, pero la insistencia de su esposa lo obligó. Ahora solo quería volver con ella y sus hijos. Y se llevaría a Alexa así le costara la vida. Se lo había prometido a Victoria y cumpliría.

Regresó a la sala y allí estaba Amber, esperando.

—Fue a cambiarse de ropa y a hablar con su esposo. —Robert asintió.

—En treinta minutos saldremos hacia El Havre.

***

Alexa intentaba sujetarse el vestido cuando León entró a la habitación.

Su larga cabellera se le enredaba en los dedos al querer abrochar los botones.

Tan ensimismaba estaba en sus pensamientos que no lo había oído entrar, aunque lo sintió cuando sus dedos rozaron los suyos reemplazándolos en la engorrosa tarea.

—¿Qué sucede, preciosa?

—¿Recuerdas que te he contado que Victoria estaba embarazada?

—Sí.

—Pues el niño ha nacido antes de tiempo. El parto fue complicado y mi hermana está débil. Necesito ir a verla. ¿Me acompañarás?

A pesar de ser muy segura de sí misma, Alexa formuló aquella pregunta con miedo. Sabía que León era un hombre muy ocupado, dado a sus negocios, y era muy probable que no pudiera ausentarse ahora que había regresado.

—Hoy mismo no podré acompañarlos. Tú adelántate con ellos. Luego los alcanzaré.

La joven sintió esa respuesta como una lanza en su pecho.

Si ellos le sacaban un día de ventaja, era imposible que él los alcanzara. Era obvio que lo decía para no obsequiarle un *no* tajante. Tendría que aprender a vivir con él y sus ocupaciones.

—No te preocupes. Cuando considere que debo regresar, lo haré. Te escribiré.

Su esposo supo, por el tono de voz y tan valiente respuesta, que estaba desilusionada y se odió a sí mismo, pero no podía marcharse sin más y ella debía irse.

—Ve, Alex, con total libertad.

Terminó de cerrar el último botón y dándole un beso en la mejilla abandonó la habitación matrimonial.

♡

Todo el viaje hasta El Havre había sido abrumador, como si todo el cansancio de ese mes le cayera sobre los hombros cual viga de Notre Dame. ¿Por qué Notre Dame? Podría haber pensado en Buckingham.

Miró su anillo.

La poca resistencia de León a dejarla marchar la había defraudado. Tenía que admitirlo, esperaba algo de renuencia. No un simple «ve con libertad».

Un montón de sentimientos y sensaciones la abrumaban.

En breve se embarcaría para atravesar el canal de la Mancha y, al igual que a la ida, no disfrutaría del trayecto. Antes había sido por temor, ahora por tristeza.

Necesitaba llegar. Ver a Victoria y al niño y comprobar que estuvieran bien.

Siete días llevaba separada de León.

Habían partido de París aquella misma mañana y ahora se sentía egoísta pensando en que solo deseaba regresar a sus brazos.

Estaban a media hora de partir y allí, en el muelle, contemplaba el amanecer.

El olor a sal y madera la invadían.

La calma de la noche estaba dando paso a la ajetreada vida portuaria. Los pescadores se embarcaban. Las personas que subirían al primer barco estaban arribando al lugar, como ellos mismos habían hecho hacía escasos minutos.

Observó el firmamento. El azul profundo, casi violeta, se desvanecía antes los irreverentes tonos pasteles que traía el astro solar. El cielo estaba despertando con lentitud. La luna no era más que una sombra y las estrellas unos inexactos salpicones borrosos. El aire frío imponía su presencia, mientras que el graznar de las gaviotas hacía de ese momento un perfecto amanecer invernal.

Y allí, sentada, esperando, Alexa tenía su corazón estrujado.

—Zarpamos en quince minutos —anunció Robert—. Llevaré las maletas a bordo y vendré por vosotras, a menos que queráis subir ahora.

—Por mí está bien —dijo Amber y su hermana asintió.

A Alexa le daba lo mismo esperar en tierra que embarcada.

Robert se adelantó con las maletas de la joven, mientras que Amber subía, del brazo de Rhis, a la pasarela de embarque. Ella lo hizo detrás, con la mala suerte de enganchar el ruedo del vestido y trastabillar. Si no fuera por esa mano fuerte que la retuvo de dar de narices contra aquel suelo de madera, estaría ahora despatarrada intentando levantarse.

—Gracias. Si no fuera por usted... —Alexa volteó a mirar a la persona que la había auxiliado en tal desgracia y su rostro mudó de la desazón a la extrañeza, de la extrañeza al desconcierto, del desconcierto a la alegría, de la alegría a las lágrimas... Y lanzándose a los brazos de León lloró.

—Siempre estaré cuando me necesites, preciosa. Siempre.

El viaje fue todo lo que no se había imaginado.

Creía que no lo disfrutaría y había acertado, pero por las razones equivocadas. A diferencia de su viaje anterior, el mar estaba embravecido y su estómago acusó cada uno de los vaivenes a los que el agua sometió al barco. Un vómito tras otro la dejó exhausta. Y León cuidó de ella con tal devoción que Robert tuvo que admitir que era un digno merecedor de una Jones.

El trayecto desde Portsmouth hacia Arundel fue tranquilo.

En un carruaje viajaban Amber, Rhis y Robert, mientras que en el segundo lo hacían Alexa y León. El camino era precioso. Cuanto más al este se aventuraban, más vegetación aparecía ante sus ojos. Francia era hermosa, pero ahora entendía por qué los ingleses se afanaban de sus comarcas. Los bosques abundaban y la variedad de flora junto a la espectacularidad de la fauna reinaba con diversos colores y formas. Inglaterra era una tierra de cuentos..., una tierra de hadas. Una rueda del carruaje se topó con una piedra, o al menos eso fue lo que le pareció a León, y el movimiento abrupto despertó a la joven que dormía en su regazo.

—¡Dios! He dormido tan bien.

—¿Y cómo te sientes?

—Completamente repuesta.

Lo miró en esa posición: estaba acostada en el asiento con la cabeza y parte de la espalda encima de las piernas de él. León le acariciaba el pelo con detenimiento mientras la asía de la cintura para evitar posibles caídas.

—Me alegro de que estés mejor. La has llevado mal, preciosa.

—No pienso subir a ese maldito trasto lo que me quede de vida.

—¿Y cómo volveremos? —Su esposa puso los ojos en blanco—. No te preocupes ahora por eso, pequeña. Ya se nos ocurrirá algo.

Alexa se incorporó y quedando al lado de él abrió la ventanita. Necesitaba aire fresco.

—He comprado una casa en Londres.

—¿Qué? —Su esposa lo miró asombrada.

—Cuando me dijiste que debías estar con tu hermana vi en tu mirada la preocupación y el amor por ella. —Asió su mano para tener toda su atención—. Supe que te marcharías cuando Robert te defendió de esa manera. No me quedó ninguna duda cuando él mismo me dijo que te llevaría por encima de todo. No porque le tema a él, sino porque supe que lo harías por tu hermana. En ese mismo instante decidí que sería prudente y favorable adquirir una casa cerca de ellas.

—Pero Victoria vive en Dunster.

—Lo sé, por eso he mandado comprar una casa allí también.

Alexa no salía de su asombro.

Ni siquiera sabía qué decirle.

—Yo... yo... Gracias.

—Solo escribí misivas que llegarán antes que nosotros a los administradores que llevan mis negocios en Londres. Ellos buscarán las propiedades adecuadas según mis exigencias y luego tú verás si son de tu agrado. Quiero que seas feliz y jamás te arrancaría de tu familia si quieres permanecer en Inglaterra. Ya veré cómo me encargo de mis negocios. Lo mismo da un lugar que otro cuando tú eres mi hogar.

—No me equivoqué.

—¿En qué? —Él entrecerró los ojos atento y precavido.

—En elegirte. Sabía que no eras el hombre de mis sueños, sino el feroz dragón que espanta a todo el mundo y rapta a la princesa; un villano de pies a cabeza con un corazón enorme y generoso. No puede existir en esta vida nadie mejor que tú. —Le acarició la mejilla con amor—. Y no por lo material, cualquier mujer enloquecería por todo lo que me das, sino por la intención que mueve ese acto. Lo haces por amor. —Él besó la palma de su mano—. Y por amor te digo que no necesito vivienda en ningún sitio, porque solo a tu lado podría ser feliz. Amo a mis hermanas, pero deseo construir mi vida contigo, en París. —Besó sus labios con ternura—.

Contigo y en ti.

—Te amo, Alexa Jones.

—Te amo, León Marchant. —Entrecerrando los ojos agregó—: De todas maneras, quiero esas casas.

—Nunca lo dudé.

La estruendosa risa de su esposo, ante su fingido enfado, inundó el carruaje.

Observaron por la ventanita y un magnífico castillo se alzaba a los pies de un intimidante bosque. En breve estarían en la casa condal. Arundel se recortaba amenazante y autoritario en el prado circundante.

—¡Mierda! Es imponente. Una bestialidad medieval.

—Es precioso.

—Ha llegado la hora, preciosa. Espero que tu hermana no se ofenda por haberme casado contigo.

—¿En serio? Victoria sería la menos indicada. ¡Ninguna podría siquiera decirte algo! Ellas contrajeron matrimonio en igual o peores condiciones. Espero que no te arrepientas tú de pertenecer a esta familia de locos.

—Amo tu locura, Alexa Jones.

—Dímelo cada vez que te enfades.

—Lo haré.

Epílogo

Abril de 1829

Arundel House estaba lista para abrirse a la temporada londinense.

Desde que Harmony había contraído matrimonio con Devon Evans, actual duque de Norfolk, no había oficiado como anfitriona en ningún baile, pues no quería.

Ahora era distinto. Siendo madre y viendo que Victoria necesitaba ayuda con sus hermanas, decidió que era el momento de hacerlo. Y nada mejor que para anunciar el compromiso de Dana Jones con el segundo hijo de un adinerado magnate norteamericano que buscaba prestigio. Lástima que nunca le comentaron que uniéndose a los Evans lo que menos iba a tener era prestigio. Ya se enteraría.

Cierto era que las Jones estaban preocupadas porque, a pesar de que Victoria y Amber habían hablado con Dana hasta el cansancio sobre no precipitarse en buscar esposo, la muchacha estaba obnubilada con aquel joven. Se los veía a gusto juntos, parecían congeniar. Por lo menos, la joven se veía contenta cada vez que estaba con él. Aunque Alexa, perspicaz como ninguna de las Jones, juraba y perjuraba que allí había algo. Que ella conocía a Dana y que si ella había aceptado contraer matrimonio era por alguna razón y descartaba completamente la deshonra. ¡No! Pero tampoco era el amor.

—No sé qué será, pero Dan nos oculta algo —sostuvo Alex.

—Está enamorada —dijo Francesca, que intentaba dar caza a su niño que corría endemoniado por la casa—. ¡Sebastian!

—¿Enamorada? ¿De no querer casarse a comprometerse con ese alfeñique que puede manejar a su antojo? ¡No, querida! Algo se trae entre manos. La muy ilusa puede estar metiéndose en la boca del lobo y no lo sabe. ¿Cómo se le ocurre decir sí a la primera propuesta de matrimonio sin conocer al joven?

Todas dejaron de hacer lo que fuera que estuvieran haciendo para mirar a Alexa. Ninguna de las Jones, incluida ella, había conocido a su pareja por más de un mes antes de desposarse. No sería raro que Dana hiciera lo mismo.

—Te dije exactamente eso cuando me enteré de que te casaste, y me mandaste a freír churros. ¿Y ahora quieres hacer lo mismo con Dan?

—Bueno, hay que cuidarla; tiene dieciocho, vive en el campo y...

—¿En serio? —Victoria la miraba asombrada. Todas se habían criado en el campo y por eso no eran idiotas—. Dime qué sucede, porque tu cerebro está diciendo estupideces. —Su hermana la retó con la mirada—. ¡Ahora, Alex!

—¡Estoy en estado!

—¡No! ¡Es genial! —exclamó Amber.

—¡Felicitaciones! Espero que no sea maratonista como este —gritaba Francesca corriendo aún detrás de su hijo mayor.

—¡Seré tía otra vez! —se alegró Lisbeth. Ella también iba a dar la buena nueva, pero no quiso opacar el momento de Alexa. Ya se los diría en otra ocasión.

—Bienvenida al club —ironizó Harmony—. León...

—Ya lo sabe. Está feliz. E insoportable...

—A todos les pasa lo mismo —resopló Victoria abrazando a su hermana—. Ya se le pasará y, si no, lo pones en vereda. ¡Felicitaciones!

—¡Muy bien! —arengó Harmony—. Ahora, decidamos el menú y el vestuario. El baile es en cuatro días. Y por lo visto otra Jones se desposará.

—Eso tengo que verlo.

—¡Alex!

Índice de personajes

(en orden de aparición)

Alexa Jones. Nacida en Edale. Veinte años. Hermana de Victoria Jones (protagonista de *De acero y obsidiana*).

León Marchant. Nacido en Najac, Francia. Treinta y un años. Nieto bastardo del duque de Bourge. Hijo del conde de Najac. Empresario.

Valerie Marchant. Noble francesa, hermana de León Marchant. Hija del conde de Najac.

Rhis Avignale, marqués de Addington. Exprometido de Valerie Marchant. Esposo de Amber Jones, hermana de Alexa. Su historia se relata en *Amber* (*Hermanas Jones 2*).

Deacon Avignale. Duque de Rutland. Padre de Rhis Avignale, marqués de Addington. Socio de León Marchant en determinados negocios.

Silas Bleis. Detective francés contratado por León Marchant para vigilar a su familia.

Señor Marchant. Francés. Conde de Najac. Padre de Valerie y León.

Amber Jones. Marquesa de Addington. Esposa de Rhis, marqués de Addington. Su historia se relata en *Amber* (*Hermanas Jones 2*).

Brina Gormsdóttir. Tía paterna de León Marchant. Desposada por un noble de la corona noruega.

Señora Dobbs. Ama de llaves de la mansión de Najac.

Anaïs Dobbs. Hija de la señora Dobbs, aficionada a la costura.

Henry. Asaltante de caminos.

Sienna Arenberg. Madre de León Marchant. Mulata. Hija bastarda del duque de Bourge con una criada negra.

Leónidas Arenberg. Duque de Bourge. Abuelo materno de León Marchant.

Victoria Jones. Hermana mayor de Alexa. Esposa de Robert Evans. Protagonista de *De acero y obsidiana* (*Destinos errantes 1*).

Honore Blas. Sacerdote de la catedral de Notre Dame. Amigo de León Marchant.

Arnau Duprá. Abogado y amigo de León Marchant.

Robert Evans. Noble. Esposo de Victoria. Protagonista de *De acero y obsidiana* (*Destinos errantes 1*). Cuñado de Alexa.

Asher Evans. Tercer hijo de Victoria y Robert.

Devon Evans. Duque de Norfolk. Conde de Arundel. Esposo de Harmony Hutton. Su historia se relata en *Siempre fue él* (*Destinos errantes 3*).

John Hayde. Médico. Esposo de Lisbeth Jones. Su historia se relata en *Lisbeth* (*Hermanas Jones 1*).

Harmony. Esposa de Devon, duquesa de Norfolk. Su historia se relata en *Siempre fue él* (*Destinos errantes 3*).

Francesca Castelveccio. Duquesa de Somerset. Su historia se relata en *Y llegaste tú* (*Destinos errantes 2*).

Lisbeth Jones. Hermana de Alexa. Su historia se relata en *Lisbeth* (*Hermanas Jones 1*).

Dana Jones. La quinta de las Jones. Dieciocho años.

Nota de la autora

Queridas lectoras y lectores, les agradezco que tengan entre sus lecturas mis historias.

Hermanas Jones, es la serie que relata sobre cómo a cada una de estas fuertes mujeres, les llega su momento de felicidad luego de lidiar con la vida que el destino les puso por delante.

Ya hemos conocido la historia de amor de Lisbeth y John, y la de Amber y Rhis. Ahora nos sumergimos en la loca aventura de Alexa y de cómo conoció a su León.

Mi agradecimiento a Joana.
Gracias, Joa, por esta ahí siempre.

Y gracias a vos, mamá, por absolutamente todo.

Elizabeth Ellis

Novelas de Elizabeth Ellis

Serie Destinos errantes

De acero y obsidiana
Y llegaste tú
Siempre fue él
Lazos de sangre

Serie Hermanas Jones

Lisbeth
Amber

Si te ha gustado

Alexa

puedes disfrutar de estas

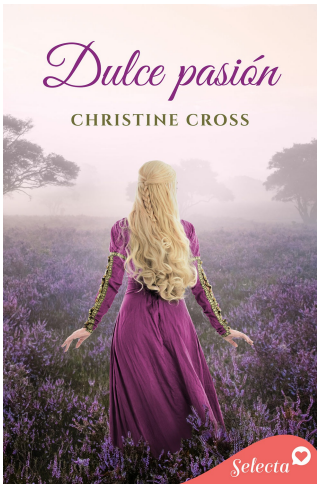


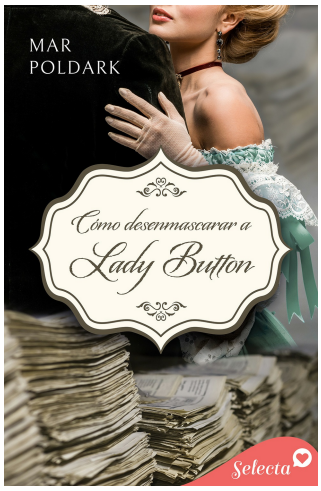







El
MISTERIOSO
AMANTE
de la
señorita Brown
BETHANY BELLS
Selecta


Dulce pasión
CHRISTINE CROSS
Selecta

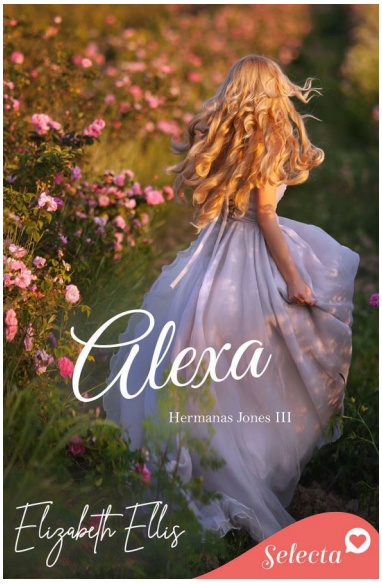

MAR
POLDARK
Cómo desenmascarar a
Lady Button
Selecta


A un beso
del pasado
ANA F. MALORY
Selecta

Cada princesa quiere su príncipe.

Cada flor, su jardín.

Cada mujer, su hombre soñado…



Alexa Jones es joven, pero una observadora nata del comportamiento humano. Nada se le escapa a su análisis y siempre tienen en sus labios una palabra poco amiga para describir al otro. Contrariamente a su practicidad, ella siempre ha añorado encontrar al hombre perfecto, de esos que su hermana Reggina lee en las novelas. Que reúna las características de un perfecto caballero inglés. Claro que sus deseos son solo de ella y para ella porque sus hermanas juran y perjuran que será una eterna solterona ya que nadie toleraría su carácter. Es una bruja en toda regla.

León Marchant es francés. Un avezado en la vida, con un sinfín de relaciones amorosas. Respetuoso del sexo opuesto, pero no muy ducho en tolerar por mucho tiempo a una mujer. Su vida es regida por el vaivén empresarial que lo mantiene ocupado diariamente, aunque su familia es su calvario. Y por culpa de su padre y de su hermana va a quedar enredado en una situación del todo desagradable al tener que estar adherido como una lapa a una joven bruja que no soporta para nada.

¿Qué sucede cuando te empeñas en no enamorarte del hombre que no se parece en nada a lo que llevas soñando toda una vida?

Elizabeth Ellis, nació en 1981. Escritora de romance. Sus novelas se ambientan en el siglo XIX, aunque puede que la imaginación la lleve más lejos o la acerque a la contemporaneidad. Ha estudiado Historia. Le encanta diseñar ropa. Ama leer, imaginar mundos y escribirlos. Entre sus autores favoritos están JRR Tolkien, Jane Austen, Emily Bronte, Lisa Kleypas, Olivia Ardey, Meagan McKinney, entre otras. Le apasiona aprender Historia, Geografía y Letras.



Edición en formato digital: diciembre de 2024

© 2024, Elizabeth Ellis
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: AlenaMorgana

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10012-67-7

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Único poema completo de la antigua poeta griega Safo de Lebos, 570 a. C. Consta de 28 versos.

[2] Novela epistolar y satírica escrita hacia 1717 por Charles Louis de Secondat, barón de Montesquieu. Publicada en 1721. Libro breve, irónico y profundo donde se critican las costumbres occidentales a través de sus protagonistas orientales.

[3] Poema épico que narra los hechos entre Troya y Micenas. Transmitido de generación en generación a través de la oralidad. Escrito bajo el nombre de Homero, se cree que han sido tres las personas que han participado de su escritura en diferentes momentos.

[4] Guerras libradas entre Grecia y Persia en el siglo v a. C.

[5] Personajes ficticios de cuentos de terror imaginados y narrados por Victoria y Reggina Jones a sus hermanas.

[6] Baile típico francés, considerado el más antiguo. Propio de la Provenza, pero extendido a toda Francia.

[7] Literatura oriental. Recopilación de leyendas y cuentos de origen hindú, árabe y persa, de los cuales no existe un texto definitivo sino múltiples versiones.

Índice

Alexa
Prólogo
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Epílogo
Índice de personajes
Nota de la autora
Novelas de Elizabeth Ellis
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Elizabeth Ellis
Créditos
Notas